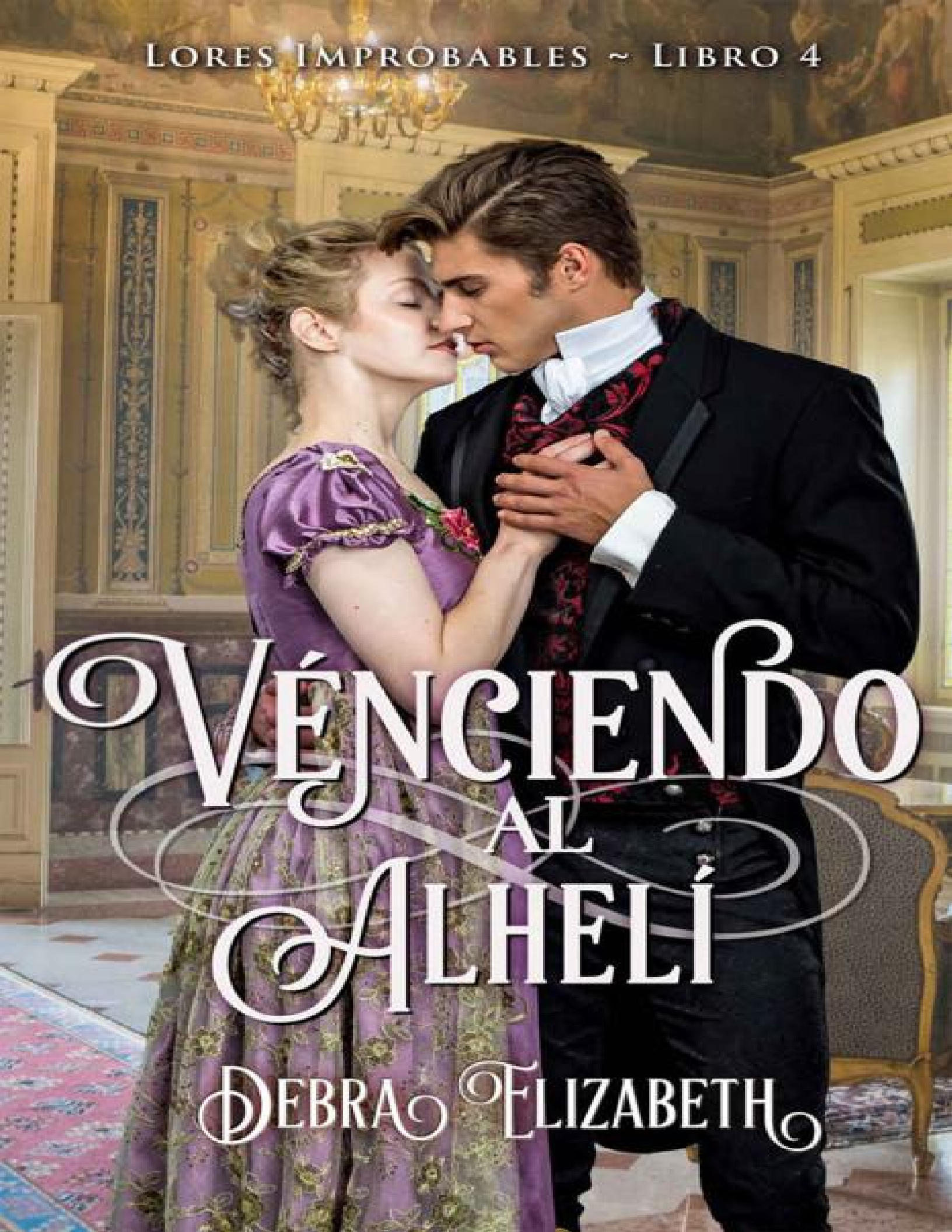


LORES IMPROBABLES ~ LIBRO 4



VENCRIENDO AL ALHELÍ

DEBRA ELIZABETH

Venciendo al alhelí
Lores Improbables, Libro 4

Debra Elizabeth

Derechos de autor © 2024 Debra Elizabeth

Ilustración de la portada. Copyright © Period Images Covers. Diseño de la portada. Copyright © Terry Roy. 2023. Edición original de Ravensgate Editing Services.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la escritora o han sido utilizados de manera ficticia, y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos, lugares u organizaciones reales es una coincidencia, totalmente.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación ni transmitirse, de ninguna forma, ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>	
<u>Derechos de autor</u>	
<u>Copyright</u>	
<u>Capítulo uno</u>	
<u>Capítulo dos</u>	
<u>Capítulo tres</u>	
<u>Capítulo cuatro</u>	
<u>Capítulo cinco</u>	
<u>Capítulo seis</u>	
<u>Capítulo siete</u>	
<u>Capítulo ocho</u>	
<u>Capítulo nueve</u>	
<u>Capítulo diez</u>	
<u>Capítulo once</u>	
<u>Capítulo doce</u>	
<u>Capítulo trece</u>	
<u>Capítulo catorce</u>	
<u>Capítulo quince</u>	
<u>Capítulo dieciséis</u>	
<u>Capítulo diecisiete</u>	
<u>Capítulo dieciocho</u>	
<u>Capítulo diecinueve</u>	
<u>Capítulo veinte</u>	
<u>Capítulo veintiuno</u>	
<u>Epílogo</u>	
<u>Biografía de la autora</u>	

Copyright

Copyright © *Winning the Wallflower*. Debra Elizabeth, 2024.

Ilustración de la portada. Copyright © Period Images Covers.

Diseño de la portada. Copyright © Terry Roy. 2023.

Edición original de Ravensgate Editing Services.

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación de la escritora o han sido utilizados de manera ficticia, y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, eventos, lugares u organizaciones reales es una coincidencia, totalmente.

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. Sin limitar los derechos de autor reservados anteriormente, ninguna parte de esta publicación puede reproducirse, almacenarse o introducirse en un sistema de recuperación ni transmitirse, de ninguna forma, ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro) sin el permiso previo por escrito tanto del propietario de los derechos de autor como del editor.

Capítulo uno

Abril, 1817.
Londres, Inglaterra.

A Lord George Spenser, el nuevo marqués de Hutchinson, nunca le habían enseñado cómo ser marqués. Dos aspectos habían definido su vida hasta el momento. El primero era que su padre prácticamente lo había ignorado y rara vez dedicó tiempo para explicarle los complejos detalles de cómo administrar las propiedades. Aunque a George no le importaba su ausencia de conocimientos financieros. Más bien, eso era asunto de Arthur como heredero. El segundo punto era que, con dos hermanos mayores, no tenía necesidad de casarse y criar a un heredero. Incluso le había ido muy bien, disfrutando su vida como un feliz soltero.

No obstante, como tercer hijo, había tenido que tomar en serio su propio futuro financiero, especialmente porque sabía que el estipendio, que su padre le daba cada trimestre, seguramente desaparecería, una vez que Arthur se convirtiera en marqués. Además, Arthur no era una persona generosa. Así que George había prestado especial atención a cultivar sus inversiones para su futuro, y le estaba yendo bastante bien. Podía permanecer soltero todo el tiempo que quisiera, sin ningún efecto adverso para él, y eso le convenía.

Esa era la situación hasta ese fatídico día, en que todo cambió, en un abrir y cerrar de ojos, y su vida nunca volvió a ser la misma.

El verano anterior, Lady Dalling, amiga de la familia, lo invitó a pasar el tiempo con ella en Bath. Ese fue un período muy agradable. Incluso, él había estado en la cima del mundo, se enamoró y estaba a punto de proponerle matrimonio a una dama... hasta que la nota que cambió su vida llegó a sus manos. Había revivido ese momento, una y otra vez. La mirada desconcertada en el rostro de la mujer que amaba lo perseguiría por el resto de sus días.

“Lord Spenser, ¡qué placer verlo hoy!” Exclamó Lydia Weston, entrando al salón.

La señora Kennedy se puso de pie. “Querida, solo tardaré un momento. Debo consultar algo con la cocinera.”

George vio salir a la mujer mayor y supo que le estaba dando la privacidad que necesitaba para proponerle matrimonio a la mujer que adoraba. “Estás hermosa hoy, querida,” le dijo, entregándole las flores.

“Estas son exquisitas. Gracias.”

George tomó su mano entre las suyas. “Mi querida señorita Weston. Debes saber mis sentimientos por ti. ¡Eres todo para mí!”

“Mi señor... Siento lo mismo.”

George se inclinó sobre una rodilla. “¿Podrías...?”

Se oyó un fuerte golpe en la puerta que los sobresaltó a ambos. Entonces, un mensajero irrumpió en el salón y le puso una carta en la mano. “Lord Spenser, esto es para usted. ¡Es muy urgente!” Él gritó.

George se levantó, tomó la carta y rompió el sello. Mientras leía, todo el color desapareció de su rostro.

“Mi señor, ¿qué pasa?” Preguntó la señorita Weston.

“Lo siento mucho, señorita Weston, pero, debo irme,” pronunció esas palabras, al salir

corriendo del salón sin mirar hacia atrás.

Toda su vida cambió en ese instante, al leer esa nota, la cual confirmaba que su padre y sus dos hermanos habían muerto, en un accidente de carruaje, camino a Ashmont Manor, a una de las fincas rurales de Hutchinson. Esa tragedia lo había convertido, como último hijo superviviente, en el marqués de Hutchinson. Esto era tan inconcebible que le había costado creer que realmente hubiera sucedido. Obviamente, él no sabía nada sobre cómo ser un marqués.

Él había criticado la injusticia de todo esto. Amaba a su familia y su pérdida fue un duro golpe. Ser arrojado al título le hizo darse cuenta que su anterior falta de atención a las propiedades y a los arrendatarios, quienes dependían de las tierras para su sustento, había sido un grave error. Todo esto pasaba por encima de su cabeza.

Su hermano mayor, el heredero original del título, Arthur, había estado en las rodillas de su padre, aprendiendo todo sobre las propiedades y cómo administrarlas, desde que era un niño pequeño. George no había sido invitado a esas lecciones y, en ese momento, no le importó. Él permitió que su hermano fuera el centro de atención. Y Arthur ansiaba fervientemente ser el niño preferido. Sin embargo, él había sido abusador, acosador e intimidante, mientras crecía, y George supuso que gran parte de esa actitud y esos aires de superioridad se debían a que su hermano era el auténtico heredero. A veces, Arthur incluía a George en sus bromas pesadas y travesuras, lo que le hizo a él adorar aún más a su hermano mayor. Excepto cuando Arthur culpaba a George por cualquier broma que saliera mal. A medida que crecieron, a George le resultó mejor desaparecer la mayoría de los días para que Arthur no pudiera atacarlo ni molestarlo. Cuando su hermano se fue a la escuela, pareció haber un suspiro de alivio por parte de su padre, aunque esto no duró lo suficiente, especialmente cuando llegaron a sus manos cartas de Eton, que describían el comportamiento fuera de control de Arthur, o las bromas insensatas que le habían salido mal. Quizás por esto, su padre siempre fruncía el ceño: su hijo mayor había sido una grave molestia, que debía considerar.

A pesar de todos los errores de Arthur, George había amado a su hermano y no lo habría cambiado por nada del mundo. Arthur podía ser tan encantador cuando quería serlo, y las damas habían acudido en masa por su buena apariencia, la misma que compartían los tres hermanos: cabello negro ondulado, ojos verdes y una mandíbula fuerte. Todos los chicos habían crecido y tenían hombros anchos, y cuando entraban juntos en una habitación, la alta sociedad se daba cuenta de su agradable presencia.

Sin embargo, todo había cambiado el pasado mes de agosto, cuando Arthur fue sorprendido en el jardín, intentando comprometer a la hija de un vizconde. Afortunadamente, su otro hermano, Oliver, había encontrado a Arthur, antes que pudiera molestar a la joven, pero ese incidente había acabado con la paciencia del padre con su heredero.

La suerte de Arthur finalmente se había acabado y su padre tomó la decisión de llevarlo a Ashmont Manor, mientras las cosas se calmaban en Londres. Oliver se había ofrecido como voluntario para viajar con ellos, tratando de mantener la paz, ya que a Arthur no le gustaba vivir en el campo. Lamentablemente, una extraña tormenta había enlodado las vías, y los caballos se resbalaron al doblar por una curva, haciendo que el carruaje se estrellara contra un barranco. Todos murieron, incluyendo al conductor.

Un camino embarrado había sido el agente de destrucción de su familia, y ahora su vida nunca volvería a ser la misma.

No solo no conocía los entresijos de la gestión del patrimonio, sino que su abogado, el señor Sterling, le había informado que estaba al borde de la quiebra. Esto lo había conmocionado hasta lo más profundo, pero evidentemente, su padre había gastado una fortuna, limpiando las deudas

de juego de Arthur. George no tenía idea de lo mal que estaban las cosas. El estipendio trimestral que le envió su padre nunca se había retrasado ni él había expresado ninguna preocupación sobre tener problemas financieros. George se vio obligado a utilizar dinero de sus inversiones para poder mantener las propiedades, pero ni siquiera eso fue suficiente. Necesitaba desesperadamente una afluencia de dinero en efectivo, y más temprano que tarde.

Y este no era el único problema. Su vida había cambiado por completo, y no para mejor, en lo que a él respectaba. Prácticamente, él era un marqués enamorado de la hija de un comerciante, la señorita Lydia Weston. La sociedad nunca aprobaría tal unión, ya que el padre de ella trabaja en el comercio textil. Aunque esa posición en la vida no le había importado el verano pasado, ahora sí era relevante. La sociedad no toleraría que un marqués se casara con una plebeya, cuyo padre se dedicaba al comercio. Sus posiciones estaban demasiado separadas.

El asunto se complicó aún más por el hecho que la señorita Weston cuenta con una dote sustancial, que él no había necesitado el verano pasado, cuando estaba a punto de proponerle matrimonio. Sin embargo, ahora las cosas eran diferentes. Así, él podría salvar las propiedades, pero, ¿ella creería que él la amaba y no a su dinero? Era un punto discutible y, en última instancia, no importaba porque una unión entre ellos era imposible. Le había escrito numerosas cartas, durante los largos meses transcurridos desde su última interacción, explicándole sus sentimientos. Estuvo a punto de enviar la primera carta por correo, pero, simplemente la había llevado en el bolsillo durante meses. La sacó para leerla nuevamente:

Querida Lydia,

No puedo creer el duro golpe que nos ha asestado la vida. Mi corazón está destruido por la pérdida de mi padre y mis hermanos, pero principalmente por perderte a ti. Nunca amaré a nadie como te amo a ti. Has invadido lo más profundo de mi alma con tu dulzura y luz, por lo que tu pérdida casi me aplasta. Quizás con el tiempo me perdones por dejarte tan abruptamente ese terrible día en Bath. Deseo de todo corazón que las circunstancias fueran diferentes y pudiéramos encontrar la manera de estar juntos.

Tu amado servidor,

George.

Él volvió a doblar la carta, la guardó en el cajón de su escritorio, junto con las numerosas cartas, que le había escrito durante los últimos ocho meses, y cerró el mueble, pasando la llave. Ya era hora de dejar de esperar algo que nunca podría ser posible. La noticia de la desaparición de su familia se había extendido rápidamente entre la alta sociedad, por lo que no tenía ninguna duda que ella conocía bien sus nuevas circunstancias. ¿Entendería por qué había tenido que dejarla tan abruptamente, casi en medio de una propuesta? No sabía cómo volvería a enfrentarla. Acaso, ¿ella hablaría con él después de los malos tratos que le había dado?

George suspiró. La brillante luz del sol inundó su estudio, pero esto hizo poco para animarlo. Su estado de ánimo estaba más alineado con la lluvia y las nubes oscuras, en estos días.

Un golpe en la puerta del estudio interrumpió sus cavilaciones. “¡Adelante!”

El mayordomo, Peters, entró. “Mi señor, llegaron estos... son para usted.”

George tomó las cartas de la bandeja de plata.

“¿Necesita algo más, mi señor?”

“¡Sí! Me vendría bien una taza de té recién hecho.”

“Me ocuparé de ello de inmediato,” dijo Peters, saliendo de la habitación y cerrando la puerta detrás de él.

“¿Y ahora qué?” Se preguntó George, a sí mismo, mientras tomaba una carta y abría el sello. La primera era una factura del sastre, la siguiente del zapatero y la tercera de la modista de su madre. Todas eran del año pasado y le sorprendió que su padre no las hubiera pagado, antes de embarcarse en ese fatídico viaje. Quizás había pensado en ocuparse de estos pagos, cuando regresara a Londres. Aunque George nunca sabría sus verdaderos motivos.

Dejó caer las facturas sobre su escritorio. Ascendían a cientos de libras en saldos no pagados, y no quedaba suficiente dinero en las arcas del patrimonio para pagarlas todas. ¿A quién debería pagarle primero? ¿O debería enviar un poco a cada uno de los acreedores? Si solo esperaba retrasar el pago a los comerciantes, no sería el único noble que eludía su deber de pagar las cuentas. Necesitaba ayuda, pero ninguno de sus compañeros del ejército (Wolf, el duque de Wiltshire, Richard, el marqués de Evans, o Jon, el conde de Hartley) se encontraba en Londres. Se preguntó si alguno de ellos planeaba venir a la ciudad durante esta temporada. La última vez que había visto a sus amigos fue en el funeral de su padre y sus hermanos, en agosto pasado. Y ese no había sido momento para hablar de negocios o asuntos financieros.

Por lo general, él no era tímido a la hora de pedir ayuda. Dudaba que el duque y su encantadora duquesa vinieran a Londres porque Wolf le había escrito durante el invierno, diciéndole que Mercy estaba embarazada y que se alojarían en su finca. Y sabía que Jon no tenía planes de venir a Londres nunca. Quedaban Richard y Helena. ¿Vendrían para la temporada? Decidió que el mejor curso de acción era enviar una nota a Evans House con la instrucción adicional de entregar la carta donde Evans residía en ese momento.

Evans,

¡Saludos cordiales! No estoy seguro de cuáles son tus planes para venir a Londres esta temporada. Si estás en la ciudad te agradecería mucho que me pudieras asesorar sobre algunos temas patrimoniales. Envíame un mensaje cuando estés libre.

Hutchinson.

Él extendió la carta, la dobló y finalmente la dejó a un lado para que Peters la enviara por correo. Era hora de ocuparse de los gastos de la herencia. Sacó el libro de contabilidad y examinó las entradas. Evidentemente, su padre había despedido al administrador de la finca, cuando los fondos escasearon, y no quedaba nadie que conociera lo suficiente de estas propiedades, como para asesorarlo apropiadamente. Tendría que salir del paso y tratar de encontrarle sentido a todo por su cuenta. Eso fue una tarea abrumadora.

Capítulo dos

La señorita Lydia Weston se esforzó por mantenerse alejada del camino de su padre. Thomas Weston estaba muy de mal humor últimamente y nada de lo que ella hacía parecía complacerle. Como ella no consiguió a un pretendiente, en la temporada pasada, él la envió a Bath con su tía, la señora Agnes Kennedy, para pasar el verano. Aunque ella vivió una época gloriosa. Había estado en la cima del mundo, enamorada del hombre más perfecto para ella. Adoraba a Lord Spenser con cada fibra de su ser, y sus besos habían prendido fuego a su cuerpo. Luego todo se derrumbó y su vida nunca volvería a ser la misma. Había esperado que el dolor de ese fatídico día eventualmente disminuyera, pero no fue así. Dudaba que alguna vez eso sucediera.

Estaba leyendo en la sala de estar de la parte trasera de la casa de Weston, cuando la criada, Lillian, vino a buscarla.

“Señorita, su padre desea hablar con usted,” expuso la sirvienta.

Lydia levantó la vista de su libro. “¿Dónde está él?”

“En su estudio, señorita.”

“¡Gracias, Lillian! Iré a verlo de inmediato.”

La criada hizo una reverencia y salió de la habitación.

Entonces, ¿qué había pasado?

No era bueno que el padre de Lydia la llamara de esa manera. La única vez que él realmente le prestó atención fue cuando ella revisó los libros de contabilidad de Weston Textiles. Había tenido afinidad por los números desde que era una niña, y cuando tenía catorce años, Thomas finalmente reconoció su talento y le encomendó la tarea de asegurarse que las cuentas, en los libros de contabilidad, estuvieran equilibradas todos los meses. Para esta joven, esto fue una cosa fácil y “pequeña”, pero esas tareas significaban muchísimo porque hasta entonces, su padre apenas hablaba poco con ella. Él nunca la había visitado en la guardería y, cuando su entusiasmo juvenil se desvaneció, dejó de preguntar por él. Había sido una dura lección para una niña pequeña aprender que su padre no quería tener nada que ver con ella. Incluso su padre la culpó por la muerte de su madre. Por supuesto, esto era ilógico, pero ella aprendió a aceptar el hecho que Thomas nunca la amaría. Igualmente, estaba eternamente agradecida por el día en que su tía Agnes vino a vivir con ellos. Agnes la colmó de amor, sin el cual su vida habría sido verdaderamente solitaria.

No tenía sentido retrasar lo inevitable. Lydia caminó hasta el estudio y llamó a la puerta.

“¡Venga!”

“Papá, ¿querías verme?” Preguntó, entrando a la habitación.

“¡Sí! Entra... Deseo hablar contigo sobre un asunto importante.”

Lydia se sentó en la silla frente al gran escritorio de roble. Estaba muy erguida, esperando, con gran expectación, escuchar lo que quería decirle su padre. Ella no tenía un buen presentimiento sobre este asunto. Si su padre hubiera querido su opinión sobre un tema de negocios, habría tenido los libros de contabilidad sobre su escritorio, pero, este mueble se encontraba vacío.

“He decidido que te casarás. Si no encuentra pronto un pretendiente, aceptaré la propuesta del barón Oakley. ¿Está claro?”

Lydia jadeó, horrorizada. “Papá, ¿por qué la urgencia? ¡No deseo casarme con él! El barón

Oakley es mayor que tú.”

“¡No importa! Es hora de que salgas de esta casa. Además, con una pareja así serás una señora. Deberías estar agradecida de haber recibido la propuesta.”

El corazón de Lydia latía con fuerza. Cuando su padre se proponía algo, rara vez cambiaba de opinión. Este era un destino peor que estar sola por el resto de su vida. “¿Podría al menos ir a la temporada para ver a otro candidato?”

Thomas resopló, aunque finalmente asintió. “Tienes hasta junio. Si para entonces no estás comprometida, te casarás con el barón... si es que todavía te quiere. ¿Ha quedado claro?”

“Sí, papá... Entiendo... ¿Hay algo más?”

“No. ¡Vete de aquí!”

Lydia se levantó y salió de su estudio con toda la dignidad que pudo mantener. No dejaría que su padre viera lo molesta que estaba. Había aprendido a temprana edad que su padre no podía tolerar la “histeria femenina”, como él llamaba a sus lágrimas. Todo lo que siempre había querido era que él le mostrara un poco de amor, pero eso nunca había sucedido. Incluso después de diecinueve años, él no la perdonaría por la muerte de su madre. Su corazón había estado envenenado contra ella desde que su madre murió de fiebre puerperal, tres días después del nacimiento de Lydia. Su último edicto fue otro ejemplo de cuánto deseaba que ella nunca hubiera nacido.

Ella suspiró. No tenía sentido esperar algo que jamás ocurriría. Cuando Lydia se hizo cargo de los libros de contabilidad y empezó a aconsejarle sobre las telas que creía que se venderían mejor, su padre aceptó sus recomendaciones, a regañadientes. Aunque ella había estado en lo cierto. El negocio despegó y su padre hizo una pequeña fortuna. Incluso cuando él estaba ganando mucho dinero por esas brillantes ideas femeninas, Thomas nunca le había agradecido sus contribuciones.

Y ella no podía quejarse. Tenía un techo sobre su cabeza, comida en el estómago, dinero para gastar y el amor de su tía. Su vida no era del todo mala, pero extrañaba desesperadamente a sus amigas: Mercy, la duquesa de Wiltshire, y Helena, la marquesa de Evans. Se conocieron durante la última temporada y se hicieron amigas instantáneamente. Ser amiga de damas de tan elevada posición la había ayudado a participar en algunos eventos en la temporada pasada, pero al margen de la sociedad. Después de todo, todavía era la hija de un comerciante. Aunque no dudaba que su considerable dote de veinte mil libras le podría abrir algunas puertas, la mayoría de las matronas mayores la ignoraban y despreciaban.

Se emocionó por Mercy y Helena, cuando cada una encontró el amor de su vida y se casó. Quizás sentía un poco de envidia porque pensaba que todavía no disfrutaba de la misma felicidad conyugal que ellas. El verano pasado parecía probable, pero ese sueño se hizo añicos en un abrir y cerrar de ojos.

Quería desesperadamente hablar con sus amigas sobre el ultimátum de su padre, pero no estaba segura, si alguna de ellas estaría en la ciudad, durante la temporada. Parecía poco probable que Mercy estuviera allí. Ella estaba esperando a su primer hijo, y además sabía que el duque y ella habían elegido quedarse en el campo. La última carta, que había recibido de Helena, era vaga acerca de sus planes para la primavera. Por supuesto, al final ninguna cantidad de conversación con sus amigas importaría. El hombre que amaba y con el que quería casarse nunca sería suyo, y tenía que reconciliarse con eso. Había llorado un río de lágrimas, pero eso no había cambiado nada. Tal vez su padre tenía razón: era hora de seguir adelante con su vida, incluso si eso significaba casarse con el barón Oakley. Un escalofrío la recorrió al pensar en la vida casada con ese anciano lascivo. ¿Cómo podría someterse a un hombre con manos tan frías, como el hielo, y

un aliento que le provocaba arcadas? Se estremeció al pensar en ello y juró concentrarse en atraer a otro pretendiente, antes que eso se convirtiera en su destino.

Lydia estaba tan distraída que casi chocó con su tía, cuando regresaba desde las escaleras de arriba. “Oh, tía Agnes, lo siento mucho. ¡Casi te atropellé!”

“No ha pasado nada, querida,” dijo Agnes. Su tía siempre había sido muy perspicaz. No había mucho que Lydia pudiera ocultarle. “Lydia, ven conmigo. Deseo hablar contigo.”

Lydia siguió a su tía hasta su dormitorio.

Agnes se sentó en el sofá frente a la chimenea. “Querida, siéntate a mi lado y dime qué te tiene tan alterada esta mañana.”

La amabilidad que su tía siempre le había mostrado fue su perdición y ella rompió a llorar.

Agnes tomó a Lydia en sus brazos y le frotó la espalda hasta que ella dejó de llorar.

“Lo siento mucho, tía. Yo nunca quise...”

“Mi querida Lydia, puedes contarme cualquier cosa. ¿Qué te ha hecho Thomas ahora?”

Agnes apenas toleraba a su hermano y se había quejado bastante, a lo largo de los años, sobre el duro trato que él le daba a su única hija, pero eso no había cambiado la situación.

Lydia amaba a su tía de manera incondicional. Había sido el refugio seguro de Lydia y para ella era más una madre que una tía. A medida que crecía, dependía cada vez más de Agnes para que le aconsejara cómo tratar a su padre.

“Dijo que si no encuentro marido esta temporada, aceptará la solicitud del barón Oakley.”

“¿El barón Oakley? Tiene edad suficiente para ser tu abuelo.” Agnes secó las lágrimas de las mejillas de Lydia. “Veamos si podemos trabajar juntas en este problema.”

“Traté de razonar con papá, pero él no me escuchó. Me dio hasta junio para conseguir otro pretendiente. Si no lo hago, me casará con el barón. No puedo casarme con ese viejo. Mi estómago se revuelve de disgusto cada vez que se me acerca.”

“Bueno... no me sorprende este ultimátum. Tu padre es un hombre testarudo y rara vez cambia de opinión, una vez que ha tomado una decisión.”

“Eso es lo que tengo miedo. ¡Oh, tía! ¿Qué haré?”

“Solo hay algo que hacer.”

“¿Hay algo?”

“Por supuesto. Debemos buscar a Lord Spenser... um... me refiero a Lord Hutchinson. Seguramente, sus sentimientos por ti no han cambiado, aunque sus circunstancias ciertamente sí lo han hecho.”

“Tía, no creo que ya sea posible una unión entre nosotros. Él es marqués ahora y yo sigo siendo la hija de un comerciante... Nuestras posiciones en la vida están demasiado alejadas. La sociedad nunca aceptará tal unión.”

“Realmente, ¿lo amas?”

“¡Con todo mi corazón! Nunca amaré a otro hombre como lo amo a él... Él es todo lo que podría desear en un marido, pero, ¡ya no importa! No puedo tenerlo.”

“Mientras lo ames, encontraremos una manera que estén juntos.”

Lydia quería más que nada creerle a su tía, pero en el fondo sabía que esa unión nunca podría suceder, ahora que él era marqués. Sin embargo, ¿y si fuera posible? ¿Podría tener esperanzas que se pudiera encontrar una solución a este problema? Su corazón gritó que sí, pero su mente lógica dijo que no. Ella nunca podría casarse con el hombre que amaba.

Tendría que intentar llamar la atención de otro caballero interesado en ella, en esta temporada, lo cual podría ser más fácil decirlo que hacerlo. Su corazón no estaba en eso, pero haría todo lo posible para atraer a otro pretendiente, si eso significaba salvarla de casarse con el

barón Oakley.

“¿Qué te parece si hoy vamos al museo británico?” Preguntó Agnes.

“¿En serio? Pensé que no te gustaba mucho ir allí.”

Agnes le guiñó un ojo. “No me importa y haría cualquier cosa para devolverte la sonrisa a la cara.”

Lydia abrazó a su tía. “¿Sabes cuánto te adoro?”

Agnes le dio unas palmaditas en la espalda. “Y yo también te adoro, querida mía. Ahora ve a lavarte la cara y recoge tus cosas. Tenemos un museo que explorar.”

Capítulo tres

Esa misma tarde, George entró en el salón para tomar el té con su madre, Grace. A ella le había caído muy mal la muerte de su marido y de sus dos hijos mayores, incluso a él le había llevado meses de persuasión sacarla de su dormitorio. Estaba feliz de verla, sentada junto a la chimenea, aunque no era la misma mujer que había conocido cuando era niño. Había perdido mucho peso, a causa de su inmenso dolor, y, por primera vez, notó líneas cada vez más profundas, alrededor de sus ojos y en su boca, mientras que mechones grises ahora salpicaban su cabello oscuro, pero él se consolaba con el hecho que al menos ella estaba fuera de su habitación.

“Buenas tardes, madre. Tienes buen aspecto.”

“¡Oh! George, no seas ridículo. Parezco una gata ahogada y tú lo sabes bien. ¡No intentes halagarme con falsos elogios!” Espetó Grace, reprendiendo a su único hijo superviviente.

Ni una sola vez en los ocho meses transcurridos desde que su padre y sus hermanos murieron en el accidente de carruaje lo había llamado por su título. No creía que ella alguna vez aceptara el hecho que ahora él era el marqués de Hutchinson. No tenía sentido discutir con ella, así que inclinó la cabeza y tomó el otro asiento frente a la chimenea.

Pronto, una doncella entró con un carrito de té. “¿Desea algo más, mi señor?” Preguntó Eva.

“No... puedes irte.”

Ella hizo una reverencia y salió de la habitación.

“Deberías haberle pedido que sirviera el té,” exigió Grace, con un tono de reprimenda.

“Madre, soy perfectamente capaz de servir el té,” replicó, preparándole una taza, antes de tomar otra para él.

“Realmente, deberías contratar a un ayuda de cámara. Ese nudo de corbata es demasiado sencillo, ahora que eres marqués.”

Los ojos de George se dirigieron a su madre. Era la primera vez que Grace hacía referencia al hecho que ahora ostentaba el título. “Eso no ha sido una prioridad, especialmente a la luz de todas las otras responsabilidades que he tenido que manejar estos últimos meses.”

“Las apariencias lo son todo, George. No deberías haber despedido a Woods. Siempre se aseguró de que tu padre quedara impecable.”

George estaba desconcertado. Quería contarle a su madre la verdadera razón por la que había dejado ir al ayuda de cámara de su padre y no había contratado a uno nuevo, pero temía que si Grace conociera el estado de sus finanzas, eso la enviaría de regreso al aislamiento de su dormitorio. Por mucho que odiara admitirlo, necesitaría un milagro para rescatar el patrimonio. Ni siquiera sus modestos ingresos habían podido hacer mella en la deuda. Odiaba maldecir a los muertos, pero su hermano fue el responsable de esta calamidad. Si Arthur hubiera mostrado un poco de moderación, las circunstancias hubieran sido diferentes, y George no estaría tan estresado por mantener las propiedades a flote.

“Debes casarte esta temporada y asegurar un heredero,” expresó Grace sin preámbulos.

Su franqueza lo sorprendió. “Madre, no creo que...”

“Ahora, tú eres el marqués y debes asegurar el título para el futuro,” ella no dejó que él terminara de hablar.

Grace nunca había interrumpido a su padre, y él estaba impresionado que ella sintiera que podía tratarlo con tanta falta de respeto. “¡No me gusta tu tono y eso no es de tu incumbencia!”

“Ciertamente, ¡sí lo es! ¿No te das cuenta de lo frágil que es la vida? Si te pasa algo, ¿qué

será de mí?”

Y ahí estaba el verdadero quid de la situación. Su madre estaba preocupada por su propio futuro. Por un momento, pensó que ella estaba interesada por él, pero eso era simplemente un sueño. Grace nunca le había mostrado mucho amor, mientras él crecía. Toda su atención se había concentrado en Arthur y Oliver, especialmente en Oliver, que siempre había sido su favorito. George era una ocurrencia tardía, si es que se fijaba en él.

“Voy a salir esta noche. Buenos días, madre,” dijo, dejando su taza de té. Ya estaba harto de sus quejas por un día. Quería salir corriendo de la habitación, pero logró irse, como si no le importara nada en el mundo. El desdén de su madre parecía haber empeorado, día a día, como si fuera culpa suya que el padre y sus hermanos hubieran muerto en un trágico accidente. No había estado cerca de ellos, en ese momento, pero eso no parecía influir en la opinión de su madre.

Aunque él no quería salir, en parte, porque no quería gastar dinero que no tenía. Sin embargo, él tuvo que irse porque no quería ver la condenación en los ojos de su madre, cada vez que lo miraba a él. Mientras atravesaba el vestíbulo para subir a cambiarse, Peters le tendió una bandeja de plata.

“Mi señor, esto acaba de llegar para usted,” manifestó el mayordomo.

Hutchinson tomó la carta y subió a su habitación para leerla en privado. Esperaba que fuera su amigo Richard Ballard, el marqués de Evans, haciéndole saber que él y Lady Evans estaban en la ciudad. Abrió la carta.

Hutchinson,

Parece muy extraño llamarte así y debes sentirte bastante abrumado por este giro de los acontecimientos. Honestamente, puedo decirte que sé cómo se siente cuando se impone un título, y lo difícil que es manejar los asuntos patrimoniales.

Helena y yo llegamos a la ciudad anoche. Por favor, ven a visitarnos lo antes posible. Estaré encantado de ofrecerte cualquier ayuda que puedas necesitar.

Evans.

“Perfecto,” murmuró Hutchinson para sí mismo. Ahora podría dirigirse a Evans House y pasar una velada agradable con Richard y Helena. Esperaba explorar el cerebro de Richard sobre cómo aumentar los ingresos de las arcas del patrimonio.

Una hora más tarde, estaba bajando de su carruaje frente a Evans House. Caminó hacia la puerta principal, dejando que la aldaba la golpeará.

“Mi señor, es un placer verlo de nuevo. ¿Puedo ofrecerle mi más sentido pésame por la tragedia que ha sufrido su familia?” Dijo el mayordomo, abriendo la puerta de par en par para permitirle entrar.

“Gracias, Wright... Espero ver a Evans... si recibe a invitados.”

“¡Hutchinson!”

Dio la vuelta y vio a Evans bajando la gran escalera.

“Evans, decidí aceptar tu oferta de visita. Espero que este sea un momento conveniente.”

“Por supuesto. ¡Usted siempre es bienvenido! Ven a mi estudio,” manifestó Evans.

Él asintió y siguió a su amigo por el pasillo hasta su estudio.

“¿Quieres un brandy... un whisky?”

“Me vendría bien un whisky. Hoy ha sido una día terrible.”

Evans vertió el líquido ámbar en dos vasos y le entregó uno. Tomaron las sillas frente a la chimenea. “Entonces, ¿qué es lo que te preocupa tanto?” Preguntó Evans.

Hutchinson se rió entre dientes. “Lo que no me ha preocupado más... es la cuestión en estos días.”

“Siento escuchar eso. ¿Quieres hablar acerca de eso?”

Él volvió a asentir y tomó un gran trago de whisky, antes de entrar en detalles sobre las finanzas de las propiedades. “Esto es realmente un desastre y culpo directamente a Arthur. Dudo que las propiedades estuvieran en tan terribles condiciones, si mi padre no hubiera seguido pagando sus escandalosas deudas... Ya conoces a Arthur, siempre hacía lo que quería, cuando quería... La peor parte fue que mi padre no lo frenó y continuó actuando como su fiador... En el proceso, casi llevó las propiedades a la quiebra. Supongo que mi padre finalmente se negó a pagar más deudas de juego. Había llegado al final de su tolerancia entre la indiscreción de Arthur con la joven señorita y sus deudas de juego... Ya era hora de que enviaran a Arthur a Ashmont. Por supuesto, mi madre no tiene ni idea del estado real de nuestras finanzas.”

Evans tomó un sorbo de whisky. “¡Maldita sea! George. No sabía que las cosas estuvieran tan mal.”

“Yo tampoco. Mi padre nunca mencionó nada y mi estipendio trimestral siempre llegaba a tiempo.”

“Quizás no quería que te preocuparas,” aclaró Evans.

“Más bien no quería que supiera cuánto dinero estaba gastando en los problemas de Arthur.”

“Eso es cierto, pero, dime, ¿qué necesitas?”

“Estoy buscando las maneras de aumentar los ingresos. Por lo que pude ver en los libros de contabilidad, las ganancias han disminuido en los últimos años y no creo que haya habido ningún intento de solucionar el problema. Parece que mi padre dejó ir al administrador de la finca hace casi un año.”

Evans asintió. “Eso es desafortunado, pero lo entiendo. Probablemente tu padre pensó que podría manejar cualquier cosa que surgiera.”

“Por lo que pude ver, ni siquiera había hecho eso... Hay numerosas solicitudes de los arrendatarios para reparar sus cabañas, pero parece que los trabajos nunca se hicieron.”

“No quiero hablar mal de los muertos, pero, eso no estuvo bien por parte de tu padre. Si los arrendatarios no están contentos, son menos productivos o pueden irse.”

“¡Tengo miedo de eso!”

“Aprendí algunos métodos agrícolas nuevos, cuando estuve en la mansión de mis padres, el año pasado. Quizás también funcionen para tus propiedades en el campo.”

“Me interesaría mucho saber de ellos, especialmente si crees que ayudarán a aumentar el rendimiento de los cultivos.”

Evans le dio una breve explicación de los nuevos métodos agrícolas, que había aprendido de los arrendatarios de su padre y del mayordomo recién contratado.

“Suena interesante, aunque no dará ningún resultado hasta la cosecha en otoño.”

“Cierto... Se necesita tiempo para que estos métodos comiencen a funcionar.”

“¿Alguna otra sugerencia?”

“Estoy dispuesto a prestarte el dinero que necesitas hasta que llegue la cosecha,” contestó Evans.

George negó con la cabeza. “Richard, gracias por tu generosidad, pero no puedo aceptarla en este momento. Quiero aprender a administrar la finca por mi cuenta. El otro problema es que

no he compartido ninguna de estas angustiosas noticias financieras con mi madre. Ha sufrido mucho en los últimos ocho meses y creo que esto sería demasiado para ella.”

“¿Ella no lo sabe?”

George negó con la cabeza. “No. Ella me ha tratado groseramente estos días... cuando me habla. No quiero que ella también me culpe a mí por la inseguridad financiera del patrimonio.”

“¿Qué quieres decir?” Preguntó Evans.

Hutchinson suspiró y tomó otro sorbo de whisky. “Creo que ella me culpa por la muerte de mi padre y mis hermanos.”

“¡Eso es absurdo! Estabas en Bath. ¿Cómo podría ser esto tu culpa?”

“Esa es una pregunta que me hago todos los días. No tengo ni idea de por qué piensa como lo hace. Mi madre fue bastante irrespetuosa conmigo hoy durante el té, así que no me siento inclinado a informarle que su marido desperdició tanto dinero en su primogénito, que las propiedades están al borde de la quiebra.”

“Siento escuchar eso. Quizás, simplemente, ella necesita tiempo para acostumbrarse al hecho que ahora eres el marqués.”

“Eso es lo que pensé al principio, pero ya han pasado ocho meses y, en todo caso, su condena parece empeorar cada día que pasa. Hoy su queja fue cómo me ató la corbata. ¿Por qué debería importarle eso?”

“Tengo otra idea, pero debido a tu situación financiera, te puede resultar difícil participar. Estoy viendo una nueva oportunidad de inversión que parece... podría resultar bastante lucrativa. Puede que pase un poco de tiempo, antes de que veamos un retorno, pero, debería llevar menos tiempo que esperar a que llegue la próxima cosecha. ¿Puedes juntar doscientas libras?”

George tragó saliva. Era una gran suma de dinero, pero, si podía ayudar a salvar el patrimonio, utilizaría sus propios ingresos trimestrales de las inversiones. Las facturas que se acumulaban sobre su escritorio tendrían que esperar un poco más. “Sí. Tendré el dinero para ti al final de la semana. ¿Está bien, así?”

Evans asintió. “Perfecto.”

“¿Qué tal un alejamiento de estos temas deprimentes? ¿Cómo está tu encantadora esposa?” Preguntó Hutchinson.

“Ella está muy bien y la verás durante la cena. Te quedarás, ¿no?”

“¡Sí! Con mucho gusto los acompañaré.”

Los hombres abandonaron el estudio y se dirigieron al salón, donde estaba sentada Helena, la marquesa de Evans. George no la había visto desde los funerales del año pasado.

Caminó hacia ella y se inclinó sobre su mano. “Mi señora, cada vez que la veo, usted se ve más hermosa.”

“¡Oh! George, siempre tan adulador. ¿Cómo estás?”

“Estoy bien, señora, ¿y usted?”

Vio que Helena miraba a su marido. “Cariño... ¿Le dijiste?”

Evans negó con la cabeza. “No. Estábamos discutiendo algunos asuntos patrimoniales.”

“Bueno, entonces compartiré nuestra feliz noticia. Daremos la bienvenida a una nueva incorporación en el otoño.”

Hutchinson le dio una palmada en la espalda a Evans. “¡Felicitaciones a ambos! ¡Qué buenas noticias, ciertamente!”

Helena sonrió. “Gracias, George. Ambos estamos emocionados.”

Hubo un golpe en la puerta.

“¡Venga!” Gritó Evans.

Wright abrió la puerta y anunció la cena.

Hutchinson le tendió el brazo a Helena. “Mi querida Helena, permíteme acompañarte a cenar.”

“Gracias, George. Estaré encantada.”

Después de pasar una agradable velada con Richard y Helena, Hutchinson regresó a casa. Había habido tanto amor en Evans House esa noche, y no quería envidiar la felicidad de sus amigos más queridos, pero eso le hizo darse cuenta de lo vacía que se había vuelto su vida. Estaba agradecido que Helena no le hubiera preguntado por Lydia. Al respecto, ¿qué podría decirle? ¿Ya no era adecuada para ser su esposa? Eso era absurdo, en su opinión, pero la sociedad tenía otros pensamientos sobre el matrimonio de un noble con una plebeya.

La casa estaba en silencio. Cuando llegó al santuario de su dormitorio, se dirigió a su escritorio y sacó un trozo de papel. Cogió su pluma y empezó a escribir.

Mi querida Lydia,

Vi a Richard y Helena esta noche, y eso me hizo darme cuenta de cuánto deseo la vida feliz que ellos disfrutan. Quiero una vida feliz y amorosa contigo, cariño. Movería montañas para estar contigo, si pudiera hacerlo. El dolor de perderte me persigue todos los días. ¿Por qué esperé tanto para declarar mi amor? Fue una tontería de mi parte y lamento haber desperdiciado la oportunidad de convertirte en mi esposa, el verano pasado. Mi profundo y duradero amor por ti nunca ha flaqueado, aunque no espero que te quedes sentada, suspirando por mí. Mereces una vida plena y próspera con un esposo e hijos amorosos. Sé que serás una madre maravillosa.

Te deseo mucha felicidad en cualquier camino que asumas en tu vida.

Tu amado servidor,

George.

Al igual que con todas las demás cartas que le había escrito a Lydia, durante los últimos meses, la extendió, doblándola y guardándola en el cajón del escritorio, que cerró con llave. De alguna manera, expresarle sus pensamientos y sentimientos a Lydia, en cartas, lo hizo sentirse un poco mejor. No eran sustitutos de la encantadora dama, pero él sabía que compartir su vida con ella jamás sucedería. Estas cartas se habían convertido en la única forma en que él podía sentirse cerca de ella.

Quería despotricar contra los dioses y la injusticia de esta situación. El destino le había asestado un golpe cruel y tuvo que aprender a vivir sin la única persona que lo entendía y amaba plenamente. Tal vez había llegado el momento de poner su corazón maltratado y magullado, detrás de una cerradura, y tirar la llave para poder seguir adelante, y elegir a una esposa, como su madre le había indicado que hiciera.

Aunque esto era lo último que quería hacer.

Capítulo cuatro

Tres días después, Lydia estaba en la sala de estar, y alguien llamó a la puerta.

“Sí... ¡Venga!”

“Ha llegado una carta para usted, señorita Weston,” dijo el mayordomo.

“Gracias, Prescott.” Lydia tomó la carta y rompió el sello, sonriendo ampliamente cuando leyó el contenido.

Querida Lydia,

Me complace informarte que hemos venido a Londres para esta temporada. Me encantaría verte lo antes posible.

Tu amiga,

Helena.

Finalmente, una de sus amigas había llegado a la ciudad. Estaba muy feliz y no podía esperar para volver a ver a Helena. Fue a su dormitorio para recuperar sus guantes, su gorro y su bolso. “Ellie.”

Su doncella asomó la cabeza fuera del vestidor. “Sí, señorita. ¿Usted necesita algo?”

“Sí, voy a visitar a la marquesa de Evans.”

“Por supuesto, señorita Weston. Un momento y tomaré mi gorro y mis guantes. Debes estar muy contenta porque tu amiga está en la ciudad.”

“Lo estoy. Reúnete conmigo abajo cuando estés lista... le diré a Prescott que prepare el carruaje.”

“Por supuesto. Solo tardaré un momento.”

El carruaje no tardó mucho en llegar a la puerta principal. Lydia y Ellie salieron y el conductor las ayudó a subir.

“Gracias, Owen,” expresó Lydia.

“Es un placer, señorita Weston.”

“Vamos a visitar Evans House.”

“Muy bien, señorita,” dijo Owen, cerrando la puerta del carruaje y subiendo al puesto del conductor. Agitó las riendas y el caballo empezó a caminar.

Al cabo de veinte minutos, Lydia estaba viendo a la aldaba que golpeaba la puerta de Evans House.

El mayordomo abrió la puerta. “Señorita Weston, buenos días para usted.”

“Buenos días, señor Wright. Estoy aquí para ver a Lady Evans.”

“Por supuesto, ella está en el salón. Por favor, entren.”

Wright abrió la puerta. Lydia y Ellie entraron.

Lydia volteó hacia su doncella. “Ellie, ¿por qué no vas a la cocina y tomas una buena taza de té? Planeo visitar a Lady Evans por un tiempo.”

“Gracias,” replicó Ellie con una reverencia y caminó por el pasillo para luego bajar por las escaleras.

Wright la acompañó al salón y la anunció:

“La señorita Weston quiere verla, Lady Evans.”

Helena estaba sentada en el sofá, bordando una fina pieza de lino. “¡Lydia! Estoy muy contenta de verte,” dijo, dejando su trabajo. Se puso de pie, abrazó a su amiga y acarició las mejillas de Lydia.

“Helena, me alegré mucho de recibir tu nota. ¡Fue el momento perfecto!”

“¿Oh?”

“Las cosas han sido difíciles, no es por decirlo...”

“Ven, siéntate conmigo y cuéntame cómo te ha ido en estos últimos ocho meses. Te extrañé, mientras estábamos en el campo. Las cartas solo pueden transmitir hasta cierto punto.”

“Yo también te extrañé,” confirmó Lydia, con lágrimas en los ojos.

“Querida, ¿qué pasa?”

“¡De todo!”

“Un momento. Déjame llamar para pedir una bandeja de té,” dijo Helena, levantándose y caminando hacia el timbre.

“Lady Evans, ¿usted necesita algo?” Wright preguntó en unos instantes.

“Sí, una bandeja de té, por favor.”

“Muy bien, mi señora,” indicó Wright, saliendo de la habitación y cerrando la puerta detrás de él.

Helena volvió al sofá y tomó las manos de Lydia. “Mi querida amiga, dime qué te pasa. Odio verte tan deprimida. ¿Se trata de Lord Hutchinson?”

“Sí... Bueno, en realidad, no... Ahora, me doy cuenta que nunca podré casarme con George y me he reconciliado con ese hecho. Pero, ¡esto es mucho peor!”

“¿Cómo puede ser peor? No estar con el hombre que amas tiene que ser el peor castigo que se me ocurre.”

“Desafortunadamente, ¡no lo es! Mi padre me quiere fuera de casa. Dice que si no me comprometo pronto, aceptará la propuesta del barón Oakley.”

Helena se llevó la mano a su boca. “¡Oh, no! Conocí al hombre la temporada pasada. Honestamente, no me gustaba nada estar cerca de él. Me puso la carne de gallina, cuando se inclinó sobre mi mano.”

“Yo también reaccioné así.”

“Eso es realmente un problema. ¿Qué dijiste? ¿Intentaste razonar con tu padre?”

Lydia se secó las lágrimas de las mejillas. Hablar del ultimátum de su padre lo hacía mucho más real. “Traté de hablar con él, pero él insistió en que su decisión es definitiva. Sin embargo, dijo que tenía hasta junio para conseguir a otro.”

Un golpe en la puerta interrumpió su conversación y guardaron silencio, mientras la doncella entraba con un carrito de té.

“¿Necesita algo más, Lady Evans?” Preguntó Diana.

“No... puedes irte,” respondió Helena.

Diana hizo una reverencia y salió de la habitación, cerrando la puerta en silencio.

Helena sirvió el té. “Aquí... una taza de té caliente siempre me hace sentir mejor.”

“Gracias, Helena. Pido disculpas por cargarte con mis problemas.”

“¡Tonterías! Lydia... Para eso están las amigas. Puedo hablar con Richard para saber si conoce algún caballero adecuado que busque novia esta temporada. ¿Estarías dispuesta a eso?”

“Eso sería muy bienvenido. Gracias. Me temo que no conozco a muchos caballeros. Perdí mi corazón por George, a principios de la temporada pasada, y no tenía ningún deseo de conocer a nadie más.”

“No debes preocuparte demasiado. Richard y yo te ayudaremos en todo lo que podamos.”

“Gracias, Elena. Eres verdaderamente una querida amiga. Ahora, ¡basta de mí! ¿Cómo estás?”

“¿Estás lista para recibir buenas noticias?” Helena preguntó con una gran sonrisa.

“Siempre... Espera, ¡pareces diferente! ¿Estás bien?”

Helena asintió. “Sí... Admito que no me he sentido muy bien durante los últimos meses, pero eso ya parece ser cosa del pasado.”

Lydia dejó su taza de té. “¿Estás embarazada otra vez?”

“Lo estoy. Cuando perdí a nuestro primer hijo el otoño pasado, pensé que nunca me recuperaría de la angustia... Nunca había experimentado tanta pérdida y dolor... Pero, Richard fue muy paciente conmigo y me permitió recuperarme de la terrible experiencia, mientras era silenciosamente el marido más solidario que una esposa podría pedir. Ahora, podemos esperar con ansias a este niño. Estoy muy contenta que este embarazo haya progresado sin incidentes hasta ahora. Richard es muy protector conmigo y lo amo por eso. Me tomó semanas convencerlo que estaba lo suficientemente bien, como para venir a la ciudad durante la temporada.”

Lydia abrazó a Helena. “¡Oh! Estás más hermosa que nunca y estoy muy feliz por ustedes dos. Esas son excelentes noticias.”

“Espero entregarle el heredero a Richard en septiembre.”

“¿Deberías estar en la ciudad en tu condición? ¿Quizás Richard tiene razón al estar preocupado?”

“Estoy bien, honestamente, y debería poder disfrutar de muchas actividades esta temporada, antes que mi condición se vuelva demasiado notoria,” contestó Helena. “Luego regresaremos al campo para mi encierro.”

“Me alegro que te sientas mejor y que estés aquí durante el tiempo que puedas quedarte.”

“Compartiré mi lista de invitaciones contigo y si quieres asistir a una, le pediré a la anfitriona una invitación para ti. ¿Cómo te parece esto?”

“¡Me encantaría! Gracias, Helena, por tu generosidad, sobre todo porque necesito encontrar otro pretendiente lo antes posible.”

“Estoy feliz de poder ayudarte. Es lo que las amigas hacen, una por la otra. Por cierto, ¿cómo está tu tía estos días?”

“Ella está bien, pero papá y ella tienen algunas discusiones duras que creen que no escucho. ¡Me entristece que no se lleven mejor!”

“¡Oh, querida! ¿Hay algo serio?”

“Las discusiones han sido principalmente sobre mí y lo terco que puede ser papá a veces. La tía Agnes es una firme defensora mía y la amo muchísimo por eso, pero desafortunadamente no tiene ningún poder o influencia real sobre mi padre. Sus reglas son ley y es mejor no intentar frustrarlas.”

“¡Oh, querida! Eso suena espantoso. Si las cosas en casa se vuelven demasiado insostenibles, puedes quedarte con nosotros,” dijo Helena.

“Gracias. ¡Esa es una oferta muy generosa! Sin embargo, papá podría enojarse si cree que estoy violando sus reglas. Si está enojado, podría aceptar la solicitud del barón Oakley sin demora, y eso es lo último que quiero que suceda.”

“Por supuesto que lo entiendo. Solo debes saber que siempre serás bienvenida aquí.”

Las dos mujeres continuaron hablando durante otras dos horas. Lydia se sintió mejor después de conversar con Helena, especialmente si Lord Evans y ella podían ayudarla a encontrar una pareja adecuada, y salvarla de tener que casarse con el barón Oakley.

Hutchinson había ido al banco a retirar las doscientas libras que debía darle a Evans para la inversión que le había recomendado. Odiaba retirar los fondos, pero tenía que hacer algo para mejorar las finanzas de sus propiedades. Esta parecía la mejor opción a corto plazo.

El aire de abril era fresco y disfrutó del paseo desde el banco hasta la casa de su amigo. Subió las escaleras hasta Evans House y dejó caer la aldaba.

Momentos después, Wright abrió la puerta. “Lord Hutchinson, buenos días.”

“Necesito ver a Evans, si está en casa.”

“Por supuesto, mi señor. Está en su estudio. ¿Lo acompaño?”

“No. Conozco el camino,” replicó Hutchinson, dirigiéndose hacia el vestíbulo. Al escuchar voces femeninas provenientes del salón, se detuvo en seco. Él conocía esas voces. Nunca olvidaría el sonido de la voz de su amada. ¿Debería saludar a la señorita Weston o pasar por la puerta y evitar una interacción incómoda? Acaso, ¿ella lo saludaría siquiera después de lo sucedido?

Mientras dudaba, la decisión se le fue de las manos. Se abrió la puerta del salón y salieron la señorita Weston y Lady Evans.

“¡Hutchinson!” Helena pronunció su apellido, cuando lo vio en el vestíbulo. “¡Qué lindo verte!”

Lydia se quedó inmóvil, mirándolo. Ella se veía incluso más hermosa que la última vez que la vio en Bath, y el corazón de él dio un vuelco. Quería tomarla en brazos y besarla hasta que ambos perdieran el sentido.

“Lady Evans, señorita Weston, es un placer verlas a ambas,” expresó e hizo una reverencia.

Lydia pareció salir de su sorpresa al verlo y también procedió con una reverencia. “Lord Hutchinson, buenos días para usted.”

Esta reunión fue muy inesperada y él no estaba preparado. No sabía qué decir, ahora que ella estaba parada frente a él. Dijo lo primero que le vino a la mente. “Usted se ve preciosa, señorita Weston.”

“Gracias, señor Hutchinson. Ahora, si me disculpan, debo irme,” dijo Lydia, pasando junto a él y saliendo por la puerta, antes que él pudiera articular otra palabra.

“Estoy aquí para ver a Richard,” expresó Hutchinson, después de ver al amor de su vida huir de él.

“Por supuesto. No dejes que yo te retenga. ¿No tiene buen aspecto la señorita Weston?”

“Por supuesto que sí,” dijo, aunque no quería insistir en el inesperado encuentro.

“George, tal vez haya algo...”

“Disculpe, Lady Evans, pero, realmente debo ver a Evans, ¡ahora!” Lo expresó con rigidez. Helena asintió y lo dejó con sus asuntos.

El corazón de Hutchinson casi se le salía del pecho. No tenía idea de cómo se sentiría, cuando volviera a ver a Lydia por primera vez. Ahora, eso sucedió, y no estuvo bien. La mujer que le había robado el corazón en Bath todavía lo tenía cautivo. No había remedio: la amaría hasta su último aliento. Suspirando, caminó por el pasillo hasta el estudio de Richard y tocó la puerta.

“¡Venga!”

Abrió la puerta y entró.

“George, es bueno verte hoy.”

“Buenos días, Richard. He traído los fondos para la inversión,” lo confirmó, sacando el paquete de dinero de su chaqueta y colocándolo sobre el escritorio.

“¡Excelente! Mañana me reuniré con mi hombre de negocios e invertiré esto lo antes posible. Cuanto antes invirtamos, con suerte, veremos antes los retornos.”

“¡Gracias! Realmente, aprecio tu ayuda en todo esto.” George notó el montón de invitaciones sobre el escritorio de Richard. “Veo que la alta sociedad sabe que usted y su encantadora esposa están de regreso en la ciudad.”

Richard asintió. “Sí. Solo pasaron uno o dos días, antes que las invitaciones comenzaran a llegar. ¿Estás planeando asistir a algún evento en las próximas semanas?”

“No lo sé... Parece bastante pronto.”

“No es por nada. Cada uno llora a su propio ritmo. Han pasado más de ocho meses, tal vez sea hora de volver a unirnos a la sociedad, aunque solo sea para algunos eventos.”

“Lo pensaré.”

“¡Bien! Ahora dime, ¿qué te ha distraído tanto esta mañana?”

Hutchinson suspiró y se pasó la mano por el cabello ondulado. “Me acabo de encontrar con la señorita Weston saliendo de tu salón.”

“¡Oh! No sabía que ella estaba aquí de visita. He estado escondido en mi estudio la mayor parte de la mañana. ¿Cómo fue eso? ¿Extraño?”

“Se podría decir que sí, pero, al menos nuestra reunión inicial está fuera del camino. Ahora, al menos, si me la encuentro en un evento, no será demasiado incómodo.”

“George, me gustaría poder ofrecerte un consejo sabio, pero, no sé cómo solucionar la situación. Si sigues tu corazón, soportarás el desprecio de la sociedad por elegir a una mujer, cuyo padre se dedica al comercio, y si no persigues a la señorita Weston, me temo que tendrás una vida profundamente vacía sin la mujer que amas a tu lado.”

“¡Eso es exactamente así! Richard. Seré maldito si lo hago... Maldito si no lo hago. Es una situación imposible. Lamento profundamente no haberle pedido que se casara conmigo, a principios de verano. Entonces, no habría ningún problema aparte de las habituales lenguas malintencionadas. Si nos hubiéramos casado antes, ahora, ella sería la marquesa de Hutchinson y estaría a mi lado todos los días.”

“Entiendo tu miseria. Cuando pensé que había perdido la oportunidad de casarme con Helena, mi corazón casi se rompió en mil pedazos.”

“Entiendo el sentimiento,” destacó George.

“¿Te importaría ir a Gentleman Jack's para aliviar algo de esa frustración?”

“Esa es la mejor idea que he escuchado en todo el día,” contestó George.

Capítulo cinco

Al salir corriendo de Evans House, Lydia apenas pudo respirar. La última persona que había esperado ver era a George... No, ya no podía pensar en él de esa manera tan familiar. Él era Lord Hutchinson ahora, y tenía que recordarlo, especialmente si se lo encontraba en algún evento de la alta sociedad esta temporada. Se veía increíblemente guapo con su cabello oscuro y ondulado, esos insondables ojos verdes, en los que ella podía ahogarse, y esos anchos hombros. Y sus labios... Ella conocía bien a qué sabían esos labios, aunque sabía que nunca volvería a tener el placer de besarlos.

Pensó que se había reconciliado con el hecho que él tendría que conseguir una pareja con una joven adecuada, ahora que él era el marqués. Sabía que ella no tenía madera de marquesa, pero eso no le había impedido soñar despierta sobre la vida, que podría haber tenido con el hombre que amaba.

Se quedó afuera, tomando grandes bocanadas de aire, tratando de controlar los latidos erráticos de su corazón. La mera visión de George le había recordado que nunca superaría su pérdida. Qué vida tan gloriosa habrían disfrutado juntos. Owen la vio, hizo girar el carruaje y aparcó en frente de ella.

Contrólate a ti misma. No hagas una escena. Ya él no es tuyo y nunca lo será, repetía su voz interior, una y otra vez.

Unos minutos más tarde, la puerta del carruaje se abrió y Ellie se acercó. “Lamento hacerla esperar, señorita Weston. No me di cuenta que usted había terminado con su visita.”

Lydia se alisó la cara. No quería que nadie viera lo molesta que estaba. “No te preocupes, Ellie... Acabo de terminar de visitar a Lady Evans.”

“¡Qué casa tan maravillosa! ¿Usted no lo cree?”

“Sí, estoy de acuerdo. Lady Evans tiene muy buen ojo para la decoración.”

Owen agitó las riendas y los caballos empezaron a avanzar por el camino.

Lydia apoyó la cabeza contra los cojines y cerró los ojos. ¿Cómo se había vuelto su vida tan vacía? Sabía cómo descansar, pero eso no hacía que su situación fuera más fácil de soportar. Aquel espantoso día en Bath, cuando George fue interrumpido durante su propuesta, esto casi la aplastó. Luego, él se fue tan abruptamente, y ella no pudo entender lo que indicaba la nota que le habían puesto en las manos. Solo cuando ella y su tía regresaron a Londres, unas semanas más tarde, se enteró de la devastadora noticia sobre su familia. No era de extrañar que se hubiera ido tan rápido. ¡Qué accidente tan horrible! La sociedad llevaba semanas alborotada por la tragedia de la familia Hutchinson. Su corazón había sufrido por él. Más que nada, quería consolarlo, pero ella no era de la familia. Lo más probable es que no hubiera sido admitida en la residencia Hutchinson, especialmente como una dama soltera y además plebeya. Así que tuvo que intentar seguir adelante y olvidarse de esto.

Fue lo más difícil que jamás había intentado hacer. No podía dejar de pensar en él y esperar que se pudiera encontrar una solución a su situación actual, pero la sociedad en general nunca la aceptaría como la marquesa de Hutchinson. Era hija de un comerciante, aunque con una dote muy grande. Estaba segura que George la había amado por algo más que su dinero, pero le resultaría difícil no sospechar que ningún otro caballero mostraría interés en ella. Sin embargo, así eran las cosas y no había nada que hacer. Se concentraría en encontrar un caballero, al que al menos pudiera respetar, aunque solo se casara con ella por su dote.

“¿Se encuentra bien, señorita Weston?” Preguntó Ellie.

Lydia abrió los ojos y asintió. “Sí, estoy bastante bien.”

“Pero, usted se ve tan triste.”

“No es nada.”

Lydia volvió a cerrar los ojos. Lo último que quería hacer era hablar de su corazón destrozado y devastado. Ella pondría cara de valiente y trabajaría para conseguir otro pretendiente.

Cuando Owen se detuvo frente a Weston House, lo único que ella quería hacer era correr hacia el santuario de su dormitorio. El conductor saltó y las ayudó a bajar.

Wright abrió la puerta principal. “Bienvenida de nuevo, señorita Weston,” dijo el mayordomo. “Hay varias cartas para usted en el correo de hoy.”

“Gracias, señor Wright. Las llevaré arriba conmigo.”

“Muy bien.”

Cuando Lydia entró al vestíbulo y tomó las cartas de la mesa, escuchó fuertes voces provenientes del pasillo. “Ellie, subo enseguida,” dijo, entregándole el sombrero y los guantes a su doncella.

Ellie asintió y subió las escaleras.

Lydia caminó por el pasillo hacia el estudio de su padre y escuchó a su tía decir:

“¡Debes decírselo a Lydia! ¿No ves cómo han cambiado las circunstancias?”

“¡No!” Gritó su padre. “Lo prohíbo.”

“Thomas... sé razonable.”

“Agnes, te olvidas de ti misma. No vuelvas a mencionar esto, o no te gustarán las consecuencias. El asunto está cerrado.”

¿A qué se debió esta discusión? ¿Qué no sabía ella y sobre qué consecuencias hablaba su padre? Ella adoraba a su tía y nunca quiso que le pasara nada malo. Antes que la descubrieran, escuchando a escondidas, dio la vuelta y se dirigió a su dormitorio. Quizás su tía podría informarle sobre esta última discusión con su padre. Mientras subía las escaleras, no pudo evitar preguntarse qué era lo que su tía creía que ella debía saber.

Richard y George salieron del carruaje y se dirigieron al interior del club de boxeo. Ambos hombres habían estado entrenando en Gentleman Jack's, desde que regresaron de la guerra. Era una excelente manera de mantenerse en forma y aliviar el estrés y la frustración, que George llevaba en abundancia.

Se quitaron las chaquetas, chalecos, corbatas y camisas, antes de envolverse las manos en lino blanco.

“No a la cara,” dijo Richard, subiendo al ring. “Mi encantadora esposa no estará feliz, si llego a casa con una ojera.”

George se rió entre dientes y siguió a su amigo al ring. “No podemos permitir que la preciosa dama se enoje contigo, ¿verdad?”

Los dos hombres bailaron, uno alrededor del otro, antes que George golpeará las costillas de su amigo. “¿La vida matrimonial te ha vuelto lento?” Él se burló.

Richard simplemente sonrió y lanzó una serie de golpes a George, antes de apartarse del camino de sus puños.

Después de otros veinte minutos de vigorosos golpes mutuos, Richard levantó las manos en señal de fingida rendición. “¡Suficiente! Has dejado claro tu punto. Sigues siendo el mejor

boxeador.”

Era la primera vez que George sonreía en todo el día. Los hombres salieron del ring, se lavaron y vistieron. “Gracias por complacerme hoy. Necesitaba eso,” él dijo.

“Puedo imaginarlo. No debe ser fácil volver a ver a la señorita Weston, sobre todo porque fue un encuentro tan inesperado.”

George negó con la cabeza. “No, no fue nada fácil.”

“Entonces, ¿has decidido si asistirás a algunos eventos?”

“Todavía estoy pensando en ello,” respondió George.

“Deberías hacerlo... No sirve de nada sentarse y pensar en cosas sobre las que no tienes control.”

“Lo sé, pero, definitivamente esta no es la vida que pensé que viviría. Estaba perfectamente contento de ser Lord Spenser y dejar la administración de las propiedades a mi padre y a mi hermano.”

Richard le dio una palmada en la espalda a George. “Lo sé, Hutchinson. No debes perder la esperanza todavía. A veces las cosas tienen una manera de funcionar.”

Aunque George quería creerle a su amigo, sabía que su situación era imposible. No podía proponerle matrimonio, a la mujer que amaba, debido a la disparidad de sus posiciones sociales, y no se le ocurría ninguna forma de solucionar el problema. La señorita Weston era hija de un comerciante. Ni la sociedad, ni su madre la recibirían como a una esposa adecuada. Quería complacer a su madre, especialmente después de todo lo que había soportado, durante los últimos ocho meses, pero, ¿cómo podría vivir el resto de su vida con el corazón roto?

“¿Quieres que te lleve de regreso a casa?”

George negó con la cabeza. “No... Creo que lo que necesito es una buena caminata rápida.”

“Por supuesto. Enviaré una nota, informándote a qué eventos asistiremos. ¿Quizás eso te ayude a decidir?” Preguntó Richard.

“Sí, te lo agradecería. Nos vemos pronto,” replicó George, mientras caminaba calle abajo.

Cuando regresó a su casa, se sintió aliviado al descubrir que su madre había subido a descansar, antes de cenar. Caminó por el pasillo hasta su estudio y se sirvió una generosa ración de brandy, antes de sentarse en la silla junto a la chimenea. Quizás Richard tenía razón y debería reincorporarse a la sociedad, o hacer cualquier cosa que lo distrajera de la absoluta desesperación que sentía.

Miró el montón de invitaciones que había sobre su escritorio. Quizás haría acto de presencia en algunas celebraciones. Una vez que obtuviera la lista de Richard de los eventos, a los que ellos asistirían, al menos podría asegurarse de no tener que soportar la velada solo. Era lo mejor que podía esperar, aunque no le gustaba soportar la lástima de la alta sociedad por lo que le había sucedido a su familia.

Capítulo seis

Fiel a su palabra, Helena había conseguido una invitación para que Lydia los acompañara al baile de Dresdan. La temporada pasada, Lydia había recibido algunas invitaciones para asistir a ciertas actividades, y esperaba que esto continuara, en esta temporada. Aunque no se hacía ilusiones que la invitaran a eventos selectos, debido a su gran dote, algunas anfitrionas, con hijos de otros, estaban más que ansiosas para que Lydia asistiera.

La temporada ya había cumplido un mes, y ella no estaba más cerca de encontrar a otro pretendiente. Tenía los nervios de punta. Quizás este baile sería diferente, especialmente porque estaría en compañía de Lord y Lady Evans. Como mínimo, tendría alguien con quien hablar. Cuando llegaron junto a sus anfitriones, Lord y Lady Dresdan, Lydia vio que los ojos de Lady Dresdan se agrandaban cuando la vio.

El marqués fue el primero en saludarlos. “Lord y Lady Dresdan, gracias por la invitación a su hermosa casa,” destacó Lord Evans. “Creo que conocen a Lady Evans. ¿Puedo presentarle a nuestra querida amiga, la señorita Weston?”

“Buenas noches, Lord y Lady Dresdan,” manifestó Lydia con una reverencia.

Lord Dresdan asintió. “Buenas noches a todos. Espero que disfruten del baile.”

Lady Dresdan no reconoció a Lydia, pero tampoco la insultó, ya que asistía con la marquesa. Lydia estaba acostumbrada a que la ignoraran en los eventos de la sociedad, y el hecho que Lady Dresdan no la reconociera no era nada nuevo.

Lady Dresdan centró su atención en Helena. “Lady Evans, espero que nos veamos en nuestra próxima reunión para discutir cómo recaudar dinero para el orfanato,” dijo.

“Por supuesto, Lady Dresdan. Estoy feliz de apoyar una causa valiosa,” expuso Helena, asintiendo. “Estoy segura que a la señorita Weston también le encantaría asistir. Después de todo, los niños necesitan todo el apoyo que podamos reunir. Por favor, envíame una nota con los detalles.”

Lydia se preguntó si Helena ya era patrocinadora del orfanato, o simplemente estaba accediendo a calmar la incomodidad de la anfitriona por su presencia.

“Por supuesto. Damos la bienvenida a todos los patrocinadores,” dijo Lady Dresdan. “Disfruta el baile.”

Cuando fueron anunciados, pudo escuchar los susurros que ella no debería estar aquí corriendo por la sala, pero mantuvo la cabeza en alto y entró al salón de baile con sus amigos.

“No les haga caso,” le susurró Helena. “Tú eres mi invitada.”

Se sintió muy agradecida, cuando Lord Evans la invitó a bailar. Él era un hábil bailarín y ella disfrutaba mucho de esta actividad. Quizás sus atenciones ayudarían a romper el hielo, animando a otros caballeros a firmar su tarjeta de baile.

“Es muy amable de su parte invitarme a bailar, Lord Evans,” dijo cuando se reunieron para el baile de carrete country.

“Es un placer para mí, señorita Weston. Usted baila muy bien.”

“Gracias.”

Cuando terminó el baile, la llevó de regreso con Helena. “Gracias por el hermoso baile, Lord Evans,” insistió Lydia con una reverencia.

“¿Les traigo una limonada?” Preguntó.

Tanto Lydia como Helena asintieron, y Lydia lo vio abrirse camino entre la multitud. “Tu

marido es un hábil bailarín. Aprecio mucho que se haya asociado conmigo,” dijo. “¿Crees que alguien me volverá a invitar?”

Antes que Helena tuviera la oportunidad de responder, Lydia notó que el barón Oakley se abría paso entre la gente, y se encogió al darse cuenta qué venía hacia ella. Lo último que quería era bailar con el viejo libertino. Él le puso la piel de gallina y nunca podría imaginarse casarse con él. ¿En qué estaba pensando su padre al amenazarla con aceptar la propuesta del barón? Preferiría ser repudiada, antes que casarse con él.

El barón se acercó a ellos y saludó primero a Lady Evans, antes de agarrar la mano de Lydia e inclinarse sobre ella. “Señorita Weston.”

“Barón Oakley,” replicó con poca emoción, retirando la mano.

“Querida, supongo que estás libre para este vals, como siempre.” Se inclinó hacia ella, se comió con los ojos su amplio pecho y susurró:

“No me importa el olor del comercio contigo.”

Lydia jadeó. “¡Mi señor!”

Helena no había oído el comentario insultante del barón y, por la sonrisa del noble, Lydia supo que la había insultado a propósito, creyendo que pronto conseguiría su mano en matrimonio. Su padre debió haberle dicho a Oakley que tomaría una decisión final sobre su solicitud en junio. Tenía que encontrar un pretendiente alternativo, antes de eso, y la mejor manera de atraerlo era bailar y ser vista. Sin embargo, las reglas de la etiqueta exigían que se sentara fuera el resto de la noche, si rechazaba alguna oferta para bailar, y no quería quedarse como un alhelí.

El barón le tendió la mano, esperando que ella la tomara.

“Ahí está, señorita Weston. Creo que me prometiste este baile,” dijo una profunda voz de barítono.

Lydia conocía esa voz y le provocó deliciosos escalofríos por la espalda. Volteó para mirar los intensos ojos verdes de Lord Hutchinson y sonrió, su corazón se hinchó con un amor imposible al verlo. Estaba muy guapo con su traje de noche, aunque ella notó una especie de tristeza en sus ojos. Quería calmarlo. Por supuesto, eso no era posible. Nunca se cansaba de su compañía, pero esta noche se conformaría con un baile... cualquier cosa con tal de estar cerca de él. “Creo que sí, Lord Hutchinson,” dijo sin dudarlo.

Oakley hinchó su pequeño pecho. “Spenser, reclamé primero este baile,” él aclaró.

Hutchinson miró por encima del hombro a Oakley, que era medio pie más bajo. “En primer lugar, ¡es Hutchinson! Y segundo, la señora ya aceptó mi solicitud de bailar, así que: ¡puedes retirarte! Si nos disculpas,” manifestó, extendiendo el brazo hacia Lydia.

El barón Oakley no tuvo más remedio que marcharse para no montar una escena. No parecía feliz. Lydia tendría que evitarlo durante el resto de la noche. Oakley le parecía un tipo grosero y mezquino, y no quería tener nada que ver con él ni esa noche, ni nunca.

Mientras Lord Hutchinson la conducía a la pista de baile, Lydia dijo: “gracias por salvarme de ese hombre odioso, mi señor.”

“Fue un placer, señorita Weston. Vi la expresión de tu rostro, cuando el barón se acercó a ti y supe que necesitabas ser rescatada.”

“Por mucho que aprecio lo que hiciste, no deberías bailar conmigo. ¿Qué pensarán todos?”

“Es simplemente un baile, señorita Weston. No te preocupes por las opiniones de los demás, no significan nada para mí.”

“Disfruto muchísimo estando con usted, pero, no deseo que lo rechacen o lo castiguen de ninguna manera por bailar conmigo, mi señor.”

Cuando la miró a los ojos, Lydia casi se derritió en sus brazos. Ella lo amaba desesperadamente y siempre lo amaría. Él era todo lo que ella siempre había deseado en un marido: amable, cariñoso y de espíritu generoso, y sabía que nunca encontraría a alguien igual.

“Resistiré mil castigos, mi querida dama, para ver esa sonrisa en tu rostro.”

Antes que pudiera decir otra palabra, Hutchinson la abrazó y comenzaron a bailar el vals por el salón. Volver a estar en sus brazos era el Paraíso en la Tierra, y ella nunca quiso abandonar el consuelo de su abrazo. Para su consternación, el baile terminó demasiado pronto y él la escoltaba de regreso con Lord y Lady Evans.

“Lady Evans, usted está tan hermosa como siempre,” resaltó Hutchinson, cuando llegaron junto a sus amigos.

“Gracias, señor Hutchinson. Estoy muy contento de verlo esta noche.”

“Puedes agradecer a tu marido por convencerme de asistir.”

“Hutchinson, ¿quieres un poco de aire fresco?” Preguntó Evans.

“Sí, hace bastante calor aquí... Damas, ¿nos disculpan?”

Lydia observó a los dos hombres cruzar las puertas francesas hacia el balcón y suspiró.

Helena se inclinó hacia ella. “¿Estás bien, querida? Estás bastante sonrojada.”

Lydia asintió. “Sí, estaré bien, aunque creo que iré al salón de retiro. Siento que los ojos de la alta sociedad están sobre mí incluso más de lo habitual, especialmente después de ese baile.”

Helena la tomó del brazo. “Sí, tomemos un descanso. Aquí hace bastante calor.”

Era bueno tener relaciones poderosas y Lydia estaría eternamente agradecida por la amistad de Helena. Mientras las dos mujeres caminaban por el salón de baile, Helena le presentó a varios caballeros y algunos de ellos pidieron un baile. Lydia se sintió muy aliviada. Al menos ahora, cuando el barón Oakley se acercara a ella de nuevo, honestamente podría decir que ya estaba comprometida. Eso haría que el baile fuera mucho más tolerable.

Hutchinson siguió a su amigo hasta el otro extremo del balcón. “Mucho mejor aquí...”

“Me alegra que hayas decidido asistir esta noche,” dijo Evans.

“Bueno... no iba a hacerlo... hasta que la perspectiva de otra noche interminable solo con mi madre, como compañía, me impulsó a salir por la puerta.”

“¿Han mejorado las cosas en algo?”

Hutchinson negó con la cabeza. “¡No! Cuando no me está reprendiendo por una cosa u otra, está deambulando por las habitaciones como un fantasma. Puedo oírla a altas horas de la noche.”

“Quizás, necesita algo de compañía. ¿Ella ha visto a alguna de sus amigas últimamente?”

“No que yo sepa. Ella rechaza todas las sugerencias que le hago, así que, francamente, dejé de preguntarle.”

“El luto es un período muy duro. Quizás, ella necesita más tiempo para reconciliarse con la tragedia.”

Hutchinson se pasó la mano por el pelo con frustración. “Honestamente, no lo sé. Por lo que pude ver, ella apenas toleró a mi padre, a lo largo de los años, pero, siempre estuvo adorando a Arthur y Oliver. No me sorprendería que ella fuera la razón por la que mi padre seguía pagando las deudas de juego de Arthur. Ahora, entiendo un poco más de la dinámica familiar. En cualquier día, Grace es una oposición que debe considerarse. Estoy seguro que, por varios años, eso agotó a mi padre y que era más fácil ceder a sus exigencias que escuchar sus quejas.”

Evans asintió y comentó: “me sorprendió verte bailando con la señorita Weston. ¿Has cambiado de opinión acerca de cortejarla?”

“¡No! Pero, vi su cara cuando el barón Oakley se acercó a ella para bailar. No podía dejar que esa sanguijuela se acercara a ella.”

“Te das cuenta de que has provocado muchos chismes con tus acciones, ¿no?”

“Lo sé, pero, eso no importa. Haré todo lo que esté en mi poder, por limitado que sea, para protegerla de hombres como Oakley.”

“Es noble de tu parte querer protegerla, pero ten cuidado de no causarle más daño que bien.”

Hutchinson dejó escapar un suspiro de frustración. “Entiendo y prestaré atención a tu advertencia.”

“¿Volvemos con las damas?” Preguntó Evans.

Hutchinson asintió y comenzaron a caminar de regreso al salón de baile, solo para ser detenidos por la señorita Darvey, quien estaba parada justo al otro lado de las puertas francesas.

“Lord Hutchinson, qué placer verlo. Lord Evans, buenas noches,” dijo con una reverencia.

“Señorita Darvey,” asintió Hutchinson. Lo último que necesitaba era que la joven lo confrontara, especialmente después de su emotivo baile con la señorita Weston. “Si me disculpa, señorita Darvey,” expresó, intentando pasar junto a ella.

Ella extendió la mano y la puso sobre su brazo. “¿No firmará mi tarjeta de baile esta noche, mi señor?” Preguntó, batiendo sus pestañas hacia él. “Tengo el segundo vals disponible.”

Él miró su mano y luego volvió a mirar su rostro, y ella inmediatamente sacó la mano de su manga y dio un paso atrás, ante su ceño fruncido. “Buenas noches, señorita Darvey,” dijo, antes de pasar junto a ella y salir del salón de baile sin hablar con nadie más. Esta noche había terminado de intentar ser sociable. Lo único que quería era un buen brandy fuerte y la soledad de su estudio.

Pronto trajeron su carruaje y se subió para regresar a su casa. No podía dejar de pensar en lo perfecta que se sentía Lydia en sus brazos. Su aroma a flor de naranjo había invadido sus sentidos durante el vals, y lo llenó de tal anhelo, al saber que nunca podría convertirla en su esposa. El carruaje se detuvo, George saltó y subió las escaleras.

Peters abrió la puerta. “Buenas noches, mi señor. Confío en que haya pasado una agradable velada.”

“Estuvo bien. Vete a la cama y descansa un poco. Te veré mañana,” dijo por encima del hombro, mientras caminaba por el pasillo hacia su estudio. Una vez dentro de su santuario, se sirvió un brandy y se sentó junto a la chimenea. Esta noche había sido maravillosa hasta que la señorita Darvey intentó acorralarlo para que bailara con ella. No le gustaba que lo emboscaran y prometió mantenerse alejado de la joven, si asistía a algún otro evento esta temporada.

Capítulo siete

Lydia había estado observando la interacción entre Lord Hutchinson y la señorita Darvey, mientras Lord Evans y él volvían a entrar al salón de baile. ¿Estaría interesado en ella, ahora que Lydia y él no podían casarse? No parecía contento de ver a esa mujer, y el puchero en el rostro de ella era una indicación de cómo fue su conversación. Lydia solo podía suponer que él la había rechazado cortésmente.

“Bueno, eso fue interesante,” susurró Helena. “Sospecho que la señorita Darvey no está contenta.”

“Solo puedo imaginar que Lord Hutchinson no firmó su tarjeta de baile,” coincidió Lydia.

“Creo que tienes razón, querida. Parece que la señorita Darvey está aún más decidida a llamar la atención de Lord Hutchinson, ahora que es marqués. Estoy seguro que nada le gustaría más que ser la próxima marquesa de Hutchinson.”

“Ella estaba interesada en él, cuando solo era Lord Spenser, así que estoy segura que tienes razón. Ahora que tiene el título, es un premio aún mayor a sus ojos,” le aseguró Lydia.

Lord Evans pronto se acercó a ellas. “Creo que fue suficiente espectáculo para una noche. ¿Estás lista para partir, querida?” Le preguntó a Helena.

“¿Te importaría si nos quedáramos un poco más? La señorita Weston está comprometida para los dos próximos bailes.

“Por supuesto,” él contestó.

Antes que Lydia pudiera agradecerle, el señor Abernathy los saludó. “Lord y Lady Evans, buenas noches.” Se dirigió a Lydia. “Señorita Weston, creo que este es mi baile.”

“Buenas noches, señor Abernathy... Disfrute su baile,” dijo Helena.

Lydia caminó hasta la pista de baile con el señor Abernathy, esperando escuchar una canción country. Él es un caballero de aspecto agradable, con cabello castaño oscuro y ojos marrones. Es bastante delgado y solo un poco más alto que ella, pero sabía que no podía darse el lujo de ser demasiado exigente. Necesitaba otro pretendiente, si no quería que su padre aceptara la propuesta del barón. Tenía que dejar de comparar a todos los hombres con Lord Hutchinson y seguir adelante con su vida, en lugar de desear algo que nunca podría suceder.

Desafortunadamente, el señor Abernathy era un bailarín torpe y le pisó los pies más de una vez cuando se juntaron. Podría haber pasado por alto su torpeza... hasta que empezó a conversar. Hablaba sin parar de sus perros y caballos, sin dar oportunidad de añadir una sola palabra a la conversación. No había manera que pudiera compartir su vida con alguien que no tenía interés en nada de lo que ella pudiera decir. Tendría que seguir buscando a alguien adecuado, que al menos pudiera mantener una charla decente con ella. Acaso, ¿eso era pedir demasiado?

Cuando terminó el baile, ella le hizo una reverencia. “Gracias por el baile, señor Abernathy. Si usted me disculpa,” añadió, alejándose rápidamente de él. Ya estaba harta de oírlo alardear de cosas que no le interesaban.

“¿Cómo estuvo el baile?” Helena preguntó, cuando Lydia regresó con sus amigos.

“Además de pisarme los dedos de los pies y su constante parloteo sobre sus perros y caballos, estuvo bien.”

Helena se rió entre dientes. “Vamos a tacharlo de la lista como posible pretendiente.”

“¡Exactamente!”

Un momento después, el siguiente compañero de Lydia vino a reclamarla para su baile.

“Buenas noches, Lord Tremont.”

Lord Tremont era joven, quizá no tuviera más de veintidós años. Sabía que él no buscaba esposa esta temporada, pero era un excelente bailarín y disfrutaba hablando con él. Cuando terminó el baile y él la devolvió con sus amigos, ella dijo: “estoy de acuerdo con Lord Evans. Estoy feliz de partir ahora porque ya estoy harta que me aplasten los dedos de los pies esta noche.”

“Parecías disfrutar tu baile con Lord Tremont,” manifestó Helena.

Lydia asintió. “Es un excelente bailarín, pero es joven y no busca esposa.”

“Damas, ¿nos vamos?” Preguntó Evans, tendiéndoles los brazos. El trío abandonó el salón de baile, después de despedirse de sus anfitriones.

Una vez dentro del carruaje, Lydia quiso interrogar a Lord Evans sobre lo que había sucedido entre Lord Hutchinson y la señorita Darvey, pero se sintió incómoda al mencionarlo, especialmente porque sabía que ella ya no estaba destinada a casarse con él.

“Querido, no quería decir nada, en el salón de baile, pero, ¿a qué se debió ese intercambio entre Lord Hutchinson y la señorita Darvey?” Preguntó Helena.

Lydia podría haber besado a su amiga y esperó con gran expectación para escuchar los detalles.

“¡Oh! Eso sí fue interesante... La señorita Darvey se paró frente a Hutchinson, cuando regresamos al salón de baile, y pensaba acorralarlo para que bailara con ella. Cuando ella puso su mano en su manga, pensé que la castigaría, pero simplemente la miró fijamente.”

“Eso fue muy atrevido de su parte,” dijo Helena. “Estoy segura que a él no le gustó eso.”

“Ciertamente, eso no le agradó. Cuando él se negó a aceptar su petición de bailar, ella sabiamente decidió no montar una escena y se hizo a un lado.”

“Te das cuenta que ese no es el final de su búsqueda, ¿no?” Helena le preguntó a su marido. “La vi regresar con su madre... estaba bastante molesta.”

“Creo que Hutchinson dejó muy claro que no deseaba estar en su compañía,” concluyó acertadamente Evans.

“He conocido a mujeres jóvenes como la señorita Darvey, antes, y créeme, querido, ella aún no ha terminado de perseguirlo. Su madre, Lady Knight, es conocida por su influencia dentro de la sociedad y tratará de poner a su hija en su camino, siempre que sea posible. Él debe tener mucho cuidado de no quedarse a solas con ella, o se encontrará encadenado en un abrir y cerrar de ojos.”

Evans miró a Lydia. “Señorita Weston, ¿está de acuerdo con la evaluación de mi esposa sobre la señorita Darvey?”

Lydia asintió. “Sí, mi señor. Fue muy persistente en su búsqueda de Lord Hutchinson, durante el verano en Bath, y dudo que haya cambiado de opinión sobre él. Ahora que es marqués, ella probablemente está aún más decidida a ganárselo.”

“Pobre Hutchinson. No lo envidio esta temporada,” expresó Evans. “Espero que esto no lo asuste y no deje de asistir a otros eventos.”

Lydia también esperaba lo mismo. Aunque no podía estar con él, su corazón se llenaba de alegría con solo mirarlo. No había nadie más que pudiera compararse con él en su mente.

“Quizás podamos organizar una salida al teatro o a Vauxhall,” dijo Helena. “Lydia, querida, ¿te gustaría eso?”

“Helena, por mucho que me encantaría, no creo que sea una buena idea,” respondió Lydia. “Sabes que nunca podré casarme con él, y que los vean a ustedes, en mi presencia, no les ganará algún favor en la alta sociedad. Ciertamente, no deseo verlos a ustedes, condenados al ostracismo

por su asociación conmigo. ¡Los amo demasiado como para causarles angustia!”

“Me temo que la señorita Weston tiene razón, querida,” expresó Evans. “La diferencia en sus posiciones es un obstáculo importante, uno que no sé cómo superar. Una cosa es que nos acompañe a un evento de mucha gente y otra muy distinta que vayamos todos, los cuatro. Creo que les causaría a ambos más daño que bien.”

Helena suspiró. “Simplemente no es justo. ¡Se aman! Debería haber una manera que estén juntos.”

“Tu marido tiene razón. Me temo que debo que dejar ese sueño,” manifestó Lydia, acariciando la mejilla de Helena, cuando el carruaje se detuvo frente a la casa de Weston. “Por favor, no te preocupes por mí. ¡Estaré bien! Gracias por dejarme acompañarte esta noche.”

Helena asintió. “Te veré pronto, querida.”

El conductor abrió la puerta y ayudó a Lydia a bajar. “Buenas noches, Lord Evans,” dijo por encima del hombro, antes de caminar hacia la puerta principal.

“Buenas noches, señorita Weston,” Lord Evans le devolvió el saludo.

Prescott abrió la puerta. “Señorita Weston, espero que usted haya tenido una velada agradable.”

Lydia asintió. “Sí, fue encantadora. Buenas noches, Prescott.”

“Buenas noches, señorita Weston.”

Lydia subió las escaleras y recorrió el pasillo hasta su dormitorio. Cuando pasó por la habitación de su tía, notó una luz que salía de debajo de la puerta. ¿Por qué su tía seguía despierta? Era inusual que Agnes todavía estuviera despierta a esta hora, especialmente porque no había asistido al baile. Lydia llamó a la puerta, esperando que no pasara nada.

“¡Entra!”

“Tía Agnes, ¿estás bien?” Preguntó Lydia, abriendo la puerta e ingresando a la habitación.

“Sí, querida. Un poco de inquietud, eso es todo. ¿Cómo estuvo tu velada?”

“Estuvo bien.”

Agnes la miró atentamente. “Querida, por tu cara me doy cuenta de que la noche no estuvo bien. ¿Qué pasó?”

“Nada en realidad.”

“¡Oh! ¿Te importaría explicarte?” Expuso Agnes, dando palmaditas en el asiento junto a ella en el sofá.

Lydia se sentó y respiró hondo. “Muy bien... El barón Oakley me insultó, mientras intentaba obligarme a bailar con él.”

Los ojos de Agnes se abrieron con incredulidad. “Querida, eso está más allá de lo aceptable. ¿Te insultó?”

Lydia asintió. “Efectivamente, sí lo hizo, aunque lo dijo en un susurro para que nadie lo oyera.”

“¿Que dijo él?”

“Dijo que no le importaba que me apestara el comercio.”

“¡Ese hombre odioso! ¿Cómo se atreve a decir algo tan hiriente?”

“Sé que es la verdad, pero la forma en que lo dijo fue muy vulgar. Por suerte, Lord Hutchinson intervino y reclamó el baile, obligándolo a hacerse a un lado. Debo decir que disfruté la expresión de indignación en el rostro del barón.”

“¿Lord Hutchinson estaba allí?”

“¡Sí! Él vino, pero no se quedó mucho tiempo.”

“¡Y bailó contigo! ¿Con alguien más?”

Lydia negó con la cabeza. “No. La señorita Darvey intentó arrinconarlo para bailar, pero, fue en vano.”

“¡Bien! Ese es un giro interesante de los acontecimientos.”

“Tía, eso no significa nada. No tengo esperanzas de que Lord Hutchinson y yo podamos estar juntos alguna vez. Simplemente, me estaba rescatando de ese hombre horrible.”

“Han sucedido cosas más extrañas, querida.”

Lydia besó la mejilla de su tía. “No te quedes despierta hasta tarde. Te veré por la mañana,” lo dijo, levantándose y saliendo del dormitorio.

Por mucho que su mente realista supiera que no había ninguna posibilidad que pudiera casarse con Lord Hutchinson, su corazón, emocionalmente golpeado, todavía albergaba una pequeña llama de esperanza que las circunstancias pudieran cambiar. Mientras yacía en la cama, revivió cada maravilloso momento de su baile, juntos, y se quedó dormida, soñando con quedarse en sus brazos para siempre.

Mientras George estaba sentado en su estudio, bebiendo brandy, el dolor en su pecho parecía interminable. Bailar con la señorita Weston esa noche solo había hecho que vivir sin ella fuera mucho más difícil. Cuando ella lo miró, con tanto anhelo, en sus expresivos ojos marrones, mientras bailaban juntos, eso casi lo deshizo. Quería burlarse de la sociedad y casarse con la mujer que amaba desesperadamente, pero algo lo detuvo: su madre nunca aceptaría a Lydia, y George sabía de primera mano lo destructiva que podría ser la lengua de su madre. No quería someter a Lydia a semejante virulencia. Ya era bastante malo que su madre fuera grosera con él. No había manera que le permitiera a ella agradar a la mujer que él amaba. Aunque Grace había estado de luto, estos últimos meses, y no había socializado, él creía que todavía tenía influencia en la alta sociedad, y no quería que ella hiciera o dijera nada que lastimara a Lydia.

Una visión de Lydia nadaba en su mente. Estaba tan hermosa, esa noche, con su vestido color melocotón, que combinaba muy bien con su tono de piel y su cabello oscuro. No era la clásica belleza inglesa con cabello rubio y ojos azules, aunque era muy elegante, con curvas exuberantes, que pedían ser acariciadas. Él quería ser el hombre que le presentara todas las maravillas de hacer el amor, pero ahora le correspondería a su marido enseñarle esas cosas. Sentía que moría al pensar en que otro hombre la tocara. Tendría que dejar de lado sus celos, pero pasara lo que pasara, la amaría hasta su último aliento.

¿Cómo podría seguir adelante con su vida y elegir una novia adecuada, si no podía reconciliar el vacío en su pecho? Le parecía injusto casarse con otra joven, sabiendo que nunca la amaría. Sabía que a algunas mujeres, como la señorita Darvey, no les importaba si el amor estaba involucrado en el matrimonio. Simplemente, ellas deseaban un título, pero para George, el amor lo era todo. El mismo hacía que el mundo fuera más brillante y no quería vivir sin él.

Intentó imaginarse casado con la señorita Darvey y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Ella no era el tipo de mujer, que él quería como marquesa. Hasta donde él podía ver, ella era como muchas otras mujeres jóvenes, a las que solo les importaba saber quién vestía la última moda, y conocer los últimos chismes, que circulaban por la alta sociedad. De las pocas interacciones, que había tenido con ella, sus habilidades conversacionales eran aburridas. Quería estar emocionado de comenzar cada día con su esposa, y estar casado con la señorita Darvey equivaldría para él a una cadena perpetua. ¡No podía hacer esto!

Esta mujer no parecía entender que él no quería estar con ella, y él se prometió mantenerse a una distancia segura de ella. Lo último que quería era encontrarse en una situación comprometida

y tener que casarse con la muchacha.

Se puso de pie y caminó hacia su escritorio, sacando un trozo de papel. Mojó su pluma en el tintero y empezó a escribir.

Mi querida Lydia,

Bailar contigo esta noche me hizo darme cuenta que nunca amaré a nadie como te amo a ti. Eres todo para mí. Anhele tu toque, tu dulce sonrisa y escuchar tu risa todos los días. ¿Cómo puedo seguir sin ti a mi lado? Vives en mis sueños y te amaré por siempre, cariño.

Tu amado servidor,

George.

Una vez que la tinta se secó, dobló la carta y la guardó en el cajón del escritorio, junto con las otras misivas que le había escrito. El clic de la cerradura le aseguró que nadie podría espiar su correspondencia privada. Aunque ninguno de los sirvientes se atrevería a ser tan irrespetuoso, su madre no tendría reparos en leer sus cartas, si pudiera hacerlo. Sería mejor no concederle esa oportunidad, y se guardó la llave del escritorio en un bolsillo.

Terminó su brandy, antes de subir las escaleras hasta su dormitorio para soportar otra noche solitaria.

Capítulo ocho

En aquella mañana, después del baile de Dresdan, la señora Agnes Kennedy estaba mirando por la ventana de su dormitorio, preguntándose cómo podría hacer que la situación con Lord Hutchinson y Lydia funcionara para que pudieran casarse. Al enterarse que Lord Hutchinson solo había bailado con Lydia, en esa noche, esto hizo que Agnes estuviera más decidida que nunca a encontrar una solución a la situación.

Durante años, su hermano le había prohibido decirle a Lydia que era nieta del vizconde Surry. El vizconde había repudiado a su única hija, Joanna, cuando se fugó con Thomas, antes de presentárselo. Thomas no solo era un plebeyo sino que también se dedicaba al comercio textil, lo que, naturalmente, no le había sentado bien al vizconde. Thomas no era apto para el vizconde, y él le había advertido a su hija de las consecuencias, si seguía viéndolo. Pero, Joanna no solo siguió viéndolo, también se escaparon una semana después del edicto de su padre.

Thomas y Joanna pronto descubrieron lo difícil que podía ser la vida sin el consuelo de la dote, aunque estaban enamorados y nada podría apagar su pasión mutua. Así que el vizconde cumplió su amenaza y no solo asfixió económicamente a su hija, sino que también le prohibió a su madre volver a ver a Joanna, o siquiera pronunciar su nombre. Agnes se preguntó, si alguna vez el vizconde se arrepintió de su decisión. No podía imaginar lo que debió haber sufrido Lady Surry al no tener nunca la oportunidad de hablar con su hija o verla nuevamente. ¿Daría la bienvenida a una nieta?

Thomas y Joanna habían soportado las dificultades lo mejor que pudieron. Había sido necesario mucho trabajo, pero al cabo de unos años el negocio textil de Thomas iba bien y la joven pareja vivía más cómodamente. Agnes y su difunto esposo, Steve, a menudo compartían comidas con Thomas y Joanna, y las dos mujeres se llevaban bien. Aunque Joanna había sido criada, como una dama de la nobleza, no marginaba a nadie. Tenía un espíritu generoso y amoroso, y todos los que la conocían disfrutaban de su agradable compañía.

En el tercer año de su matrimonio, Joanna quedó embarazada y tanto ella como Thomas oraron por un niño para que él se encargara de dirigir Weston Textiles. Para consternación de Thomas, Joanna había dado a luz a una niña. Aunque ella le aseguró que el próximo hijo sería un niño. Desafortunadamente, tres días después del nacimiento de Lydia, Joanna sucumbió a la fiebre puerperal y Thomas culpó a la pequeña recién nacida. Él se negó a tener nada que ver con la niña y pronto aparecieron una serie de niñeras para cuidar de ella. Thomas nunca informó al vizconde que Joanna había muerto, o que ahora tenía una nieta. Prometió no volver a mencionar nunca más a la familia de su esposa y había mantenido ese juramento durante diecinueve años.

A Agnes le había roto el corazón ver a la niña tan abandonada. Cuando su marido murió trágicamente en un accidente y Lydia tenía dos años, ella se fue a vivir con ellos. Estaba decidida a darle a Lydia una educación adecuada y, después de mucho rogarle a su hermano, Thomas finalmente accedió a contratar a una institutriz para la niña, cuando ya no fuera necesaria una niñera. Lydia había sobresalido en sus estudios, aunque a su padre no le importaba esto.

Durante diecinueve años, Agnes había cumplido su promesa de no mencionar las relaciones de Lydia con nadie, pero ahora las circunstancias habían cambiado. No podía permitir que dos buenas personas sufrieran por la terquedad de Thomas. Había llegado el momento de romper su promesa. ¡Sí! ¡Al diablo con las consecuencias! Era necesario decir la verdad. Caminó hasta el pequeño escritorio cerca de la ventana y se sentó. Mojando su pluma en el tintero, comenzó a

redactar una carta para el vizconde.

Estimado vizconde Surry,

Debo disculparme por mi audacia al escribirle, pero hay algo que usted debe saber. Soy la señora Agnes Kennedy, quien conocía bien a su hija Joanna. Era una joven vivaz y trabajadora, y compartimos muchas conversaciones y salidas agradables, mientras ella estaba casada con mi hermano Thomas. Después de cuatro años de matrimonio, Joanna dio a luz a una hija, pero sucumbió trágicamente a la fiebre puerperal tres días después. Lo siento por su pérdida. Sin embargo, le complacerá saber que su hija, Lydia, se ha convertido en una joven considerada, cariñosa e inteligente. Sé que usted estaba alejado de su hija, pero creo que es imperativo que sepa de la existencia de Lydia. Este secreto ha estado enterrado durante bastante tiempo.

Thomas me ha prohibido contarle a Lydia sobre sus relaciones y he cumplido mi promesa durante diecinueve años. Sin embargo, lo que más me preocupa es que él la obligará a casarse con un anciano, lo cual seguramente aplastará su espíritu. Sería un matrimonio desastroso para ella, y ya no puedo quedarme sentada y dejar que mi hermano destruya su oportunidad de ser feliz. Mi señor, usted es su última esperanza para ayudarla a buscar una mejor pareja. ¿Considerarías conocerla? Residimos en Gracechurch Street.

Tu fiel servidora,

Señora Agnes Kennedy.

Agnes sopló la tinta para secarla, antes de enviar la carta. Tenía puestas todas sus esperanzas que el vizconde Surry estuviera en Londres para cumplir con sus deberes en el parlamento. ¿Aceptaría reunirse con Lydia? Ser reconocida por el vizconde era la única manera que conocía para ayudar a Lydia y Lord Hutchinson. Si el vizconde la aceptaba como su nieta, sería más fácil para ellos ser reconocidos por la alta sociedad. Por supuesto, siempre habría esos personajes, rigurosos y radicales, dentro de la alta sociedad, que nunca aceptarían a su sobrina, pero Lydia tenía amigos poderosos: el duque y la duquesa de Wiltshire, el marqués y la marquesa de Evans, y el conde y la condesa de Hartley. Esas relaciones, por sí solas, la ayudarían a que fuera más aceptada en la sociedad. Nadie querría enfadar a un grupo de compañeros tan estimado, despreciando a Lydia.

Agnes sabía que Lord Hutchinson amaba a Lydia y se le rompió el corazón, cuando su propuesta fue interrumpida por la llegada de la trágica noticia de su familia. En ese momento, no podía imaginar qué lo hizo abandonar la cabaña en Bath tan abruptamente, pero sabía que era un caballero cariñoso y que no habría lastimado a Lydia voluntariamente. Cuando finalmente, ella escuchó la noticia sobre su familia, Lydia estaba fuera de sí por el dolor. Ella había querido ofrecerle consuelo a él, pero eso no se lo permitirían, así que tuvo que lidiar no solo con la pérdida del hombre que amaba, sino también con el hecho que no podía consolarlo de ninguna manera. Él no fue el único que sufrió una pérdida devastadora. Lydia había perdido al amor de su vida y eso había disminuido su entusiasmo por vivir. Era hora de intentar corregir los errores del pasado, y darle a Lydia la vida que merecía: ser la esposa del hombre que amaba.

Después de lavarse y vestirse para el día, Agnes guardó la carta en su bolso. La casa del vizconde Surry estaba en Mayfair, por lo que si estaba en la ciudad, la recibiría pronto. Ella misma la enviaría, ya que no quería que ninguno de los sirvientes se enterara de la nota. De esa

manera, cuando Thomas los interrogara, como seguramente lo haría, si el vizconde viniera a visitarlos, podrían decir honestamente que no tuvieron nada que ver con eso.

Salió de la casa, sin que nadie se diera cuenta. Había llegado el momento de corregir un error que, para empezar, nunca debió haber ocurrido.

Capítulo nueve

Dos semanas después del baile de Dresdan, George se levantó de su escritorio y estiró los brazos por encima de la cabeza. Había estado en su estudio la mayor parte del día, tratando de economizar en todos los gastos de la finca, sin alertar a su madre sobre las menguantes finanzas. Su desprecio por él no había disminuido en los meses transcurridos desde la muerte de su padre y sus hermanos. ¿Aceptaría alguna vez el hecho que ahora él era el marqués, lo quisiera o no? Había esperado que el tiempo ayudara a curar su dolor, pero ella parecía llevarlo como un sudario, manteniendo a todos a distancia. La única persona que parecía tener interacciones agradables con Grace era su doncella, Beckwith, que había estado con su madre durante casi tres décadas. Ella siempre había tenido una palabra amable para él, mientras crecía, pero nunca, si Grace pudiera escucharla. George sabía que Beckwith se encontraba en una situación complicada, y no quería molestar ni enojar a su señora, por lo que mantuvo cualquier conversación con ella al mínimo. No quería que Grace tomara represalias contra ella por ningún motivo, y menos por hablar con él. Le entristecía que su madre pudiera ser tan mezquina, pero así era su manera. No era una persona fácil con quien vivir.

El té con Grace podía ser un asunto silencioso o estar lleno de nada más que críticas por cualquier cantidad de cosas, que ella sentía que él no estaba haciendo del todo bien. Intentó ignorar sus quejas y complacerla tanto como pudo, pero algunos días era mejor no tener ningún contacto con ella. Eso era mejor que discutir con ella.

Habían pasado varios días, desde la última vez que se reunió con ella para tomar el té. Quizás hoy sería diferente... o al menos no estaría llena de quejas sobre esto o aquello. Se alisó la chaqueta y salió de su estudio, dirigiéndose al salón. Sin embargo, cuando llegó a la puerta del salón, se sorprendió al encontrarla, entreteniendo a los invitados.

“Hutchinson, no te quedes en la puerta. Acompáñanos,” dijo Grace con una sonrisa engreída.

Le lanzó una mirada furiosa a su madre, pero tenía que atender a los invitados, a menos que quisiera insultar a Lady Knight y a su hija.

“Buenos días, Lady Knight, señorita Darvey,” hizo una reverencia, mientras entraba en el salón. “No tenía idea que mi madre invitaría a alguien a tomar el té hoy.”

Ellas se pusieron de pie e hicieron una reverencia y dijeron: “Lord Hutchinson.”

“Mi señor, ¿no quiere acompañarme en el sofá?” Preguntó la señorita Darvey.

Lady Knight se había movido convenientemente a la silla, junto a su madre, por lo que él no tuvo más remedio que sentarse al lado de la joven.

“Señorita Darvey, ¿sería tan amable de servirnos el té?” Preguntó Grace.

Ella sonrió. “Me encantaría. ¿Cómo toma el té, mi señor?” Le preguntó a Hutchinson.

“Un chorrito de leche, gracias.”

“¿Sin azúcar hoy, Hutchinson?” Preguntó Grace, alzándole una ceja.

Definitivamente su madre estaba tratando de pincharlo, pero hoy no iba a caer en su trampa. Mantendría la compostura, bebería unos sorbos de té y se marcharía. No le gustó que le tendieran una emboscada. Su madre podía entretener a quien quisiera, pero eso no significaba que él tuviera que participar.

“Hoy solo la leche está bien,” replicó.

La señorita Darvey llenó su plato de galletas y se lo pasó con su más bonita sonrisa. Sirvió

té para Grace y su madre, antes de prepararse una taza, y sentarse junto a él.

“Tengo entendido que estuviste en el baile de Dresdan recientemente,” expresó Lady Knight.”Lamento no haberte visto.”

George asintió, aunque no dijo nada. No tenía ninguna duda que la señorita Darvey le había contado a su madre cómo se negó a firmar su tarjeta de baile.

Después de un silencio incómodo, Grace habló: “le dije a Hutchinson que era hora de volver a entrar en la sociedad. Después de todo, ahora eres el marqués y necesitas a una esposa.”

George casi escupe su té, ante las atrevidas palabras de su madre. Ella lo estaba incitando deliberadamente, y no estaba bien comenzar una discusión con ella sobre lo inapropiado de su comentario frente a sus invitadas. Dejó su taza de té y se puso de pie. “Si me disculpan, tengo un compromiso urgente. Buenos días, Lady Knight, señorita Darvey,” expresó, antes de salir de la habitación. Estaba furioso por las maquinaciones de su madre y tuvo que escapar, evitando decir algo de lo que se arrepintiera. A veces, el mejor curso de acción es retirarse.

Peters estaba en el vestíbulo, cuando George salió del salón. “Mi sombrero y mi bastón, Peters.”

“De inmediato, mi señor,” dijo el mayordomo, recuperando los artículos. “¿Usted quiere que le traigan el carruaje?”

George negó con la cabeza. “¡No! Necesito una caminata rápida.”

Peters abrió la puerta y George salió de la casa.

Caminó por la calle sin importarle en qué dirección avanzaba. Necesitaba dejar que su ira se calmara, antes de regresar a casa, o tendría palabras muy desagradables con su madre. Su situación de vida no era ideal, pero no había mucho que él pudiera hacer además de desterrarla de Londres. Ese era un paso drástico que no quería dar. Todavía tenía la esperanza que pudieran reconciliar sus diferencias y vivir juntos amigablemente.

No tenía idea de lo que iba a hacer. Solo había una mujer con la que quería casarse y ninguna presión de su madre lograría convencerlo de cortejar a la señorita Darvey. Ella no le interesaba en lo más mínimo, y se preguntó si alguna vez tuvo un pensamiento en su cabeza, que no estuviera centrado en la moda o los chismes.

Pasó por las puertas de Hyde Park sin entrar. Lo último que quería era conversar con nadie. Su ira aún no se había disipado, así que siguió caminando. Estaba perdido en sus pensamientos, cuando escuchó su nombre.

“Lord Hutchinson, qué agradable sorpresa.”

George levantó la vista y vio a la señora Kennedy caminando hacia él. “Señora Kennedy, encantado de verla de nuevo.”

“¿Se encuentra bien, mi señor? Usted parece distraído.”

Él se rió entre dientes. “Hmmm... Si usted lo supiera. Espero que se encuentre bien, estos días.”

“Muy bien, gracias. Lamentamos mucho enterarnos de la tragedia de su familia.”

“Gracias, señora Kennedy.”

“¿Cómo le va a tu madre?”

“Me temo que no está bien, pero, esa es una historia para otro día.”

“Por supuesto. No lo entretendré más, y le deseo una agradable tarde. Buenos días, Lord Hutchinson.”

“Buenos días, señora Kennedy,” él dijo.

Vio alejarse a la tía de Lydia. Su vida habría sido muy placentera, si se hubiera casado con Lydia el verano pasado, antes que el accidente se llevara a su padre y a sus hermanos. La señora

Kennedy era una compañera encantadora para Lydia, y él disfrutaba sus conversaciones. Podría castigarse a sí mismo por esperar tanto para proponerle matrimonio al amor de su vida.

Después de caminar durante más de una hora, George finalmente regresó a su casa. Su ira había desaparecido, pero por mucho que pensara en su situación, no podía idear una manera plausible de casarse con Lydia.

Peters abrió la puerta. “Mi señor, ¿disfrutó su paseo?”

“Lo hice, gracias. ¿Mi madre todavía está en el salón?”

“No, mi señor. Se ha retirado a sus habitaciones.”

“Por favor, dígle a la cocinera que envíe una bandeja con la cena a mi estudio. Tengo más trabajo por hacer...”

“Por supuesto, señor.”

Caminó por el pasillo hasta su estudio y se sirvió una generosa ración de brandy, antes de sentarse en su escritorio. El montón de facturas impagas parecía gritarle, pero tendrían que esperar un poco más. Con suerte, su inversión con Evans comenzaría a generar pronto algunos dividendos muy necesarios. No sabía cuánto tiempo más podría ocultarle a su madre el terrible estado de sus finanzas, y definitivamente no estaba ansioso por esa conversación. Sería propio de ella echarle la culpa a él por la ausencia de fondos, y ciertamente, no a todas las veces que su padre había pagado las deudas de juego de Arthur. A los ojos de su madre, Arthur no podía hacer nada malo, y ahora que se había ido, ella nunca admitiría que él era una carga para las finanzas de la familia.

El único punto positivo del día había sido la agradable conversación con la señora Kennedy. La admiraba mucho, especialmente por todo lo que había hecho por Lydia.

Bebió dos tragos de brandy y empezó a leer los informes de las propiedades. Tenía que haber una manera de reducir más los gastos, pero aún no la había encontrado. Esa sería otra noche larga y solitaria.

Capítulo diez

Lydia recibió encantada una nota de Helena, invitándola a una excursión al museo británico, durante la próxima semana.

“Estoy muy contenta que hayas podido acompañarme hoy. Adoro el museo británico, pero es mucho más divertido explorarlo con una amiga,” manifestó Helena, mientras Lydia subía al carruaje de los Evans para ir al museo.

“Gracias por invitarme. A mí también me encanta el museo,” expuso Lydia.

“¿Cómo estás?” Preguntó Helena.

“Estoy bien, aunque no más cerca de conseguir un pretendiente que al comienzo de la temporada. Estoy empezando a desesperarme de encontrar a alguien con quien casarme.”

“Lo lamento. Hay una invitación para hoy... a un evento musical, en casa de Lady Baily, esta noche. Su hija toca el piano y es bastante buena. Ha atraído mucha atención esta temporada y estoy segura que habrá muchos jóvenes en el evento. ¿Te gustaría asistir? Aún no he enviado nuestra aceptación ni nuestro rechazo.”

“¿Crees que es una buena idea? Me he fijado en esa joven y es bastante hermosa. Dudo que alguno de los hombres me preste atención, si están allí para ver a Lady Gretchen.”

Helena asintió. “Está bien... Revisaré las invitaciones para ver cuándo se celebrará el próximo baile. Podría ser un mejor evento al que asistir. ¿Quieres que vea si puedo conseguirte una invitación?”

“¡Sí! Gracias, Helena. Aprecio mucho tu ayuda con esto.”

El carruaje se detuvo y el conductor descendió desde su posición. Abrió la puerta del carruaje y bajó a las mujeres.

“Bueno, entonces, debemos hacer que esto dure un día,” expresó Helena. “Odio ver tanta desesperación en ti.”

“¡No debes esforzarte demasiado en tu condición! Por favor, dime si te sientes cansada y nos iremos. Lord Evans nunca me perdonaría si algo te ocurre a ti o al bebé.”

“Te aseguro que estoy bastante bien. Le dije a Evans que él se preocupa demasiado, pero, te lo diré... si me siento demasiado cansada. ¡Lo prometo!”

“¡Bien!” Destacó Lydia, entrelazando sus brazos y subiendo las escaleras hacia el museo. “¿Tienes algún lugar especial por el que te gustaría empezar?”

“Siempre me ha maravillado la sección egipcia.”

“A mí también.”

Pasaron varias horas agradables, hurgando y encontrando nuevos tesoros, y visitando algunas exhibiciones muy queridas. Mientras las dos mujeres exploraban el museo, Lydia escuchó una voz familiar. “¡Oh! No,” susurró.

Helena la miró. “¿Qué pasa, querida? ¿Te sientes mal?”

Lydia quiso agarrar la mano de Helena y arrastrarla lejos, pero no fue lo suficientemente rápida.

“Lady Evans, ¡qué agradable sorpresa verla aquí hoy!” Exclamó la señorita Darvey con una reverencia.

“Señorita Darvey,” indicó Helena.

“¿Recuerdas a mis amigas, la señorita Burton y la señorita Adams?”

“Lady Evans,” dijeron las jóvenes con reverencias.

La señorita Darvey estaba ignorando deliberadamente a Lydia, y más bien eso la favorecía. Lo último que ella quería era una confrontación con la señorita de la sociedad.

“Por supuesto, ¿conoces a mi querida amiga, la señorita Weston?” Helena insistió.

“Señorita Weston,” expresó la señorita Darvey de mala gana, como si tuviera un sabor amargo en la boca. “Lady Evans, planeamos ir a Gunter después de nuestro recorrido por el museo. ¿Te importaría venir con nosotras?”

Lydia observó a Helena de cerca. ¿Aceptaría ir con ellas? Lydia tendría que negarse, si Helena quería acompañarlas. No había manera que quisiera pasar tiempo en compañía de aquella mujer. Ya había soportado bastante su desdén en Bath, el verano pasado.

“La señorita Weston y yo estamos ocupadas. Buenos días, damas,” dijo Helena, tomando del brazo a Lydia y alejándose del trío.

Lydia estaba muy agradecida por la lealtad de Helena. Quería que aquel fuera un día agradable y tener que soportar la compañía de la señorita Darvey sería todo lo contrario. “Gracias por eso,” ella susurró.

“¿Por qué?”

“Por rechazar la invitación de ir con ellas.”

“Mi querida Lydia, la señorita Darvey y sus amigas son las últimas personas con las que me gustaría pasar el tiempo.”

Lydia se rió entre dientes. “Nunca antes te había oído menospreciar a nadie. Pensé que era la única, a la que no le gustaba especialmente ese trío.”

“No, por nada... Sinceramente, dudo que esas tres tengan verdaderas amigas, aparte de una con la otra. Ahora que lo pienso, nunca las he visto con otras jóvenes.”

“Quizás haya una razón para ello. A menos que una joven esté dispuesta a someterse a todos los dictados de la señorita Darvey, no hay ningún beneficio en estar en su círculo.”

“Estoy muy de acuerdo. Iba a sugerir que fuéramos a Gunter después del museo, pero sabiendo que esas tres planean estar allí, sugiero que lo saltemos esta vez.”

“Estoy totalmente de acuerdo.”

“¿Te importaría acompañarme a almorzar?”

“¡Me gustaría muchísimo! Le dije a mi tía que probablemente estaría fuera la mayor parte del día, para que no se preocupe, si no llego a casa pronto.”

“¡Excelente! Si ya has visto lo suficiente, ¿nos vamos?”

“¡Sí! Ahora que has mencionado el almuerzo, creo que estoy bastante hambrienta.”

“Bien... Yo también tengo mucha hambre. El hijo de Evans es un pequeño exigente. Siempre queriendo que coma esto o aquello.”

Lydia sonrió. “¿Crees que esta vez llevas a un niño?”

Helena asintió. “Honestamente, creo que sí. Sé que Evans dijo que no le importaba, si teníamos un hijo o una hija, pero, como todo lord, estoy seguro que quiere a un hijo. Este embarazo es muy diferente al anterior.”

“Él será feliz, si tú y el bebé están sanos,” confirmó Lydia.

La señorita Darvey estaba furiosa, mientras veía a la marquesa de Evans alejarse con esa comerciante. Susannah se había propuesto esta temporada acercarse a Lady Evans, ya que sabía que Lord Evans es un gran amigo de Lord Hutchinson. Había pensado que estaba siendo muy inteligente en el baile de Dresdan, al seguir los movimientos de Lord Hutchinson. Cuando él y Lord Evans salieron a la terraza, ella se colocó en la puerta para que cuando volvieran a entrar al

salón de baile tuvieran que saludarla. Desafortunadamente, esa estratagema no había funcionado tan bien como esperaba. Lord Hutchinson se negó a firmar su tarjeta de baile y abandonó el baile. ¡Qué grosero!

Sin embargo, eso no la había disuadido. Ella estaba decidida a llamar la atención de Lord Hutchinson, en esta temporada. Ahora que era marqués, no había manera que pudiera casarse con esa chica de Weston, así que ese era un obstáculo ya superado. Después de contarle a su madre lo sucedido en el baile de Dresdan, Lady Knight le escribió a Lady Hutchinson. Se conocían desde hacía años y Susannah se alegró mucho, cuando las invitaron a tomar el té. Estaba segura de poder captar la atención de Lord Hutchinson, ese día, pero, una vez más, sus planes habían fracasado. Lord Hutchinson no había pasado ni diez minutos con ella, cuando se disculpó y salió de la casa. Esto había sido muy decepcionante, pero solo la inspiró a trabajar más duro para ganarse su buena opinión.

La señorita Darvey esperaba que, al hacerse amiga de Lady Evans, pudiera descubrir si Lord Hutchinson tenía planes de asistir a otros eventos de la alta sociedad. Hasta el momento, no había podido averiguar nada sobre su calendario, y Lady Evans no parecía dispuesta a pasar tiempo con ella, lo que la irritaba y también a sus amigas.

“¿Bien? ¡Yo nunca pensé! ¿Quién iba a creer que una marquesa sería amiga de una chica del comercio? Eso es impensable...”

“Creo que la señorita Weston es una joven encantadora,” dijo la señorita Burton.

La señorita Darvey clavó en su amiga una mirada que podría congelar el agua. “¿Eres tonta? ¡Ella está en el comercio! La única razón por la que alguna vez se le permite participar en un evento es porque está con Lady Evans o la duquesa de Wiltshire. Y como la duquesa no está en la ciudad esta temporada, siempre está detrás de Lady Evans.”

La señorita Burton se encerró en sí misma. “Por supuesto que tienes razón. Perdóname por hablar mal...”

La señorita Darvey carraspeó. “Vamos a buscar helados. Ya estoy harta de este viejo y sofocante museo.”

“Pensé que íbamos a ver los Mármoles de Elgin,” indicó la señorita Adams. “Realmente, me gustaría verlos.”

“¡Quédate, entonces! Si tanto quieres verlos... pero, yo me voy.”

La señorita Adams se encogió de miedo, ante el tono de la señorita Darvey. “¡Está bien! Podremos verlos la próxima vez que regresemos al museo.”

Ninguna de las jóvenes desafiaría jamás a Susannah. Ella era su lideresa y la hija de un vizconde, mientras que ellas eran hijas de barones. Se conocieron el verano pasado en Bath, y se hicieron amigas rápidamente... y la podían seguir, siempre y cuando hicieran todo lo que la señorita Darvey quería. Aprendieron desde el principio que ella estaba acostumbrada a conseguir lo que quería. Como hija única del vizconde Knight, la habían mimado toda su vida.

“¿Cuál es la prisa? Apenas puedo seguir tu ritmo,” protestó la señorita Burton, corriendo detrás de su amiga.

“Estoy cansada de este lugar. Continúa o te enviaré el carruaje de regreso.”

Ambas mujeres aumentaron el ritmo.

El carruaje de Knight llegó y el conductor subió a las mujeres. “¿Adónde vamos ahora, señorita Darvey?” Preguntó.

“Gunter.”

“Muy bien, señorita.”

El conductor volvió a subir a la percha y agitó las riendas para que los caballos se pusieran

en marcha.

“Estoy deseando que llegue el musical de Baily esta noche,” expresó la señorita Burton, tratando de aligerar el ambiente en el carruaje.

La señorita Darvey se negó a reconocer la declaración de su amiga. Todavía estaba furiosa por haber sido despedida tan groseramente por Lady Evans. “¿Debes seguir parlotando?” Gruñó, mirando a su amiga. Sabía que no estaba siendo razonable, especialmente porque nada de lo que había sucedido, en el museo, era culpa de su amiga, y también estaba consciente que necesitaría la ayuda de sus amigas, si quería arrinconar a Lord Hutchinson. No le importaba si tenía que orquestar una situación comprometedora, por lo que encontraría la manera de casarse con Lord Hutchinson.

“Lo lamento. Supongo que simplemente estoy cansada. ¿Me perdonas?”

“Por supuesto,” confirmó la señorita Burton.

La disculpa de la señorita Darvey pareció apaciguar a sus amigas, al menos por ahora.

Capítulo once

George había pasado horas revisando los libros, tratando de encontrar una manera de ahorrar aún más de lo que ya había hecho. Levantó la vista de su escritorio, cuando alguien llamó a la puerta.

“¡Adelante!”

Peters entró con una bandeja de plata. “Esto acaba de llegar para usted, mi señor.”

“Gracias, Peters,” dijo George, tomando la carta. Reconoció la letra. Quizás Richard tuviera alguna información sobre su inversión. Rompió el sello y leyó el contenido.

Hutchinson,

Por favor, ven lo antes posible. Tengo noticias.

Evans.

Después de todo, el día podría mejorar. George dobló la carta, se la guardó en el bolsillo y salió del estudio. Peters todavía estaba en el pasillo. “Mi sombrero y mi bastón, Peters.”

“Por supuesto, señor. ¿Usted quiere que traigan el carruaje?”

George negó con la cabeza. “No... caminaré hoy.”

Peters le entregó el sombrero y el bastón, antes de abrir la puerta.

“No me esperes para el almuerzo. No sé cuándo volveré.”

“Muy bien, mi señor. Informaré a la cocinera.”

George no tardó mucho en caminar hasta Evans House. Dejó golpear la aldaba y la puerta se abrió casi de inmediato.

“Lord Hutchinson, ¿puedo ayudarle?” Preguntó Wright.

“Lord Evans ha solicitado mi presencia.”

“Por supuesto, mi señor,” dijo el mayordomo, dando un paso atrás y abriendo la puerta para permitirle entrar. “¿Lo anuncio, señor?”

“No es necesario, Wright. Conozco el camino.”

George caminó por el pasillo y llamó a la puerta del estudio.

“¡Venga!”

Abrió la puerta y entró. “Evans, me alegré mucho de recibir tu nota. ¿Tienes buenas noticias para mí?”

Evans sonrió. “Sí y no.”

“¿No?”

“Según mi hombre de negocios, la inversión va bastante bien.”

“Eso es bueno, pero, ¿cuáles son las malas noticias?”

“Desafortunadamente, los fondos no estarán disponibles para ser retirados hasta dentro de tres meses.”

“Ya veo...” dijo George, con los hombros caídos. “Esperaba una afluencia de fondos, antes.”

“Sé que esta es una noticia desafortunada. Mientras tanto, puedo prestarte los fondos que necesitas, si así lo deseas.”

“Gracias, pero creo que puedo estirar mis fondos disponibles para los próximos tres meses.

Sin embargo, si la inversión tarda más en amortizarse, es posible que tenga que aceptar tu oferta.”

“Por supuesto. La oferta se mantiene, siempre que la necesites.”

“¿Has tenido noticias de Wiltshire últimamente? ¿Están pensando en asistir a algún lugar, en esta temporada?”

“De hecho, Helena recibió una carta de la duquesa, el otro día. Evidentemente, Mercy todavía no se siente bien. El embarazo ha sido más difícil para ella de lo que esperaban y Wiltshire planea quedarse en su finca para no estresarla, antes que nazca el bebé. Me ha dado un poder para votar sobre un proyecto de ley que se publicará próximamente.”

“Lo veo... Espero que la duquesa sobrelleve este embarazo sin complicaciones. Puedo entender por qué Wiltshire está preocupado por su salud. Las mujeres son notables por su capacidad de traer hijos al mundo, aunque esto no está exento de riesgos significativos.”

Después que los dos hombres hablaron, durante otra hora, sobre varias cosas, Wright tocó la puerta.

“El almuerzo está servido, mi señor,” dijo el mayordomo.

“Te quedarás, ¿no?” Preguntó Richard.

“¡Absolutamente! Disfruto mucho la comida de la señora Henderson.”

Ambos abandonaron el estudio y se dirigieron al comedor.

“Esto huele delicioso,” expresó George, tomando asiento. La señora Henderson había preparado una impresionante variedad de comida y él no perdió el tiempo, amontonando un poco de cada cuenco en su plato. “¿Estás seguro que no puedo robar a tu cocinera?”

“Eso no es posible,” replicó Richard, riéndose entre dientes. “Me aseguro de pagarle bien por esa misma razón. Ella es una joya.”

Antes de haber probado algunos bocados, escucharon voces en el pasillo. “¿Esperas compañía?” Preguntó George.

“No. Pensé que Helena estaría fuera la mayor parte del día.”

Las voces se acercaron y pronto aparecieron Lady Evans y la señorita Weston.

“Querida, pensé que habías salido por el día,” dijo Evans, levantándose de su asiento y besando la mejilla de Helena. “Hubiéramos esperado si hubiera sabido que ustedes regresarían tan temprano.”

Helena le sonrió a su marido. “Un encontronazo con la señorita Darvey y sus amigas en el museo interrumpió nuestra salida.”

“¡Ah, claro! Buenos días, señorita Weston,” expresó Evans.

“Lord Evans, Lord Hutchinson,” dijo Lydia con una reverencia.

George se puso de pie y le tendió la silla, junto a él, a la señorita Weston. Su aroma a flor de naranjo flotaba sobre él y no podía quitarle los ojos de encima. Estaba espectacular con un vestido azul para caminar. Su corazón se hinchó al verla y quería decirle tanto, pero terminó haciendo una pregunta insulsa. “¿Ha estado bien, señorita Weston?”

“Lo estoy, gracias, mi señor,” confirmó Lydia, sentándose en la silla ofrecida.

“Espero que la señorita Darvey no haya sido grosera contigo, querida,” manifestó Evans.

“¡No! Nos alejamos, antes que pudiera seguir interactuando con nosotras, aunque debo decir que no parecía muy contenta que nos fuéramos.”

“¿Esa mujer, alguna vez, es feliz?” Preguntó George.

“Sinceramente, lo dudo,” respondió Lydia. “Sin embargo, en realidad me siento mal por sus amigas.”

“No me sentiría tan mal por ellas... eligieron estar en el círculo de la señorita Darvey,”

ratificó Evans.

Después de una hora de conversación informal, Helena se levantó. “Me siento bastante cansada. Querido, ¿me acompañarías arriba para que pueda descansar un rato?”

Richard se puso de pie y le tendió el brazo a su esposa. “Por supuesto. Hutchinson, señorita Weston,” lo dijo asintiendo, antes de acompañar a Helena fuera de la habitación.

George estaba seguro que Helena había orquestado la oportunidad para que él estuviera a solas con Lydia, y estaría eternamente agradecido con ella, incluso por unos breves momentos en compañía de Lydia.

“Eso no fue demasiado sutil, ¿verdad?” Lydia preguntó con una sonrisa.

George le tomó la mano. “Mi querida Lydia, no encuentro ningún defecto en sus acciones. Lo que sea con tal de poder compartir unos instantes contigo, porque te he extrañado muchísimo.”

“Mi señor, ¡no debe decir esas cosas! Sabes que es imposible para nosotros estar juntos,” aclaró Lydia.

“¿Han cambiado tus sentimientos por mí entonces?”

Ella sacudió su cabeza. “¡Nunca! Siempre tendrás mi corazón.”

Se inclinó hacia ella, preguntándose si se alejaría de su beso. Ansiaba el sabor de sus dulces labios. “¿Puedo besarte, querida?”

“George, ¿crees que eso es una buena idea? ¿A dónde podría llevarnos esto?”

“No lo sé, pero si no te beso pronto, moriré con el corazón roto.”

“Bueno... entonces, no podemos permitir que el marqués de Hutchinson muera, ¿verdad?”

“Me gusta tu forma de pensar, querida,” dijo, colocando besos ligeros como plumas en sus labios.

Cuando ella gimió de placer, él se puso de pie, arrastrándola hacia él y abrazándola fuerte contra él. Profundizó el beso. Él se estaba ahogando y ella era su único salvavidas. ¿Cómo viviría sin ella? Cuando finalmente la soltó, ambos estaban sin aliento.

“¡Oh! George, eso fue magnífico,” expresó. “Yo también te he extrañado desesperadamente.”

“Cariño mío, ¡te amo más que a la vida misma! Prometo encontrar una manera que estemos juntos.”

Las lágrimas nublaron los ojos de Lydia.

“No llores, cariño. Prometo que encontraré la manera.”

“Ya no quiero pensar en el futuro, especialmente contigo parado frente a mí. Disfrutemos de este momento de privacidad, mientras podamos. Solo bésame, cariño.”

“Con mucho gusto,” lo dijo, devorando su boca, una vez más.

Capítulo doce

Este fue el comienzo de un día sombrío que propiciaba la combinación perfecta para el estado de ánimo de George. El cielo estaba nublado y caía una ligera llovizna, lo que hacía que el día fuera bastante frío para ser uno de mayo. Habían pasado dos semanas desde que besó a Lydia y el vacío en su pecho era peor que nunca. No sabía qué iba a hacer para rectificar la situación.

No había visto mucho a su madre en el último par de semanas. Después de ese desastroso té con Lady Knight y la señorita Darvey, Grace se había quedado principalmente en sus habitaciones, aunque podía oírla deambular, por los pasillos, durante la noche. No había invitado a nadie más a tomar el té, lo que le sentó muy bien a George. Por lo tanto, él encontraría a su propia esposa sin la ayuda de su madre.

Hoy esperaba poder desayunar tranquilamente, antes de retirarse a su estudio para leer los informes patrimoniales. Necesitaba averiguar cuál de las propiedades necesitaba más reparaciones. No podía permitir que sus arrendatarios vivieran en casas con goteras. Necesitaba priorizar las reparaciones más urgentes para que cuando los fondos de inversión estuvieran disponibles, tuviera un plan de acción. Su madre solía desayunar en su habitación, lo que a él le agradaba, pero, para su sorpresa, poco después de su llegada, ella entró en el comedor y se sentó en el otro extremo de la mesa. Un lacayo se apresuró a darle otros cubiertos.

“Madre, me sorprende verte esta mañana.”

Grace arqueó una ceja. “Necesitamos hablar sobre la señorita Darvey... Sería una esposa muy agradable... proviene de una familia excelente... Nunca se han asociado escándalos a sus nombres... eso siempre, ¡es muy bueno!”

“Madre, ¡no cortejaré a la señorita Darvey! Ni ahora, ni nunca.”

Ella lo atravesó con una mirada furiosa. “Hutchinson, es hora de que te cases, y ella es tan adecuada como cualquier otra mujer joven.”

“¡No la amo!”

Grace desestimó su objeción, como si sus deseos fueran una mosca irritante. “El amor no tiene lugar en el matrimonio. ¡Cumplirás con tu deber! Lady Knight y yo creemos que esa unión será espectacular.”

Él no podía seguir escuchando a su madre parlotear sobre la señorita Darvey, y decidió que ya era suficiente. Estaba cansado de estar sin la mujer que amaba. Entonces, tomó una decisión y al diablo con las consecuencias. “Me voy a casar con la señorita Weston,” dijo.

A Grace casi se le cae la taza de té. “¿Qué? ¡No puedes hablar en serio! Es la hija de un comerciante y totalmente inadecuada para ser la marquesa. ¿Qué pensará la gente?”

“Descubrí que ya no me importa lo que piense la sociedad. ¡La amo y me casaré con ella! Esa es mi decisión final, así que puedes dejar de planear y forzarme para tener a una mujer de tu elección.”

“¡Hutchinson, lo prohíbo!” Gritó, golpeando la mesa con la mano.

George se levantó tan rápido que su silla se volcó. Caminó hasta el otro extremo de la mesa y se inclinó sobre su madre. En un tono amenazador, dijo:

“¿Lo prohíbes? Madre... ¿puedo recordarte que soy el marqués de Hutchinson? ¿Tú no lo sabes? Puede ser que hayas controlado a mi padre con tus maquinaciones... pero, ya no te escucho. Si no le gusta mi decisión, o tú no puedes ser cordial con la señorita Weston, puedes retirarte al campo.”

“¿Me desterrarás de mi casa?”

“Por si lo has olvidado, señora, ¡esta es mi casa! Y solo yo tengo el poder de decir quién vive aquí. ¿Ha quedado claro?”

George vio cómo el color desaparecía del rostro de su madre y supo que se habría sentido culpable unos meses atrás. Ya no... Había terminado de intentar complacerla. Había intentado durante casi diez meses ser lo más comprensivo y servicial posible, mientras ella lidiaba con su dolor, pero ya no podía satisfacer todos sus caprichos. Finalmente, se había dado cuenta que su madre nunca lo trataría de la misma manera, que atendió a sus hermanos, y era hora de seguir sus propios sueños. Antes que Grace pudiera recuperarse del impacto de su anuncio, él salió de la habitación.

Había llegado el momento de tomar el control de su vida. Llamó al mayordomo.

“¿Necesita algo, mi señor?” Preguntó Peters.

“¡Sí! Ensilla mi caballo.”

Peters asintió y fue a cumplir sus órdenes, mientras George subía a cambiarse. Quería verse lo mejor posible, cuando le pidiera al señor Weston la mano de Lydia en matrimonio. Era el colmo que su madre lo presionara para que se casara con la señorita Darvey. Él decidió tomar el control de su vida y nadie iba a negarle su más ferviente deseo. Solo necesitaba convencer al señor Weston que era digno de la mano de Lydia. Cuando terminó de cambiarse, su caballo estaba esperando afuera con un mozo de cuadra.

“Está un poco inquieto hoy, mi señor,” dijo el sirviente.

“Parece que todos lo estamos,” afirmó Hutchinson, saltando a la silla. Le dio unas palmaditas en el cuello al semental. “Vamos muchacho. Tenemos una tarea muy importante que atender.”

No pasó mucho tiempo para llegar a la casa de Weston, donde apareció un mozo de cuadra para cuidar su caballo. “No hay necesidad de desensillarlo. No tardaré,” dijo Hutchinson.

“Sí, mi señor,” replicó el mozo de cuadra, conduciendo el caballo hacia las caballerizas.

Hutchinson subió las escaleras de un salto y dejó caer la aldaba.

“Lord Hutchinson, es un placer volver a verlo,” expresó el mayordomo, abriendo la puerta.

Hutchinson asintió. “Sé que es temprano para las visitas matutinas, pero me gustaría hablar con el señor Weston, si está disponible.”

“Por supuesto, mi señor,” manifestó Prescott, dando un paso atrás para permitirle entrar. “Por favor, espere un momento en el salón, y veré si el señor Weston está desocupado.”

Ahora que había llegado a la casa de los Weston, los nervios de George se estaban apoderando de él. ¿Qué pasaría si el señor Weston negara su solicitud? ¿Qué haría entonces? Por mucho que odiara admitirlo, la herencia de Hutchinson necesitaba la afluencia de efectivo que aportaría la dote de Lydia. Aunque esa no era la razón por la que quería casarse con ella. La amaba más que a su vida misma y juró ser el mejor marido posible, si ella aceptaba su propuesta. Pero primero necesitaba nuevamente el permiso de su padre. Habían pasado diez meses desde que se lo preguntó por primera vez, y las circunstancias habían cambiado, por lo que esperaba que el señor Weston todavía le diera permiso para casarse con Lydia.

“Lord Hutchinson, el señor Weston lo verá ahora. Por favor, sígame.”

Hutchinson asintió y siguió al mayordomo por el pasillo. Prescott abrió la puerta y lo anunció.

Thomas Weston estaba sentado, detrás de su gran escritorio de roble, y se puso de pie, justo cuando George entró. “Lord Hutchinson, ¿a qué debo esta visita tan inesperada? No todos los días viene un marqués.”

George quedó desconcertado por lo brusco de la pregunta, pero decidió que era bueno ir directo al grano y obtener el permiso que necesitaba lo antes posible.

“Por favor, tome asiento,” señaló Weston, sentándose.

George tomó la silla frente al escritorio. “Señor Weston, estoy aquí para pedirle permiso...”

Antes que pudiera terminar su pedido, se escucharon fuertes voces en el pasillo.

“¿Ahora qué?” Espetó Thomas, claramente molesto por el disturbio.

Las voces se hacían más fuertes y entonces George escuchó a Prescott decir: “mi señor, ¡esto es muy poco ortodoxo! ¡No puede irrumpir aquí!”

“¡Lo veré ahora! ¿Dónde está? Puedes decirme dónde está o buscaré en todas las habitaciones de esta casa hasta encontrarlo.”

“Discúlpeme un momento. Debo ver qué está pasando,” dijo Thomas, pero antes que pudiera ver quién estaba en su casa, la puerta de su estudio se abrió de golpe y, para sorpresa de George, entró Lord Surry.

“¡Weston! ¿Cómo te atreves?”

Thomas saltó de su silla. “¿Cómo me atrevo? ¿Cómo te atreves a invadir mi casa? ¡No eres bienvenido aquí! ¡Vete! ¡Fuera! Ahora...”

George miró entre los hombres. Claramente se conocían. Ambos estaban sonrojados de ira. ¿Qué estaba pasando?

“¡Me has ocultado a mi nieta!” Gritó Surry.

George ya no pudo contener su curiosidad. “Lord Surry, ¿de qué está hablando usted?”

El vizconde volteó hacia él. “Hutchinson, me disculpo por mi arrebató. No te vi...”

“Disculpa aceptada. Ahora, usted, ¿de qué está hablando? ¿Quién es su nieta?”

Lord Surry miró a Thomas. “Mi hija Joanna se casó con este hombre en contra de mis deseos.”

“¡La abandonaste!” Gritó Thomas. “¡Tiraste a la mejor mujer que he conocido como un pedazo de basura sin valor!”

Surry señaló a Thomas. “Admito que fue el peor error de mi vida, pero no tenías derecho a alejarme de mi nieta.”

“¿Sí? ¿De qué está hablando, usted?” George volvió a preguntar, más desconcertado que nunca.

“Hace poco descubrí que la señorita Lydia Weston es mi nieta.”

“¿Nieta?” Repitió George.

“¡Sí! ¿Qué estás haciendo exactamente aquí, Hutchinson?” Preguntó Surry.

“Solicitando permiso para casarme con la señorita Weston.”

“¿Te habrías casado con ella, incluso antes de saber que era mi nieta?”

George asintió. “Casi le propuse matrimonio el verano pasado, antes que la tragedia familiar trastornara mi vida. La amo y la aceptaré, ¡al diablo con el desprecio y las opiniones de los demás!”

Surry se acercó a Hutchinson y le tendió la mano. “Yo, por mi parte, estoy muy contento de escucharlo. Eres un caballero decente y honorable, y sería un honor para mí tenerte en nuestra familia.”

“Aún no he dado mi permiso para el matrimonio,” intervino Thomas, claramente molesto porque Surry lo estaba ignorando. Tanto George como Surry lo miraron furiosos y Weston se hundió en su silla. “Supongo que, después de todo, Hutchinson sería una pareja adecuada.”

“¿Pareja adecuada?” Repitió Surry. “¿Eres tonto? ¡Hutchinson es un marqués! ¿Qué más podrías desear para tu hija? Un título y un matrimonio por amor es lo que más desea toda joven.”

Un golpe en la puerta interrumpió su conversación.

“¡Venga!” Espetó Weston.

La puerta se abrió y Lydia entró. “Papá, encontré algunas discrepancias en el libro mayor...” Se detuvo en seco y miró fijamente a los otros dos hombres en el estudio. “Mis señores, perdonen mi intrusión. No me di cuenta que mi padre tenía compañía,” dijo con una reverencia. “Volveré más tarde.”

“¡Espera!” Exclamó George, caminando hacia ella. “Señorita Weston, hay algo que debe saber. Por favor, no se vaya...”

Lydia observó a su padre, pidiéndole permiso con su mirada.

“Está bien, Lydia. Ven y acompáñanos.”

George la llevó hasta el vizconde. “Hay alguien a quien deberías conocer.”

El vizconde Surry la miró fijamente, con la boca abierta, mientras Lydia caminaba hacia él. “Querida, te pareces mucho a tu madre,” dijo después de superar su sorpresa inicial.

“¿Conocías a mi madre?” Preguntó Lydia.

“Sí... Por favor, perdona mis modales. Soy el vizconde Surry... soy tu abuelo.”

Lydia miró entre Surry y su padre. “¿Mi abuelo? Papá, ¿es esto cierto? ¿Mi abuelo es vizconde?”

Thomas asintió. “Es cierto.”

“¿Por qué me ocultaste esto?” Lydia gritó.

“Porque la familia abandonó a tu madre cuando ella los necesitó. Prometí no volver a hablar de ellos nunca más.”

“¿Abandonaste a mi madre?” Lydia reclamó esto, dirigiéndose al vizconde.

“Para mi vergüenza y eterno arrepentimiento, lo hice. Le prohibí a Joanna casarse con tu padre, pero, de todos modos se fugaron.”

Lydia se dejó caer en la silla más cercana, abrumada por el giro de los acontecimientos.

George se arrodilló frente a ella y tomó sus manos entre las suyas. “¿Estás bien, querida? Es mucho para digerir de una vez.”

Lydia lo miró y extendió la mano para tocarle la mejilla. “¿Por qué estás aquí?”

Él se llevó las manos de ella a los labios y le besó los nudillos. “Porque te amo hasta lo más profundo de mi alma. Te amo desde que te conocí y nunca podré casarme con nadie más. ¿Me harías el gran honor de convertirte en mi esposa?”

Capítulo trece

La cabeza de Lydia daba vueltas y ella cerró los ojos, tratando de darle sentido a los últimos minutos. Tenía un abuelo. ¡Un abuelo que era vizconde! ¡Y George le había propuesto matrimonio! Había estado esperando y orando por eso, desde el verano pasado, pero ahora no estaba tan segura de casarse con él. ¿Le había propuesto matrimonio solo porque se enteró de su ascendencia? Era difícil encontrarle sentido a todo, especialmente con los tres hombres mirándola fijamente.

“¿Lydia?” Preguntó George.

Ella dirigió su mirada hacia él. “¿Sabías que el vizconde Surry era mi abuelo? ¿Es por eso que viniste ahora para solicitar mi mano?”

George negó con la cabeza. “No, vine aquí para pedirle permiso a tu padre para proponerte matrimonio y, antes que tuviera la oportunidad, llegó el vizconde. Me enteré de tu relación con él, hace unos momentos, justo antes de que entraras en la habitación.”

Lydia miró al vizconde. “¿Es eso cierto, mi señor? ¿Lord Hutchinson ya estaba aquí cuando usted llegó?”

Surry asintió. “Sí estaba... No tienes por qué dudar de su sinceridad. Conozco a la familia Hutchinson desde hace años y el marqués es un caballero honorable.”

George se puso de pie y se alejó de ella, con el ceño fruncido por la confusión. “Lydia, pensé que esto era lo que querías. Si me equivoco y ya no deseas casarte conmigo, me despediré y no volveré a molestarte nunca más. Solo necesitas decirme lo que quieres.”

Ante sus palabras, el corazón de Lydia dio un vuelco. No quería perderlo por segunda vez. Él era el amor de su vida. “¡No, no te vayas! No estás equivocado. ¡Yo también te amo! Estoy simplemente abrumada por todo esto. ¡Todo es tan repentino!”

El vizconde dio un paso hacia ella. “Estoy de acuerdo. Es repentino... y debería haber ocurrido hace mucho tiempo, querida,” dijo. “Se ha perdido mucho tiempo y nada me gustaría más que conocerte. Pero, antes de seguir hablando, creo que le debes una respuesta a Hutchinson.”

Lydia miró a George y su corazón se derritió. “¡Oh! Cariño, sí. Me casaré contigo. Es lo que he estado esperando y orando todos estos meses. Me cuesta creer que esto haya sucedido.”

El alivio en el rostro de George fue evidente cuando la tomó en brazos y la besó profundamente en los labios. “Me has hecho el más feliz de los hombres, mi dulce Lydia.”

Lágrimas de alegría brotaron de sus ojos. ¿Cómo pudo pasar esto? Un día, suspiraba por el hombre que amaba porque sus posiciones estaban demasiado separadas. Y luego, se convirtió en nieta de un noble y destinataria de la propuesta, que anhelaba desesperadamente. “¡Estoy muy feliz, George!”

Cuando él la soltó, ella miró al vizconde. “¿Cómo supiste de mí?”

“Recibí una carta, en mi casa de Londres, pero, me demoré en leerla varias semanas, debido a algunos problemas en mi finca. Mi personal debe haberla enviado a mi finca y luego la reenvió aquí, a la ciudad. Llegué a Londres ayer y encontré la carta en mi correspondencia.”

“Una carta. ¿De quién era?” Preguntó Lydia.

“Era de mi parte,” respondió Agnes, entrando al estudio. Hizo una reverencia a Hutchinson y Surry. “Mis señores.”

Lydia miró fijamente a su tía. “¿Tú hiciste esto?”

Agnes caminó hacia Lydia y la abrazó. “Por supuesto, mi querida muchacha. No podía seguir viendo cómo te sentías miserable porque no podías casarte con el hombre que amas.”

Weston miró a su hermana. “Prometiste que nunca dirías una palabra de esto. Me ocuparé de usted más tarde,” dijo.

El vizconde Surry se acercó al escritorio. “Usted, señor, no hará nada para castigar a esta mujer. Me ha hecho un gran favor... ¡No permitiré que sufra por su honestidad! ¿Ha quedado claro?”

“¿Me estás amenazando?” Preguntó Thomas.

“No... Ciertamente, no... Pero, no estoy seguro que el prestigio de Weston Textiles se beneficiaría, si se supiera que me has ocultado a mi nieta todos estos años.”

Thomas abrió la boca para responder y luego pareció pensarlo mejor. Nunca fue una buena idea enojar a un noble. Cerró la boca y se dejó caer en la silla.

Lydia soltó a su tía. “Muchas gracias por tu valentía,” le susurró al oído.

Agnes asintió. “Entonces, ¿habrá una boda?”

Lydia asintió y le tendió la mano a George. “¡Sí! Lord Hutchinson me propuso matrimonio y yo acepté.”

“¡Qué noticia tan feliz!” Agnes gritó.

George apretó la mano de Lydia. “¿Debería conseguir una licencia especial, querida? Me encantaría casarme lo antes posible. Ya hemos perdido suficiente tiempo separados.”

“Querido, por mucho que desee convertirme en tu esposa lo antes posible, ¿te importaría mucho que se leyera las amonestaciones? No quiero que nadie cotillee sobre el momento de la boda. Ya habrá muchos chismes, una vez que se anuncie el compromiso.”

“Lo que quieras, estará bien para mí,” dijo George. “Señor Weston, volveré mañana con mi abogado para redactar los acuerdos matrimoniales.”

Thomas simplemente gruñó.

El vizconde Surry caminó hacia Agnes y le hizo una reverencia. “Mi querida señora, no sé cómo agradecerle. Me has devuelto una parte de mi hija y espero conocer a mi nieta.”

Agnes asintió. “No podía permanecer en silencio por más tiempo, mi señor. Me alegra mucho que quieras conocer a esta maravillosa joven.”

“Quiero hacer más que eso. Me gustaría presentar a mi nieta en el baile que mi esposa ha planeado para el viernes. Luego, el domingo se podrán leer las primeras amonestaciones. ¿Está bien?” Preguntó, mirando entre Hutchinson y Lydia.

“¿Qué dices, querida? ¿Estás lista para enfrentar a la alta sociedad como nieta del vizconde Surry y mi prometida?” Preguntó George.

Los ojos de Lydia se abrieron ante la sugerencia de Surry. “¡Oh, cielos! ¿Usted cree que eso es una buena idea, mi señor? Todavía ni siquiera conozco a Lady Surry.” Ella respiró hondo. “¿Qué pasa si ella no quiere conocerme?”

“No debes preocuparte, querida. Ven a tomar el té hoy y conoce a tu abuela. Ella estará encantada de conocerte finalmente. Estaba fuera de sí de alegría cuando le compartí la carta de tu tía.”

“¿Puede la tía Agnes acompañarme a tomar el té?”

“Por supuesto, ella es muy bienvenida,” respondió el vizconde. “Te veré más tarde hoy, querida,” dijo, besando la frente de Lydia, antes de salir de la habitación.

“¿Puedo hablar en privado, querida?” Preguntó George.

Lydia miró a su tía, quien asintió con aprobación. No sintió la necesidad de dirigirse a su padre sobre este asunto. Él le había estado mintiendo durante diecinueve años y pronto ella

abandonaría esta casa para siempre. “Por supuesto. ¿Vamos al salón?”

George tomó su mano, salieron del estudio de su padre y caminaron por el pasillo.

“¿Qué es tan importante que necesitabas hablar conmigo de inmediato?” Preguntó una vez que estuvieron sentados en el sofá del salón.

“Hay algo que debes saber.”

“¿Oh? No has cambiado de opinión, ¿verdad?”

“Nunca... Nunca dudes de mi amor por ti. Ha sido mi compañero constante desde que te conocí, aunque tardé en reconocerlo.”

“¿Y entonces? ¿Qué? ¡Pareces nervioso!”

“Estoy un poco nervioso... Déjame explicarte... Mi hermano Arthur tenía un terrible problema con el juego. En consecuencia, mi padre, a instancias de mi madre, estaba continuamente pagando sus deudas. Bueno... me avergüenza decir que la deuda ascendió a una cantidad sustancial, a lo largo de los años, y casi acabó con las finanzas de las propiedades. Estoy tratando de economizar, pero no es suficiente para mantener la solvencia del patrimonio.”

“¿Qué significa eso? ¿Te casas conmigo por mi dote?”

“Cuando decidí proponerte matrimonio en Bath, no necesitaba tu dote. Tengo mis propias inversiones y podría haber mantenido cómodamente a una esposa. Ahora, sin embargo, ni siquiera ese dinero es suficiente para mantener las propiedades, que están en números rojos.”

“Lo veo.”

“Lydia, por favor, debes saber, ante todo, que quiero casarme contigo porque te amo con cada fibra de mi ser, pero no podría seguir adelante con el matrimonio, sin decirte la verdad sobre las finanzas de mis propiedades. No sería justo para ti y no quiero comenzar nuestro matrimonio con este secreto entre nosotros.”

“Gracias por ser honesto conmigo. Significa mucho para mí que me valores lo suficiente como para compartir la dura verdad.”

“Me gustaría que las cosas fueran diferentes y espero sinceramente que mi inversión con Evans empiece a dar sus frutos. Mientras tanto, tu dote permitirá que la propiedad vuelva a florecer, y ayudará a reparar varias de las cabañas de los arrendatarios.”

Lydia tomó la mano de George y se la llevó a los labios. “Eres un buen hombre, George, y para ser honesta, me alegro mucho que mi dote ayude a la herencia. Es lo mínimo que mi padre puede hacer por mí, especialmente a la luz de la nueva información que Lord Surry compartió con nosotros.”

“¿No te molesta que no sea rico?”

“No, por nada... He estado rodeada de la riqueza de mi padre toda mi vida, y eso no me ha hecho feliz. Más bien, George, tú me haces feliz.”

“Cariño, eres una mujer muy especial. Es un honor para mí que quieras convertirte en mi esposa.”

“Es todo lo que siempre he querido, cariño.”

George la besó, una vez más, y ella se derritió contra él. Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad. “Tal vez deberíamos repensar las amonestaciones,” ella dijo. “No creo que quiera esperar más.”

“Creo que tu primer instinto fue correcto. Quiero hacer todo de la manera correcta. Habrá suficientes chismes sobre nuestro compromiso, cuando se anuncie. No tiene sentido echar más leña al fuego, dando a la gente motivos para sugerir que tú antes estabas comprometida.”

“Por supuesto, ese es realmente el mejor curso de acción. ¿Un beso más antes de irte, por favor?”

“Con mucho gusto,” él dijo, abrazándola nuevamente.

¿Cómo iba a sobrevivir las próximas tres semanas? Ella quería estar con George ahora, y cuando él rompió el beso, sintió su pérdida.

“Me iré ahora, querida,” expresó, “parece que necesito un anillo de compromiso. Te veré mañana después de hablar con tu padre.”

Lydia asintió y observó al hombre que adoraba salir de la habitación, antes de ir en busca de su tía. Para su sorpresa, Agnes todavía estaba en el estudio de su padre. Estaban discutiendo acaloradamente, y a ella no le gustó el tono de su padre. Él fue el que se equivocó al ocultarle sus relaciones. Siempre estaría agradecida por el coraje de su tía, al revelar la identidad de sus abuelos. Ella entró al estudio. “Tía Agnes, ¿estás bien?”

Agnes volteó y la miró. “Lo estoy, querida. Tu padre y yo simplemente estábamos discutiendo, pero, ahora soy libre. Debemos ir a ver a la modista para que te encargue un vestido nuevo para la boda.”

“Está bien, pero no quiero ninguna mención de mi compromiso, antes del baile de Surry. No tiene sentido alertar a la alta sociedad antes de esa fecha.”

Agnes se levantó de su silla. “Thomas, hablaremos más tarde.”

Weston simplemente gruñó y comenzó a hojear los papeles sobre su escritorio.

Agnes dirigió su atención a Lydia. “¿Se ha ido Lord Hutchinson?”

Ella asintió. “Él se fue. Volverá mañana para hablar con papá sobre los acuerdos matrimoniales.”

“¡Excelente! Vamos donde la modista,” dijo Agnes, tomando la mano de Lydia y saliendo del estudio de Thomas.

Salieron al vestíbulo. “Prescott, ¿podrías traer el carruaje?” Preguntó Lydia.

“Por supuesto, señorita Weston,” lo dijo, saliendo para informar al jefe de los mozos de cuadra.

“Iré a buscar mi gorro y mis guantes,” expresó Lydia. “¿Traigo tu sombrero de paja?”

Agnes asintió. “Sí, gracias.”

Lydia subió las escaleras hasta su dormitorio. “Ellie, ¿estás aquí?”

Ellie asomó la cabeza fuera del camerino. “Sí, señorita Weston. ¿Usted necesita algo?”

“Mi gorro, guantes y bolso, por favor.”

“Por supuesto. ¿La acompaño?”

Lydia negó con la cabeza. “No. Tía Agnes y yo vamos de compras. No es necesario que me atiendas.” Se ató las cintas de su sombrero bajo la barbilla, se puso los guantes y agarró su bolso, antes de dirigirse al dormitorio de su tía. Cuando bajó las escaleras, el carruaje estaba esperando afuera. Le entregó a su tía el sombrero de paja. “También traje tu chal.”

“Gracias, cariño. Últimamente me da frío con facilidad,” dijo Agnes, atándose las cintas del sombrero bajo la barbilla. “¿Nos vamos?”

Lydia asintió y Prescott abrió la puerta. Owen estaba esperando junto a los caballos y subió a las mujeres al carruaje.

“Vamos a la tienda de la señora Dumont,” Lydia dio la orden.

“Por supuesto, señorita Weston,” replicó Owen.

Una vez sentada, Agnes exhaló un suspiro de alivio. “Quería irme, antes que tu padre tuviera la oportunidad de cambiar de opinión acerca que hoy vayamos a la modista. Todavía está muy enojado conmigo por revelar el secreto, pero, una vez que lo piense bien, se dará cuenta de que hice lo correcto. Tú y Lord Hutchinson merecen toda la felicidad del mundo y eso significa poder casarse. Ser nieta de un vizconde debería hacer que tu unión sea menos controvertida,

aunque estoy segura que todavía habrá rigurosos que creerán que no eres digna de ser una marquesa.”

“Estaré bien, mientras sepa que George está a mi lado. Pero, estoy preocupada por ti. Papá no está muy contento contigo, tía.”

“No. Supongo que no lo está, pero ya era hora que supieras la verdad. Te lo habría dicho antes si hubiera podido...”

“¿Lo sabías desde el principio?”

Agnes asintió. “Sí, pero tu padre se negó a permitir que te lo dijera. Como no tenía suficientes fondos para vivir por mi cuenta, me vi obligada a guardar el secreto. ¡Espero que no me odies por esto!”

Las lágrimas se acumularon en los ojos de Lydia. “¡Oh, tía Agnes! Nunca podría despreciarte. Has estado aquí para mí toda mi vida. ¿Qué habría hecho yo sin ti?”

Agnes le dio unas palmaditas en la mano. “Te amo, mi querida niña.”

“Yo también te amo.”

“Ahora, ¿qué color te gustaría para tu vestido de novia?”

“No lo sé todavía, pero no le digamos nada a la modista que diseñará un vestido de novia. Después del baile de Surry, cuando se anuncie el compromiso, podremos hacer los ajustes necesarios al diseño.”

“Por supuesto... Lo que tú prefieras... ¿Estás nerviosa porque te presentarán como la nieta de Lord Surry?”

“¡Totalmente aterrada!”

Capítulo catorce

Cuando Lydia entró en la tienda de la modista, las últimas personas que quería ver eran la señorita Darvey y sus amigas. Lydia empezó a dar la vuelta para irse, pero su tía la agarró del brazo y le susurró: “ya no necesitas huir de ellas. Pronto serás la marquesa de Hutchinson. Mantén la cabeza en alto, especialmente porque pronto te harán una reverencia.”

“Tienes razón, tía, pero, realmente no quiero soportar hoy ninguno de los insultos de la señorita Darvey. ¡Ya ha habido suficiente agitación hoy! ¿No lo crees?”

“¡Acordado! Nos mantendremos alejadas de ella.”

Una vendedora se acercó a ellas. “¿Puedo ayudarlas?”

“Sí, a mi sobrina le gustaría encargar un vestido nuevo,” dijo Agnes.

“Por supuesto, permítanme mostrarles algunos diseños de moda.”

Lydia y Agnes siguieron a la joven hasta una mesa cubierta de varios diseños colocados para que pudieran mirarlos.

“Avísenme, si encuentran algo de su agrado.”

Cuando comenzaron a mirar los diseños, Lydia pudo escuchar susurros, mientras la señorita Darvey y sus amigas se acercaban. ¿Por qué no pudieron simplemente haberla ignorado? Había esperado demasiado, y se preparó para lo que la señorita Darvey estuviera a punto de decirle.

“Bueno... ¿no es la señorita Weston?” Expuso la señorita Darvey. “¿Qué estás haciendo en esta tienda? Seguramente, los de tu especie no pueden permitirse diseños tan caros.”

Lydia estaba furiosa por el insulto, pero se negó a morder el anzuelo. En cualquier caso, esa era una pulla ridícula, ya que su padre era más rico que muchos miembros de la alta sociedad. Se volvió hacia su torturadora. “No hay necesidad que tu linda cabecita se preocupe por mis elecciones.”

La boca de la señorita Darvey se abrió ante su respuesta. Evidentemente, había pensado que Lydia no tenía el coraje de enfrentarla, tal vez porque Lydia nunca la había desafiado en el pasado.

Antes que ella pudiera responder, la modista, la señora Dumont, salió al salón y las saludó. “Señorita Weston, señora Kennedy, ¿cómo están hoy dos de mis compradoras favoritas?” Lo dijo con su melodioso acento francés.

“Señora Dumont, es un placer volver a verla,” dijo Agnes. “A mi sobrina le gustaría encargar un vestido nuevo.”

“Con mucho gusto... ¿Tienes algún diseño elegido?”

Antes que Lydia pudiera mostrarle a la modista el modelo que había elegido, la señorita Darvey la interrumpió. “Señora Dumont...”

La modista se dirigió hacia ella. “Señorita Darvey, ¿necesita algo?”

“¿Puedo decirle algo?” Preguntó la joven.

La señora Dumont asintió. “Damas, discúlpennme un momento.”

La señorita Darvey siguió a la modista hasta el otro lado de la habitación. “Señora Dumont, no puedo creer que estés atendiendo a esa joven. Ella está en el oficio y no tiene calidad para estar aquí,” lo expresó sin molestarse en bajar la voz. Parecía que no le importaba quién escuchaba su conversación.

“La señorita Weston es clienta mía, desde hace mucho tiempo, y el señor Weston siempre paga las facturas contra entrega, que es más de lo que puedo pedir. Y hablando de eso... tus dos

últimas facturas aún están pendientes. Me temo que no podré recibir más encargos de usted hasta que pague esas facturas.”

“Bueno, yo, no...”

“Si me disculpa, tengo que atender a clientes que sí pagan,” confirmó la señora Dumont, caminando de regreso hacia Agnes y Lydia.

Lydia observó a la señorita Darvey regresar, pisando fuerte con sus amigas, con el rostro enrojecido por la ira.

“¡Nos vamos! No necesito un lugar que atienda a personas de su clase,” dijo la señorita Darvey, antes de salir furiosa de la tienda. La señorita Adams y la señorita Burton parecían confundidas, pero corrieron tras ella.

“Me pregunto de qué se trató eso,” susurró Lydia.

“No tengo idea, pero no creo que a la señorita Darvey le haya gustado lo que la señora Dumont le dijo.”

“Pido disculpas por el retraso,” manifestó la señora Dumont. “¿Has elegido un diseño?”

Lydia asintió y le entregó el modelo. “Este es bastante apropiado.”

“¡Ah! Sí. Ese es uno de los últimos diseños. Déjame mostrarte algunas telas que se adaptarán perfectamente a este diseño.”

“Gracias,” dijo Lydia.

La señora Dumont le mostró varios rollos de hermosas telas y Lydia se sintió atraída por la seda color lavanda. “¡Esta! Me gusta mucho...”

“¡Es la elección perfecta! Pasarán dos semanas, antes que el vestido esté listo.”

“Está bien. Gracias, señora Dumont.”

Después de la tienda de la modista, las dos mujeres fueron a otras tiendas de Bond Street para vestir a Lydia con gran estilo para su próxima boda.

“Papá no estará feliz cuando reciba estas facturas,” dijo Lydia.

“¡Oh! Debes lucir elegante. Tu padre es más que rico. Fácilmente puede permitirse diez veces más de lo que hemos gastado hoy.”

“¿Crees que ya se ha calmado?”

“No tengo idea, pero, no debes preocuparte por eso. Pronto te casarás con el hombre que adoras y eso es lo único que importa.”

“Tía, si papá es horrible contigo, debes decírmelo. Estoy segura que a Lord Hutchinson no le importaría que vinieras a vivir con nosotros.”

“Gracias, mi querida niña. Tu padre y yo hemos tenido discusiones en el pasado y siempre nos reconciliamos, así que no te preocupes. Estaré bien. Además, los recién casados necesitan privacidad,” lo dijo con un guiño.

“Debo admitir que estoy nerviosa por la noche de bodas. ¿Qué pasa si no lo complazco?”

“Lydia, él te ama, nada de lo que hagas le desagradará. Confía en mí en eso. Puede que sientas un poco de dolor en tu noche de bodas, pero confía en tu marido para que te guíe. Las relaciones matrimoniales son bastante maravillosas. No tengas miedo de divertirte y decirle lo que te agrada.”

“Apenas puedo contener mi felicidad. ¡Me encantaría gritar mis felices noticias por toda la ciudad!”

Agnes se rió entre dientes. “No habrá necesidad de eso. Una vez que Lord Surry te presente como su nieta, esa noticia correrá por la ciudad a la velocidad del rayo.”

Cuando llegaron a casa, después de hacer las compras, el almuerzo estaba listo. Thomas todavía estaba encerrado en su estudio y se negó a acompañarlas. Lydia se preguntó qué haría él

ahora que se había revelado su relación con el vizconde Surry. Su vida podría haber sido muy diferente, si hubiera sabido antes sobre sus abuelos, pero entonces la tía Agnes tal vez no habría venido a vivir con ellos, y eso habría sido una gran pérdida. Amaba a su tía, quien siempre la había cuidado lo mejor que podía. Ahora entendía por qué su tía siempre había sido tan estricta con el protocolo.

Después de disfrutar de un delicioso almuerzo, la tía Agnes se puso de pie. “Voy a descansar un rato, antes de ir a la casa de los Surry a tomar el té.”

Lydia asintió y la siguió escaleras arriba. “Buena idea. Te veré más tarde,” dijo, besando la mejilla de su tía. Excepto que estaba demasiado nerviosa para descansar. ¿Y si ella no le agradaba a Lady Surry? Entonces, ¿el vizconde no la reconocería como su nieta y su matrimonio con George estaría en peligro? Ella sacudió la cabeza al sentir tanto miedo por este giro de los acontecimientos. Lord Surry le había dicho que Lady Surry estaba ansiosa por conocerla, y George había dejado de lado la precaución y había venido a proponerle matrimonio, antes de enterarse de esta relación. Cada vez que pensaba en una vida con George, su corazón casi estallaba de felicidad. Todo el dolor de los últimos diez meses había conducido a este maravilloso momento mágico.

Se sentó ante su escritorio y sacó un trozo de papel, deseando contarle a Helena su extraordinaria noticia.

Querida Helena,

Estoy envuelta de felicidad porque Lord Hutchinson me ha propuesto matrimonio, y yo acepté. También descubrí que soy nieta del vizconde Surry. Ha sido un torbellino el día de hoy. Hay demasiada información para ponerla en una carta. Por favor, avísame cuándo será un buen momento para visitarte y te lo explicaré todo.

Delirantemente feliz,

Lydia.

Ella le pidió a Prescott que entregara la carta personalmente. No podía esperar para comunicar todas sus maravillosas noticias a su más querida amiga.

Una hora antes de salir a tomar el té, Lydia llamó a Ellie para que la ayudara a cambiarse. Quería lucir lo mejor posible al conocer a su abuela por primera vez.

“Señorita Weston, ¿necesita algo?” Preguntó Ellie.

“Sí. Mi tía y yo hemos sido invitadas a tomar el té con Lord y Lady Surry y quiero lucir lo mejor posible.”

“Por supuesto. ¿Voy a buscar el vestido rosa? Ese color le queda bien.”

Lydia asintió y se entregó a las manos expertas de Ellie.

Casi una hora después, Ellie dio un paso atrás. “Señorita Weston, nunca la había visto tan feliz. ¡Usted está resplandeciendo!”

Debería haber sabido que su doncella notaría lo feliz que parecía, especialmente porque había estado bastante deprimida, durante los últimos diez meses, pero no quería anunciar la noticia todavía. Habría mucho tiempo para contárselo al personal después de conocer a su abuela. “Gracias, Ellie. Ahora me voy. Te veré más tarde,” dijo Lydia, saliendo de su dormitorio y reuniéndose con su tía en el vestíbulo.

“¡Oh! Lydia, querida, estás preciosa,” exclamó Agnes. “Ese vestido te favorece mucho.”

“Gracias, tía. ¿Crees que Lady Surry estará contenta?”

“Estoy segura que estará encantada de conocerte, sin importar lo que lleves puesto.”

Lydia ató las cintas de su sombrero, mientras Prescott abría la puerta. Las mujeres salieron hacia el carruaje, que las esperaba, y Lydia le dio a Owen la dirección de la casa de Surry. “Muy bien, señorita Weston. Conozco la calle.”

Ella intentó mantener la calma y no inquietarse, mientras el carruaje avanzaba hacia su destino.

“Lydia, no debes estar tan nerviosa. Todo estará bien.”

“¿Qué pasa si no le agrado a Lady Surry?”

“Mi querida muchacha, ella te amará como yo.”

No había más tiempo para preocuparse por el encuentro, ya que Owen había detenido el carruaje frente a una impresionante casa de tres pisos. Ayudó a bajar a las mujeres y ellas caminaron hacia la puerta principal, dejando que la aldaba la golpeará.

Un hombre mayor abrió la puerta. “¿Puedo ayudarlas?”

“La señorita Weston y la señora Kennedy están aquí para ver a Lord y Lady Surry,” confirmó Agnes.

“Por supuesto. Por favor, entren. Las están esperando,” dijo el mayordomo, abriendo más la puerta para permitirles entrar. “Sígueme.”

Las llevó al salón de arriba y anunció:

“La señora Kennedy y la señorita Weston.”

El corazón de Lydia latía con fuerza, mientras caminaban hacia sus anfitriones. Lord Surry se levantó y las saludó. “Damas, bienvenidas a nuestra casa. Estamos muy contentos de verlas.”

Lydia y Agnes hicieron una reverencia. “Estamos encantadas de estar aquí, mi señor,” destacó Lydia. Miró por encima del hombro de su abuelo y vio a una mujer pequeña, con mechones grises en el cabello oscuro, sentada en el sofá. Este era el momento de la verdad. ¿La aceptaría su abuela?

Su estómago estaba revuelto, mientras esperaba impacientemente.

Capítulo quince

Lady Surry se levantó. El tiempo pareció detenerse, mientras miraba a la joven parada en su salón. La señorita Weston se parecía tanto a su hija, que se quedó sin aliento, y las lágrimas rodaron por sus mejillas. “¡Oh, mi querida niña! Eres la imagen de tu madre,” dijo.

“Lady Surry, estoy muy feliz de conocerla,” expresó la señorita Weston con una reverencia.

“Apenas podía creerlo, cuando recibimos la carta de la señora Kennedy. ¡Fue como un regalo del Cielo! Tener un pedacito de mi Joanna conmigo es algo que pensé que nunca sucedería... No puedes saber lo mucho que significas para mí,” dijo Gretchen, caminando hacia la señorita Weston, empujándola dentro de sus brazos, y abrazándola con fuerza.

“Lady Surry...”

Gretchen dio un paso atrás. “No hay necesidad de todo este asunto formal de lord y lady. Eres nuestra nieta y nos encantaría que nos llamaras abuelo y abuela. Si te parece demasiado pronto, tal vez te sientas más cómoda, llamándonos Albert y Gretchen.”

Fue el turno de Lydia de derramar lágrimas de felicidad. “Estaré complacida de llamarlos abuelo y abuela. Por favor, llámenme Lydia.”

“¿Dónde están mis modales? Por favor, siéntate y cuéntame todo sobre ti,” indicó Gretchen.

Lydia se sentó junto a su abuela en el sofá, mientras Agnes se sentaba en la silla, junto a su abuelo. Ella contó una breve historia de su vida. Ya habría tiempo más tarde para entrar en detalles, si su abuela quería saber más.

Unos momentos más tarde, la doncella entró con un carrito de té. “¿Lo sirvo, Lady Surry?”

Gretchen negó con la cabeza. “No, puedes irte.”

La criada hizo una reverencia y salió de la habitación.

“Lydia, ¿podrías derramar algo?” Preguntó Gretchen.

“Estaré encantada,” dijo Lydia, preparando tazas para todos, antes de tomar asiento. “¿Me hablarás de mi madre?”

“Será un placer... Mi querida Joanna era una niña muy enérgica. Nada podría jamás frenarla. Tenía curiosidad por todo. La gente la amaba donde quiera que fuera. Había algo tan especial en ella. Ella era como un rayo de sol. ¿Cuáles son tus pasatiempos, querida?”

“¡Amo la lectura! Los diarios de viaje son mi pasión, en este momento, y espero viajar algún día. Hay mucho que ver en el mundo.”

“¿Tu padre se ha ocupado de tu educación, querida?” Albert preguntó.

Lydia asintió. “Lo ha hecho, abuelo, y por supuesto, mi tía ha sido fundamental al guiarme a lo largo de mi vida.”

Albert le sonrió a Agnes. “Bien hecho, señora Kennedy.”

“Gracias, mi señor, fue un gran placer ver crecer a Lydia.”

“Algo que nunca llegamos a presenciar,” él lo dijo con el ceño fruncido.

“Albert, querido, no nos centremos en el pasado. Ahora tenemos a nuestra nieta aquí, y debemos concentrarnos en eso,” exigió Gretchen.

“Por supuesto. Tienes razón, querida,” lo dijo, asintiendo. “Lydia, ¿montas?”

“Me temo que poco, y no muy bien. Papá no vio la necesidad que yo aprendiera,” respondió Lydia.

“Bueno, podemos remediar eso. Tengo un establo lleno de yeguas, entre las que puedes elegir,” confirmó Albert. “Puedes venir aquí el día que quieras, e iremos a montar a Hyde Park.”

“Gracias. Es muy amable de tu parte,” dijo.

“No veo la hora de presentarte en el gran baile. Lo que me recuerda que tengo algo para ti,” manifestó Gretchen, tomando una caja delgada de la mesa auxiliar y entregándosela a Lydia.

“¿Para mí?” Preguntó Lydia.

“¡Ciertamente! Pertenecían a tu madre y ahora son tuyos.”

Lydia abrió la caja, consiguiendo un hermoso collar de perlas y un juego de pendientes.

“¡Oh, cielos! Estos son hermosos. ¿Cómo podría agradecerte tu amabilidad?”

“No es necesario, querida. Son tuyos por derecho de nacimiento y nunca pensé que podría pasárselos a nadie. Eres realmente un regalo para nosotros.”

“Muchas gracias,” expresó Lydia, secándose las lágrimas de sus mejillas. “Los apreciaré siempre.”

“Espero que los uses en el baile del viernes,” solicitó Gretchen.

“Sí, ciertamente lo haré. Gracias de nuevo.”

“Hablando del baile, nos gustaría que ambas se quedaran para una cena ligera, si les parece bien,” expuso Albert. “También enviaré una nota a Lord Hutchinson.”

Lydia miró a su tía, quien asintió. “Gracias. ¡Estaremos encantadas!” Instintivamente, ella supo que no debía preguntar sobre una invitación para su padre. La presentarían como la nieta de un vizconde, no como la hija de un comerciante. Ya sería bastante difícil ser aceptada por la alta sociedad sin recordarles que su padre estaba dedicado al comercio.

Después de charlar durante otra hora, Lydia y Agnes se despidieron. En el carruaje de regreso a casa, Lydia apenas podía contener su emoción. “Tía Agnes, fue maravilloso conocer a mis abuelos. ¿Cómo podría agradecerte tu valentía, al escribir esa carta?”

“Al ver lo felices que estaban los Surry de conocerte, siento que debería haber dicho algo hace años. Tu vida habría sido muy diferente y siento que te he robado esa oportunidad.”

Lydia agarró la mano de su tía. “Sin recriminaciones. No cambiaría nada de mi vida. Con tu valentía, me has dado a mis abuelos y la oportunidad de casarme con el hombre que amo sin que la sociedad me excluya. No podría pedir nada más.”

Agnes confesó: “ya no podía sentarme y ver cómo te sentías miserable. ¡Eso me rompió el corazón!”

Lydia asintió. “Mi corazón también estaba roto, pero, ahora está lleno de tanta alegría, que ni siquiera puedo expresar lo feliz que estoy.”

“Me alegro mucho, querida.”

No pasó mucho tiempo para llegar a la casa de Weston, donde Owen dejó a las mujeres.

“Gracias, Owen,” expresó Lydia, mientras subían las escaleras de la entrada.

Prescott abrió la puerta. “Bienvenidas a casa, señora Kennedy, señorita Weston.”

“Gracias,” insistió Lydia.

“Querida, creo que iré a descansar. Ha sido un día lleno de acontecimientos,” dijo Agnes.

Lydia besó la mejilla de su tía. “Por supuesto. Te veré más tarde.”

No había señales de su padre y ella no lo buscó.

“Señorita Weston, le llegó una carta mientras estaba fuera,” le avisó el mayordomo.

Lydia le dio las gracias y recuperó la carta de la mesa. Reconoció la letra y subió a su dormitorio para leerla en privado. Una vez allí, rompió el sello y la leyó.

Querida Lydia,

¡Me sorprendió leer tu carta y me alegré muchísimo con tu feliz noticia! ¡Vas a ser marquesa! ¿Y los Surry son tus abuelos? ¡Debes contármelo todo! Por favor, ven mañana lo

antes posible.

En amorosa amistad,

Helena.

Tanto Lydia como Agnes decidieron llevar bandejas con la cena a sus habitaciones. Ninguna de las dos quería conversar con su padre, especialmente porque había estado muy enojado ese mismo día. Después de cenar y leer un rato, Lydia decidió retirarse temprano. Su tía tenía razón, este había sido un día lleno de acontecimientos.

Mientras yacía bajo las sábanas, su mente era un torbellino. En tres semanas, nunca más tendría que separarse del hombre que amaba. Ella se quedó dormida, reviviendo sus gloriosos besos.

A la mañana siguiente, la luz apenas se filtraba en su dormitorio, cuando despertó. Estiró sus largas y delgadas piernas y pensó en todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. ¿Fue ayer simplemente un sueño y ahora que estaba despierta, descubriría que su vida seguía siendo la misma, una sin el hombre que amaba?

La puerta de su dormitorio se abrió y Ellie entró. “¡Oh! Señorita, no esperaba que estuviera despierta tan temprano. Venía a prender el fuego.”

“Buenos días, Ellie. Tengo algo que decirte.”

“¿Tiene algo que...?”

Lydia asintió. “En realidad, hay dos cosas. Lord Hutchinson me propuso matrimonio y yo acepté.”

“¡Qué feliz noticia! Me alegro mucho que pueda casarse con Lord Hutchinson. Es un caballero tan honorable.”

Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Lydia. “Sí, de hecho lo es.”

“¿Dos cosas? ¿Qué más quiere usted decirme?”

“En realidad... es una pregunta. ¿Te gustaría venir conmigo, como doncella, cuando me case?”

La mano de Ellie voló hacia su pecho. “¡Oh! Señorita Weston. Me encantaría. Gracias por darme tal honor.”

“Por supuesto que quiero que vengas conmigo. ¿Qué haría yo sin ti? La primera de las amonestaciones se anunciará este domingo, por lo que nos mudaremos a Hutchinson House, en tres semanas.”

“No se preocupe, señorita. Yo me encargaré de todo su embalaje.”

“Gracias... Soy consciente que...”

“¿Usted está lista para el baño o le gustaría descansar un rato más?”

“Me bañaré ahora. Me reuniré con Lady Evans esta mañana.”

“¿Cuál te gustaría usar, la muselina rosa o la amarilla?”

“Creo que la amarilla. Me siento particularmente soleada hoy,” respondió Lydia.

Ellie se rió entre dientes, al revolver las brasas de la chimenea para que volvieran a la vida. “¿Quieres té y tostadas, mientras esperas que el baño esté listo?”

“Sí. Eso sería encantador.”

Ellie asintió y se fue para hacer arreglos para calentar el agua. Regresó a los pocos minutos con una humeante taza de té y un par de tostadas. “Disfrute... La llamaré cuando el baño esté listo.”

“Gracias, Ellie.”

Después de bañarse y vestirse, Lydia fue a ver a su tía.

“¡Entra!” Afirmó Agnes en respuesta al golpe a su puerta.

“Buenos días, tía Agnes. ¿Cómo estás en este buen día?”

Agnes sonrió, ante el buen humor de Lydia. “Estoy bastante bien, querida, como también pareces estar tú.”

“Estoy bien, gracias. Es una mañana encantadora. Esta mañana visitaré a Lady Evans para contarle todas mis maravillosas noticias.”

“Estoy segura que estará muy feliz por ti.”

“¿Te gustaría venir conmigo?”

Agnes sacudió la cabeza. “No. Continúa y disfruta de la visita con tu amiga. Te veré más tarde.”

Lydia asintió y besó la mejilla de su tía. Todavía era demasiado temprano para ver a Helena, así que bajó al comedor para desayunar tranquilamente. Se sorprendió al ver a su padre en la mesa. Normalmente desayunaba en su estudio.

“Buenos días, papá.”

Thomas levantó la vista del periódico matutino y simplemente gruñó.

Lydia esperaba que su padre fuera más amable esta mañana, pero por su respuesta, parecía que todavía estaba bastante enojado por los acontecimientos de ayer. Se acercó al aparador y llenó su plato con huevos, tocino y arenques ahumados.

Un lacayo le sirvió una taza de té.

“Gracias, Edward,” dijo, sentándose a la mesa. Quería entablar una conversación con su padre, pero no sabía por dónde empezar. Antes de la sorprendente revelación del día anterior, él solo había hablado con ella de negocios, nada más, y eso normalmente ocurría en su estudio. Ciertamente no en la mesa del comedor, así que no había mucho que pudiera hacer excepto desayunar. “Papá, saldré a ver a Lady Evans esta mañana.”

“Veo que pasas tiempo con tus amigas elegantes,” destacó Thomas.

Lydia quedó desconcertada por el comentario grosero de su padre. Había sido amiga de Helena desde la temporada pasada y su padre lo sabía. “Lady Evans y yo somos amigas desde hace bastante tiempo.”

“No creas que puedes arrojarme en cara tu nueva posición social. Los contratos matrimoniales aún no se han firmado y todavía puedo negar mi permiso.”

“Papá, no estaba tratando de menospreciarte. Perdóname si sentiste lo mismo.”

“Aún tienes tres semanas bajo mi techo y espero que hagas lo mejor posible aquí. ¿Has terminado de revisar los libros de contabilidad?”

Con toda la emoción del día anterior, ella había olvidado por completo que encontró discrepancias en los libros del mes pasado. Se lo iba a comunicar a su padre, ayer, antes de saber que Lord Surry y Hutchinson estaban en su estudio. “¡Oh, lo había olvidado! Por eso te traje el libro de contabilidad ayer, para mostrarte que un par de números no cuadran.”

“Puedes mostrármelo después del desayuno.”

“Por supuesto,” replicó Lydia, aunque era lo último que quería hacer esta mañana. Al menos le ayudaría a pasar el tiempo, mientras esperaba una hora decente para visitar a Helena. Desayunó rápidamente, antes de seguir a su padre a su estudio.

Él cogió el libro de contabilidad de su escritorio. “Muéstrame los números.”

Lydia había marcado un par de entradas y pasó a las páginas relevantes. “Esta cifra parece extravagante en comparación con el recuento de fardos de algodón del último trimestre. Puede que sea correcta, pero pensé en mostrártela porque es mucho más que la última entrada.”

Thomas analizó la página del libro mayor, pasando del trimestre actual al último. “Eso parece sospechoso. Lo investigaré cuando vaya a la fábrica más tarde.”

Lydia quería recordarle que Lord Hutchinson llamaría hoy a su abogado para redactar los acuerdos matrimoniales, pero no quería irritarlo más.

“¿Hay algo más?” Preguntó Thomas.

“No, eso fue todo lo que encontré.”

“Lydia... ¡Qué buen ojo!”

¿Su padre acababa de felicitarla? “Gracias. Si no hay nada más, me iré.”

Thomas asintió. Lydia salió del estudio y subió a su dormitorio para recoger su sombrero y sus guantes.

“Ellie, ¿estás aquí?”

“Sí, señorita Weston. ¿Usted está lista para salir?”

“Son casi las diez, así que creo que sería apropiado irnos ahora.”

Ellie le entregó el gorro y los guantes.

“Gracias. ¿Nos vamos? Le pedí a Prescott que trajera el carruaje,” dijo Lydia.

Ellie se ató las cintas del sombrero y siguió a Lydia escaleras abajo. Prescott abrió la puerta, y Owen estaba esperando, junto al carruaje, para ayudarlas a subir. Lydia apenas podía contener su emoción, ansiosa por contarle a Helena todo lo que había sucedido ayer.

No pasó mucho tiempo para llegar a Evans House, donde Owen las dejó. El mayordomo abrió la puerta, antes que pudieran tocar. “Buenos días, señorita Weston.”

“Buenos días. Lady Evans me invitó.”

“Por supuesto. Ella se encuentra en el salón.”

Se abrió la puerta de esa gran habitación y Helena salió corriendo. “Lydia, me alegro mucho de verte. ¡Ven al salón! El té llegará en un momento.”

Lydia volteó hacia Ellie. “Disfruta de una taza de té en la cocina. Estaré de visita por un tiempo.”

Ellie hizo una reverencia y bajó las escaleras.

Lydia siguió a su amiga al salón. Sus entrañas temblaban de emoción al pensar en cuánto había cambiado su vida en las últimas veinticuatro horas.

“Debes contármelo todo,” expresó Helena, sentándose en el sofá y dando palmaditas en el asiento a su lado.

Lydia se sentó junto a su amiga. “Creo que estoy soñando porque estoy a punto de estallar de felicidad.”

“Te mereces toda la felicidad. ¡Estoy muy contenta que puedas casarte con George! Ahora, cuéntamelo todo. Anoche apenas pude dormir preguntándome cómo sucedió todo esto.”

Antes que Lydia tuviera la oportunidad de empezar a contarle los detalles a su amiga, la criada trajo una bandeja de té, y la dejó en la mesa baja frente al sofá. “¿Habrás algo más, Lady Evans?”

Helena negó con la cabeza. “No... Puedes retirarte.”

La doncella hizo una reverencia y salió del salón, cerrando la puerta detrás de ella.

Helena les sirvió a cada una una taza de té. “No seremos interrumpidos. Richard salió esta mañana, pero le compartí tu carta.”

“Eso está perfectamente bien. El viernes todo el mundo lo sabrá, una vez que se anuncie en el baile de Surry,” confirmó Lydia.

“Recibimos una invitación el otro día y Richard aceptó en nuestro nombre. Los Surry rara vez entretienen, así que antes tenía curiosidad por asistir. Ahora será un gran placer ir.”

Lydia procedió a contarle a Helena todo lo que había sucedido ayer, desde la visita de Lord Surry hasta la propuesta de matrimonio de George.

“¡Oh! ¡Por la bondad! Es como el mejor cuento de hadas que he escuchado en mi vida.”

“A mí misma me cuesta creerlo,” confesó Lydia. “Nunca pensé que podría ser tan feliz.”

“Estoy muy contenta por ti.”

“¿Puedo pedirte un favor?” Preguntó Lydia.

“Por supuesto. ¿Qué necesitas?”

“¿Considerarías presentarte como uno de nuestros testigos?”

Helena se llevó la mano a la boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. “¡Oh! Lydia, por supuesto que lo haré.”

“Estoy segura que George también le preguntará a Richard.”

Las dos mujeres hablaron durante las siguientes horas, antes que Lydia finalmente regresara a la casa de Weston. Tres semanas más y este ya no sería su hogar. No podía esperar a que comenzara la siguiente fase de su vida, pero antes de eso, tendría que enfrentarse a la sociedad como nieta de Lord Surry y prometida de Lord Hutchinson.

Sabía que la alta sociedad se sorprendería por el cambio en sus circunstancias. Nada amaba más a la sociedad que difundir chismes, y el ascenso de Lydia de hija de un comerciante a marquesa de Hutchinson, seguramente sería el chisme más jugoso de toda la temporada.

Capítulo dieciséis

Estas veinticuatro horas fueron muy agitadas para George. Una vez que tomó la decisión de casarse con Lydia, nada iba a detenerlo, aunque no podía fingir que la noticia que ella es la nieta de Lord Surry no había hecho las cosas mucho más fáciles. Ni siquiera su madre debería poder quejarse ahora del pedigrí de Lydia. Guardó los libros de contabilidad y se dirigió al comedor para almorzar. Estaba hambriento y esperaba con ansias el banquete que la cocinera había preparado. Se acercó al aparador y llenó su plato. Al mismo tiempo, un sirviente le preparaba una taza de té.

El plan era visitar a Thomas Weston después del almuerzo. Esa misma mañana, George había enviado una nota para avisarle al señor Weston cuándo llegaría. Quería firmar los contratos matrimoniales lo antes posible y no quería dejar nada al azar.

Cuando casi había terminado de comer, Grace entró al comedor.

“Buenas tardes, madre.”

“George, ¿sabes algo sobre una invitación al baile de Surry el viernes?” Ella preguntó. “Es un aviso con muy poca antelación.”

“Efectivamente.”

Ella se sentó a la mesa, mientras el lacayo le servía una taza de té. “Bueno, ¿te importaría explicarme? No conozco bien a Lady Surry y no tengo idea de por qué nos invitaron.”

“La invitación no tiene nada que ver contigo, Madre. Lord Surry anunciará el hecho que la señorita Weston es su nieta perdida hace mucho tiempo.”

“¿Qué?” La boca de su madre se abrió. “¿Qué dijiste?”

“Me enteré ayer, cuando fui a pedirle permiso al señor Weston para proponerle matrimonio a su hija. Lord Surry estaba allí y me dijo la verdad sobre esta relación. Después de presentar a la señorita Weston, planea anunciar nuestro compromiso.”

George observó cómo el rostro de su madre ardía con el ceño fruncido. “De verdad, George. Puedes tener algo mucho mejor que a la hija de un comerciante. ¡Piensa en el legado familiar! Ella no es apta para ser una marquesa.”

“¡Lo es y será mi esposa! Acaso, ¿no entiendes la importancia del hecho que Lord Surry reconocerá a la señorita Weston como su nieta? Eso lo cambia todo, y aunque no me importa lo que piense la alta sociedad, esa relación contribuirá en gran medida a que la sociedad la acepte a ella. Puedes asistir al baile conmigo o no. Es tu elección, pero debes saber esto: tu opinión ya no me importa.”

“Bueno... nunca me han tratado tan groseramente en mi vida, ¡y mi propio hijo, nada menos! ¡Esto es intolerable!”

“Madre, o te reconcilias con el hecho que me casaré con la señorita Weston dentro de tres semanas o puedes abandonar esta casa. ¡Es tu elección! ¿Ha quedado claro?”

“¿Te atreves a amenazarme? Nunca aceptaré a esa mujer y me aseguraré que ninguna de mis amigas tampoco lo haga.”

George estaba harto del comportamiento de su madre. “¡Peters!” Él bramó.

Pronto apareció el mayordomo. “¿Necesita algo, mi señor?”

“Sí. Haz que Beckwith empaque las cosas de mi madre. Hoy se mudará a la casa de la viuda.”

“Ahora mismo, mi señor,” dijo Peters, saliendo del comedor.

“¿Me estás desterrando al campo? ¿Le harías eso a tu propia madre?” Ella gritó.

“Madre, estos últimos diez meses me he esforzado mucho en ser lo más comprensivo posible, dadas las circunstancias en las que nos encontramos. ¡Sé que has sufrido! Fue una gran tragedia perder a mi padre, a Arthur y a Oliver, pero, ¡yo no tuve nada que ver con el accidente! Sin embargo, has insinuado continuamente lo contrario.”

Grace lo fulminó con la mirada. “Deberías haber sido tú quien acompañara a Arthur a nuestra finca en lugar de irte a Bath. Entonces Oliver y tu padre todavía estarían aquí conmigo.”

Esto fue decisivo. Había llegado el momento de contarle a su madre toda la verdad sobre la familia. “Sabes por qué mi padre estaba enviando a Arthur lejos, ¿no?”

“Arthur necesitaba un descanso.”

George se rió. “No seas tan ingenua, madre. Arthur no necesitaba descansar, fue sorprendido en el jardín tratando de comprometer a la hija de un vizconde. Si mi padre no lo hubiera enviado al campo, hubiera ocurrido un duelo. Eso habría sido un desastre y mi padre no quería que sucediera. ¡Debería haberte dicho la verdad!”

“¿Por qué estás inventando estas horribles historias? ¡Arthur nunca haría tal cosa!”

“Él lo haría, y lo hizo... También vas a conocer el resto de las malas noticias... Quería ahorrarte estos detalles, pero como insistes en ser tan obtusa sobre el estado de nuestra familia, aquí está el resto... Los hábitos de juego de Arthur han estado fuera de control durante años, y el hecho que mi padre pagara continuamente sus deudas, casi nos ha llevado a la bancarrota. He hecho todo lo que he podido para ahorrar, pero la finca está casi sin un centavo. No habrá más lujos ni viajes a la modista para ti hasta que pueda cambiar las cosas.”

Grace casi se desmayó, ante ese pronunciamiento. “¡Estás mintiendo!”

“¡No lo estoy! Tu negativa a reconocer los defectos de Arthur no te ha hecho ningún favor. La mayor parte de la sociedad sabía que era un sinvergüenza, pero tú persististe en ignorar cada señal de qué clase de hombre era. Incluso ahora te niegas a creer todo lo que te he dicho sobre su mal comportamiento. ¡No tengo motivos para mentirte!”

“¡Qué he hecho yo para merecer un hijo tan malagradecido!”

“¿Malagradecido? ¿Qué has hecho alguna vez por mí? Pensándolo bien, no me importa... Ya no me importa... ¡Ya terminé con esta conversación! Tan pronto como Beckwith termine de empacar tus cosas, saldrás de Londres. Le enviaré una carta al administrador de la finca para que limpie y acomode la casa de la viuda.”

“¿La casa de la viuda? No... ¡Viviré en la mansión!”

“No lo harás, y confía en mí, si descubro que te has mudado a la mansión, las consecuencias serán graves. ¿Ha quedado claro?”

“No puedes...”

George arrojó la servilleta y se puso de pie. “Buenos días, madre. Te deseo un feliz viaje,” lo dijo saliendo del comedor.

Caminó por el pasillo hacia su estudio, furioso. Casi había perdido los estribos con su madre, pero de alguna manera los había mantenido bajo control. Grace tenía una manera de irritarlo, pero ahora finalmente tendría algo de paz y tranquilidad. Tan pronto como su madre partiera hacia el campo, comenzaría a hacer arreglos para remodelar la suite de la marquesa. Quería que todo fuera perfecto para Lydia.

Se sirvió un brandy y tomó un gran trago. Un golpe en la puerta lo interrumpió.

“¡Venga!”

La puerta se abrió y Peters anunció:

“El señor Sterling quiere verlo, mi señor.”

“Gracias, Peters. Por favor, haga que traigan el carruaje.”

Peters asintió y salió de la habitación.

“Lord Hutchinson, es un placer volver a verlo,” dijo el señor Sterling, entrando a su estudio. “Le deseo felicidad, mi señor.”

“Gracias. ¿Nos vamos?”

El señor Sterling siguió a George hasta el vestíbulo, donde Peters le entregó a George su sombrero y su bastón, y abrió la puerta principal.

Subieron al carruaje y un mozo de cuadra saltó en la parte trasera. George agitó las riendas para que los caballos caminaran. No pasó mucho tiempo para llegar a la casa de Weston, y el mozo de cuadra saltó para cuidar de los caballos.

Prescott abrió la puerta, mientras subían las escaleras. “Lord Hutchinson, lo esperan. Por favor, síganme,” dijo el mayordomo, acompañándolos al estudio de Thomas.

“Señor Weston, es un placer verlo hoy. He traído a mi abogado, el señor Sterling, para que redacte los acuerdos matrimoniales,” expresó George.

Thomas asintió. “Buenos días, Lord Hutchinson, señor Sterling. Este es mi abogado, el señor Dempsey. ¿Empezamos?”

George y el señor Sterling se sentaron frente al escritorio de Thomas y resolvieron los detalles del contrato matrimonial. Esperaba que el señor Weston no incumpliera el importe total de la dote de Lydia. Necesitaba desesperadamente esos fondos para que el patrimonio volviera a ser positivo. También quería asegurarse que Lydia estaría bien atendida, si a él le sucediera algún evento adverso. También le regaló una de las propiedades más pequeñas que no estaba considerada como su propiedad personal. De esa manera, ella siempre tendría un lugar al que llamar suyo.

Cuando concluyeron las negociaciones, ambos abogados se fueron a redactar los contratos para las firmas. “Señor Sterling, mi conductor lo llevará de regreso a su oficina,” le dijo George a su abogado.

“¿Está seguro, mi señor?”

“Sí. Caminaré a casa. Siempre disfruto de una buena caminata rápida.”

“Los contratos estarán listos para firmar mañana. ¿A qué hora quieres que venga?” George preguntó al señor Weston.

“Después del almuerzo vendrá bien. Espero que cuides bien de mi hija, Hutchinson,” dijo Weston.

“Señor Weston, no debe tener miedo por eso. Amo a Lydia con todo mi corazón y me aseguraré que tenga una vida feliz y plena.”

“¡Bien! Ahora debo irme. Tengo otras reuniones hoy.”

George se puso de pie. “Por supuesto. Lo veré mañana.”

Salió de la casa de Weston y comenzó el viaje de regreso a casa, esperando que su madre se hubiera ido, cuando él llegara, porque no quería soportar más de sus palabras mordaces o su comportamiento grosero.

Desafortunadamente, el carruaje de Hutchinson todavía estaba frente a la casa, cuando llegó. Subió las escaleras y Peters abrió la puerta. “Lady Hutchinson desea hablar con usted, milord. Está esperando en el salón.”

George asintió y entró en el salón. Su madre se había puesto un vestido de viaje y parecía estar bastante agotada. Los círculos negros debajo de sus ojos eran más pronunciados y las líneas alrededor de sus ojos y boca se habían profundizado. “Madre, ¿hay algo que necesites?”

“Hutchinson, no es necesario que seas tan dramático al despedirme. Deseo poder visitar a

mis amigas, y esto es cruel e impropio de tu parte.”

“¿Puedo recordarte que no has visto a ninguna de tus amigas en meses? Dudo que ese sea el problema. Además, ¡la crueldad es tuya! Madre, en tu forma de hablar y comportarte hacia mí, así como en tu parcialidad contra la señorita Weston. ¡Esto no será tolerado! ¡Ya he tenido suficiente! Ahora te deseo un buen viaje. Adiós madre.” Mientras salía de la habitación, pudo oír su profunda respiración detrás de él. Evidentemente, había pensado que podría convencerlo que la dejara quedarse en Londres. ¡Qué equivocada estaba ella! La vida sería mucho más placentera sin la mordaz lengua de su madre, arengándolo todos los días.

El mayordomo estaba en el vestíbulo hablando con Beckwith. “Peters, asegúrate que el equipaje de mi madre esté cargado en el carruaje. Ella se irá en un momento.”

“Yo me encargaré de ello, mi señor.”

“Adiós, Beckwith,” dijo George, asintiendo.

“Adiós, Lord Hutchinson.”

Quería decirle más a la doncella de su madre, ya que ella siempre había sido amable con él, pero era mejor si las dejaba irse sin más discusión.

Su madre pasó junto a él sin siquiera asentir y salió por la puerta, seguida por Beckwith. Tal vez vivir en el campo le vendría bien. Como mínimo, él no tendría que estremecerse, cada vez que la viera por miedo a su lengua demoledora.

Por primera vez en su vida, él estaría completamente solo en la casa... al menos hasta que se casara. Sus labios se curvaron, ante la perspectiva de tener a Lydia con él, todos los días, por el resto de su vida.

Capítulo diecisiete

Era la noche del baile de Surry y las entrañas de Lydia estaban revueltas. Apenas había comido en todo el día. Esta noche sería la más trascendental de su vida. Ser reconocida por Lord y Lady Surry, como su nieta, ciertamente elevaría su posición en la sociedad, pero eso no era lo más importante para ella. Descubrir que sus abuelos tenían título fue una verdadera bendición, especialmente porque siempre había creído que en su familia solo quedaban su papá y la tía Agnes. Esperaba pasar tiempo con sus abuelos y conocerlos mejor. No podía esperar a escuchar más historias sobre su madre, y se preguntaba si su mamá habría estado orgullosa de ella.

Un golpe en la puerta interrumpió sus reflexiones.

“¡Entra!”

La tía Agnes ingresó en su dormitorio. “¡Oh, querida muchacha! Estás tan hermosa esta noche.”

“Gracias tía.”

Ellie terminó de poner el último alfiler en el cabello de Lydia y comenzó a colocarle el collar de perlas alrededor del cuello. “Son impresionantes, señorita,” dijo.

“De hecho lo son.” Lydia aún no le había contado a su doncella sobre su relación con los Surry. Después de esta noche, todo el mundo lo sabría, y ella estaba contenta de dejar que los acontecimientos sucedieran a su debido tiempo. Se puso los pendientes de perlas y cogió los guantes. “¿Estás lista?”

Agnes asintió. “Sí. ¡Vamos! No quiero que Lord y Lady Surry tengan que esperar a cenar por nosotras.”

Bajaron las escaleras y salieron, donde Owen ayudó a las mujeres a subir al carruaje, antes de saltar al asiento del conductor y agitar las riendas. “Sigam caminando,” dijo para que los caballos se movieran.

“¿Estás nerviosa, querida?” Preguntó Agnes.

Lydia asintió. “Lo estoy, pero mis abuelos parecen muy amables. Además, tú y Lord Hutchinson estarán a mi lado esta noche, así que no me sentiré tan sola.”

El carruaje pronto redujo la velocidad y se detuvo frente a la casa de Surry. Había un resplandor de luces en todas las ventanas de los pisos inferiores. Owen abrió la puerta del carruaje y las ayudó a bajar.

Antes que subieran las escaleras, el mayordomo abrió la puerta. “Señorita Weston, señora Kennedy, bienvenidas. Las esperan. Por favor, síganme.”

El mayordomo las condujo al salón, anunciándolas. Lord Surry estaba de pie, junto a la chimenea, y Lady Surry estaba sentada en el sofá. Cuando Lydia y Agnes entraron a la habitación, sus abuelos sonrieron.

“Mi querida Lydia, te ves tan hermosa,” dijo Lady Surry, antes de voltear hacia Agnes. “Buenas noches, señora Kennedy.”

“Gracias, abuela. Me alegra que lo apruebes. Me encantan las perlas de mi madre. Las apreciaré siempre.”

Agnes hizo una reverencia. “Buenas noches, Lady Surry, Lord Surry.”

“¿Les apetece una copa de jerez antes de cenar?” Preguntó Lord Surry.

Ambas mujeres dijeron que sí, y él se acercó al aparador para servir las bebidas. Antes que tuviera oportunidad de repartirlas, el mayordomo anunció a Lord Hutchinson.

“Buenas noches a todos,” dijo George, entrando al salón.

“Hutchinson, ¿quieres un jerez?” Preguntó Lord Surry.

George asintió, antes de ir hacia Lydia. “Buenas noches, cariño. ¡Te ves impresionante! Estoy muy orgulloso que me hayas elegido para ser tu marido,” expresó, besándole la mano.

Lydia le sonrió a su prometido. “Nunca hubo nadie más, querido. Tú también te ves bastante guapo.”

“¿Estás lista para esta noche?”

“Tan preparada como siempre, supongo...”

Lord Surry entregó los vasos. “Vamos, querida. Todos estaremos contigo. Estoy muy orgulloso de poder darte la bienvenida a la familia.”

“Gracias, abuelo. No puedes imaginar lo feliz que estoy de ser parte de tu familia.”

“Debo admitir que he recibido tantas aceptaciones para nuestro baile que será un éxito si todos asisten,” confirmó Lady Surry.

Lydia inhaló. “¡Oh, querido! Esto lo hace aún más aterrador.”

George le apretó la mano. “No te preocupes, cariño. Estaremos allí contigo.”

“Absolutamente,” afirmó Lord Surry.

Media hora más tarde, el mayordomo regresó para anunciar la cena.

“Mi querida muchacha, ¿puedo tener el honor de acompañarte a cenar?” Insistió Lord Surry.

“Gracias, abuelo. Eso sería maravilloso,” replicó Lydia, colocando las puntas de sus dedos sobre su brazo extendido.

“Lady Surry, señora Kennedy, ¿puedo acompañarlas a ambas?” Preguntó George.

Ambas mujeres lo tomaron del brazo y entraron al comedor.

Lydia se sentía como en casa con sus abuelos. Eran personas maravillosas y le encantaba escuchar historias sobre la infancia de su madre. Fue bueno saber más sobre ella, especialmente porque su padre rara vez hablaba de Joanna. Era como si ella nunca hubiera existido. Quizás esa era su manera de enterrar su dolor, pero Lydia ansiaba toda la información sobre la madre que nunca conoció.

Después de cenar, se dirigieron al salón de baile, con Lydia agarrada con fuerza al brazo de George, en busca de apoyo moral. Sus abuelos fueron al vestíbulo a recibir a sus invitados, que ya habían empezado a llegar. El salón de baile no tardó mucho en llenarse.

Su tía le dio unos golpecitos en el brazo, susurrándole: “querida, me sentaré con las matronas. No creo que sea apropiado para mí estar junto a ustedes, cuando Lord Surry haga su anuncio.”

“Tía Agnes, deberías estar conmigo. Es gracias a ti que estoy aquí.”

Agnes sacudió la cabeza. “No te preocupes por mí. Esta es tu noche para brillar. No estaré lejos si me necesitas.”

Lydia asintió y acarició la mejilla de su tía. “Gracias por todo. Te amo mucho.”

“Yo también te amo.”

“Tu tía es una mujer muy especial,” susurró George, después que Agnes se acercara a las sillas a un lado del salón de baile.

“Ella realmente lo es.”

Mientras Lydia miraba alrededor del salón de baile, preguntándose si Helena ya había llegado, no pudo evitar estremecerse, cuando vio entrar a Lady Knight y a la señorita Darvey, especialmente al observar a la señorita Darvey mirando alrededor del salón de baile. Estaba segura que la joven estaba buscando a George. “Querido, mantente en guardia, la señorita

Darvey y Lady Knight han llegado.”

George miró a su alrededor y las vio. “No te preocupes por ella. Pronto, la opinión de nadie importará excepto la tuya y la mía.”

Quería creer que todo estaría bien, pero como la señorita Darvey había perseguido tenazmente a George y a Lydia, él no tenía ninguna duda que intentaría arrinconarlo otra vez esa noche. Cuando finalmente llegaron Richard y Helena, Lydia suspiró aliviada. Sería bueno tener a sus amigos cerca de ella.

“Buenas noches, Lady Evans, Lord Evans,” dijo con una reverencia, cuando sus amigos se les acercaron.

“Señorita Weston, buenas noches,” expresó Helena. “¿Cómo te va?”

“Estoy bien, gracias, pero me alegraré cuando se hayan hecho todos los anuncios.”

“Sí estoy de acuerdo. Vi a la señorita Darvey y a Lady Knight entrar al salón de baile delante de nosotros.”

“Las vi y ya alerté a Hutchinson para que estuviera en guardia.”

“¡Bien! Necesita permanecer lo más lejos posible de ella por un poco más de tiempo,” indicó Helena.

“Ya hace mucho calor aquí. ¿Asistirán todos los miembros de la alta sociedad esta noche?” Preguntó Evans.

“Esto parece más concurrido que la mayoría de los eventos de esta temporada,” resaltó Helena.

“¿Querrían, señoras, una limonada?” Preguntó George.

Ambas mujeres asintieron. Richard y George se dirigieron a la mesa de refrigerios.

“No mires a tu derecha, Helena,” susurró Lydia. “La señorita Darvey y su madre están caminando por el salón. No tengo ninguna duda que la señorita Darvey intentará acorralar a Hutchinson,” dijo Lydia.

Tan pronto como expresó su preocupación, la joven se dirigió directamente a la mesa de refrigerios.

Helena asintió. “¡Oh! Ya veo lo que quieres decir, pero no debes preocuparte, Evans no se apartará del lado de Hutchinson.”

“¿Cómo te va esta noche? ¿Listo para los chismes que se extenderán por la alta sociedad, antes que termine la noche?” Preguntó Evans.

George asintió. “Todo estará bien tan pronto como Surry haga su anuncio. No dejaré el lado de Lydia en toda la noche.”

“¿Tu madre asistirá esta noche?”

George negó con la cabeza. “No... Salió de Londres hacia el campo.”

“¿Qué? ¿Cuándo pasó eso?”

“Hace dos días. Ya estaba harto de su lengua venenosa. Cuando se negó a dar su palabra de ser cordial con Lydia y amenazó con menospreciarla ante sus amigas, la envié a vivir a la casa de la viuda.”

“¿La casa de la viuda? ¿No en la mansión? Apuesto a que ella no estaba contenta con eso.”

“No... ella no lo está. Si cambia sus costumbres, pensaré en dejarla regresar a Londres, en algún momento. Mientras tanto, planeo disfrutar de la tranquilidad.”

“Lord Hutchinson, qué placer verlo esta noche,” expresó una voz femenina, interrumpiendo su conversación.

George se encogió interiormente. Lydia le había advertido que esperara que la señorita Darvey se acercara a él, pero él estaba concentrado, charlando con su amigo, y no la vio acercarse a la mesa. “Señorita Darvey,” dijo asintiendo.

“Espero que sea tan amable de firmar mi tarjeta de baile esta noche,” señaló, tendiéndole la tarjeta.

Pero antes que George tuviera la oportunidad de rechazar su solicitud, sus anfitriones entraron al salón de baile y Lord Surry le indicó a la orquesta que dejara de tocar.

“Disculpe, señorita Darvey,” manifestó, dando la vuelta para reunirse con Lydia.

“Pero no la firmaste...”

Ignorando a la joven, George continuó caminando de regreso con Lydia y Helena. Después de un momento, Evans lo alcanzó.

“¡Oh, muchacho! Si las miradas mataran, tú, amigo mío, estarías muerto en el acto. A la señorita Darvey no le gustó que la rechazaras otra vez,” aclaró Richard.

“Descubrí que ya no me importa mucho lo que piensen los demás,” dijo, mientras se acercaba a Lydia. “Lo único que me importa es esta encantadora mujer aquí.”

Lydia lo miró con ojos de adoración. “Gracias, querido.”

Lord Surry y Lady Surry subieron al frente de la plataforma de la orquesta. “¿Podría tener su atención, por favor?” Lord Surry se dirigió a los asistentes. “Tengo que hacer un anuncio muy especial, antes que comience el baile.”

Se hizo el silencio en la sala, mientras todos esperaban para ver qué era tan importante para que el anfitrión interrumpiera el comienzo del baile.

“Como muchos de ustedes saben, perdimos a nuestra única hija hace muchos años. Fue un golpe devastador y la hemos extrañado todos los días desde que se fue. Sin embargo, recientemente nos alegró mucho saber que tenemos una nieta. Estamos encantados y hemos pasado la semana más maravillosa imaginable conociéndola.”

Hubo una oleada de conversaciones en murmullos, mientras que la gente especulaba sobre quién podría ser esta joven. George había sido consciente que la señorita Darvey se abría paso entre la multitud hacia su lado con su madre, corriendo tras ella, junto con sus parásitos, la señorita Burton y la señorita Adams. Mantuvo sus ojos en Lord Surry, tratando de ignorarlas.

“Me pregunto quién puede ser esta misteriosa joven.” La señorita Darvey inquirió. “Lord Hutchinson, ¿puede arrojar alguna luz sobre esta situación?”

George dio la vuelta y la miró. “Supongo que tendrás que esperar, como todos los demás, hasta que Lord Surry termine de hablar.” Vio a la señorita Darvey hacer pucheros ante su respuesta, pero estaba demasiado entusiasmado con ese anuncio, como para importarle lo que pensara la joven.

“Susannah, silencio,” susurró Lady Knight. “Quiero escuchar lo que dice Lord Surry.”

“Mamá, simplemente le estaba pidiendo su opinión a Lord Hutchinson.”

“Ahora no, Susannah.”

Cuando la multitud se calmó una vez más, Lord Surry continuó. “Como dije, Lady Surry y yo estamos encantados de darle la bienvenida a nuestra nieta a la familia. Mi querida señorita Weston, ¿nos hace el honor de acompañarnos?” Preguntó, tendiéndole la mano.

Un grito ahogado recorrió el salón de baile y todas las miradas se dirigieron a Lydia. Entonces comenzaron los susurros.

¿La hija de un comerciante? ¿La nieta del vizconde?

¿Quién lo hubiera adivinado?

La boca de la señorita Darvey se abrió en estado de shock, mientras miraba a Lydia. “¿Ella

es la nieta?”

Lydia le sonrió, antes de caminar hacia la plataforma, y tomar la mano extendida de Lord Surry para que la ayudara a subir.

“Mi querida muchacha, estamos muy felices que estés aquí con nosotros,” dijo Lady Surry, acariciándose la mejilla.

“Gracias, Lady Surry. ¡Estoy encantada de ser parte de su familia!” Exclamó Lydia, mientras miraba a la multitud.

Había ceños fruncidos y caras de perplejidad, pero la mayoría de la gente en el salón de baile entendió el significado del anuncio de Lord Surry. Lydia ya no era la hija de un simple comerciante. Con el reconocimiento de Lord Surry hacia ella, su estatus dentro de la alta sociedad se elevó, aunque algunas de las matronas mayores sin duda nunca la aceptarían, y continuarían rehuyéndola en los eventos de la sociedad.

“Hay un anuncio más que hacer esta noche,” expresó Lord Surry. “Lord Hutchinson, ¿le importaría acompañarnos?”

“Absolutamente,” ratificó George, caminando hacia la plataforma. Se inclinó ante Lord y Lady Surry, antes de tomar la mano de Lydia. “Esta noche también es muy feliz para mí porque tengo un anuncio especial que hacer. Le pedí a la señorita Weston que fuera mi esposa y ella aceptó.”

Un fuerte chillido surgió entre la multitud. “¡Noooooooooooooooooo! ¡Él me pertenece!”

Todas las miradas se volvieron hacia la señorita Darvey, que se había desplomado en el suelo, sollozando. La señorita Burton y la señorita Adams se habían alejado instantáneamente del espectáculo que estaba montando, y Lady Knight estaba tratando de poner a su hija en pie y parecía estar susurrándole furiosamente. Finalmente, Lady Knight puso a su hija en pie. “Perdona a mi hija, Lord Surry. Esta noche no se siente bien,” lo dijo, antes de arrastrar a la señorita Darvey fuera del salón de baile.

En el alboroto que siguió, Lord Surry bajó a su esposa de la plataforma e indicó a la orquesta que comenzara un vals. George ayudó a Lydia a bajar para encontrarse con la avalancha de simpatizantes, que acudían en masa para desearles felicidad. Algunos de ellos solo se acercaban para echar un buen vistazo a la hija del comerciante, que de repente se había elevado a tales alturas, y George no tenía ninguna duda que los chismosos estarían ocupados esa noche.

Casi todos se acercaron a George y Lydia para desearles felicidad. Los chismosos se divertirían con todo lo que había sucedido esa noche, especialmente por el arrebató emocional de la señorita Darvey. El corazón de George estaba lleno de felicidad. El amor de su vida había consentido en casarse con él, y con su ascenso como nieta de Lord Surry, muchos miembros de la alta sociedad parecían dispuestos a darle la bienvenida a sus filas. Por supuesto, no les dolía que tuvieran amigos poderosos. Nadie quería insultar a un duque, a un marqués o a un conde, héroe de guerra, haciendo comentarios despectivos sobre Lydia.

Lord y Lady Surry bajaron de la plataforma y él indicó a la orquesta que comenzara a tocar un vals. George y Lydia también descendieron.

“Querida, ¿me honrarías con este baile?” Preguntó George.

Lydia asintió. “Si nos disculpan, Lord y Lady Surry, mi prometido desea bailar esta noche.”

Lord Surry se rió entre dientes. “Claro que sí, cariño. Esta es tu noche. Diviértete.”

George la acompañó hasta la pista de baile y la abrazó. “¿Estás bien, cariño?”

“Estoy muy feliz, pero lo siento por la señorita Darvey. Nuestro anuncio de compromiso debe haber sido un gran shock para ella.”

“Como fue para todos esta noche. ¡Amo tu generoso corazón! Pero, no te preocupes mucho

por la señorita Darvey. Estoy seguro que puede recobrar su ingenio en poco tiempo, aunque sospecho que su reputación tardará bastante más en recuperarse por el espectáculo que dio de sí misma,” dijo.

“Estoy de acuerdo. El escándalo que ha causado no desaparecerá pronto.”

“Probablemente, tengas razón, pero lo único que me importa es bailar toda la noche con mi prometida,” confirmó George, haciéndola girar por la pista de baile.

Capítulo dieciocho

Al día siguiente, los periódicos de la mañana se llenaron de chismes sobre el baile de Surry. El estallido de la señorita Darvey había eclipsado al anuncio de Lord Surry sobre la búsqueda de su nieta perdida hacía mucho tiempo. Lydia estaba leyendo lo último en el comedor, cuando entró Agnes.

“Buenos días, querida. Espero que hayas dormido bien.”

“En efecto lo hice.”

“¿Qué dicen los chismosos sobre el anuncio de Lord Surry?”

“En realidad, la mayoría de los chismes giran en torno al comportamiento de la señorita Darvey. Su arrebató parece haber sido de lo más interesante para los chismosos,” dijo Lydia, tendiéndole un periódico.

“¡Oh! Querida, me temo que eso no desaparecerá pronto. Sinceramente, dudo que ella pueda conseguir un pretendiente esta temporada.”

“Tal vez... A los caballeros no les gusta verse envueltos en un escándalo, especialmente uno con una mujer histérica, como describe este artículo a la señorita Darvey. Lady Knight debe estar mortificada por el comportamiento de su hija.”

Agnes se sentó y el lacayo le sirvió una taza de té. “Gracias.”

“¿Le preparo un plato?” Preguntó el lacayo.

Ella sacudió su cabeza. “No. Esta mañana solo tomaré té y tostadas.”

“Hay un pequeño artículo sobre el anuncio de Lord Surry, y debajo, la mención de George sobre nuestro compromiso.”

“¡Oh! Ya veo lo que quieres decir,” expresó Agnes, mientras leía los artículos más destacados. “Casi todas las historias hablan de la señorita Darvey. Esperemos que recupere su salud en poco tiempo.”

“Yo también,” manifestó Lydia.

“Después del desayuno, creo que es conveniente ir a ver a la señora Dumont. Quiero hablar con ella acerca de agregar una capa de encaje a tu vestido de novia,” dijo Agnes.

“¿En serio? ¿No será demasiado?”

“No, creo que no... ¡Vas a ser la marquesa de Hutchinson! Y debes lucir ese rol... Todos los ojos de la alta sociedad te estarán observando el día de tu boda.”

“¡Oh! Querida, no había pensado en eso. Esperaba una ceremonia pequeña e íntima, no una gran boda de sociedad en St. George.”

“¿Informaste a Lord Hutchinson de tus deseos?”

Lydia negó con la cabeza. “No... Cuando dijo que informaría al vicario sobre la lectura de las amonestaciones, supuse que elegiría nuestra parroquia local en lugar de la suya.”

“Lord Hutchinson está orgulloso de llamarte su prometida, deja que se salga con la suya en esto.”

“Por supuesto. Lo único que me importa es casarme con el hombre que amo. Puedo tolerar cualquier cosa con él a mi lado.”

Cuando terminaron de comer, Lydia y Agnes fueron a ver a la modista. Dumont se acercó a saludarlas, cuando entraron a la tienda. “Señorita Weston, leí sobre sus maravillosas noticias y le deseo felicidad. Será un honor para mí vestir a la marquesa de Hutchinson.”

“Gracias, señora Dumont. Lord Hutchinson y yo estamos encantados. La boda será dentro

de tres semanas. ¿Es tiempo suficiente para terminar el vestido que encargamos?”

“Absolutamente. No será un problema, pondré a mis mejores chicas en ello.”

“Señora Dumont, creo que una superposición de encaje complementará el vestido,” dijo Agnes. “¿Qué opinas?”

“¡Oh! Tengo el encaje belga perfecto. Un momento mientras lo busco.”

Mientras esperaban que regresara la modista, varias señoras entraron a la tienda. Lydia se armó de valor para enfrentar sus comentarios despectivos, pero para su sorpresa, las tres le desearon felicidad en su compromiso. Ser nieta de un vizconde ciertamente había marcado una diferencia en cómo la veía la sociedad.

“Aquí está,” dijo la señora Dumont. “¿No es hermoso?”

Lydia recogió el delicado encaje. “Señora Dumont, es impresionante. Gracias por recomendarlo.”

“Haré que mis hijas empiecen a agregar esto al vestido de inmediato.”

“¿Tendrías tiempo para hacerle un vestido nuevo a mi tía?” Preguntó Lydia.

“Sí, creo que podemos arreglárnoslas. Déjame mostrarte algunos diseños de moda que creo que funcionarían mejor para ella.”

“Lydia, eso no es necesario,” susurró Agnes, mientras miraban las placas de moda.

“¡Sí, lo es! Has sido fundamental para lograr mi felicidad y mereces un vestido nuevo que me ayude a celebrar.”

Cuando las dos mujeres regresaron a la casa de Weston, descubrieron que Lord Hutchinson se estaba reuniendo con el señor Weston para firmar los contratos matrimoniales.

George exhaló un suspiro de alivio, cuando el señor Weston terminó de firmar los contratos. ¡Ya estaba hecho! En tres semanas se casaría con el amor de su vida. Añadió su firma a los documentos. “Gracias, señor Weston. Me gustaría llevar a la señorita Weston a ver Hutchinson House para que pueda decidir qué renovaciones le gustaría hacer. Con su permiso, por supuesto.”

“Espero que actúes como un caballero, Hutchinson.”

“Por supuesto. Buenos días, señor Weston.”

Cogió su copia de los contratos matrimoniales y fue en busca de Lydia, encontrándola en el salón con su tía. “Querida, ya se firmaron los contratos matrimoniales y pensé que te gustaría hacer un recorrido por Hutchinson House.”

Lydia se levantó de un salto y lo abrazó. “Eso sería maravilloso. Me encantaría ver la casa.” Volteó hacia Agnes. “¿Te importaría venir con nosotros?”

Agnes sacudió la cabeza. “No... Sigan adelante. La veré en otra ocasión.”

“Solo espérame un momento, cariño, mientras consigo mi gorro y mis guantes,” le dijo Lydia a George.

“Tómate tu tiempo. No voy a ir a ninguna otra parte,” aclaró, mientras Lydia salía corriendo de la habitación. “Señora Kennedy, ¿cómo le va hoy?”

“Estoy bien, Lord Hutchinson. Gracias por preguntar.”

“Quería extenderte una invitación para que nos visites cuando quieras. Si no fuera por tu valentía al escribir esa carta a Lord Surry, creo que a mi prometida le habría resultado mucho más difícil desenvolverse en la alta sociedad.”

“No podía dejar que tú y mi sobrina sufrieran más. Merecen estar juntos.”

“No sé cómo agradecerle.”

“La forma de agradecerme es cuidar de Lydia. Verla feliz es todo lo que necesito.”

“Señora Kennedy... ¡Usted es una mujer extraordinaria!”

“Estoy de acuerdo,” dijo Lydia, caminando de regreso al salón. “¿Nos vamos, querido?”

George extendió el brazo y salieron, donde un mozo de cuadra sujetaba los caballos. Él la ayudó a subirse al carruaje, se sentó junto a ella y tomó las riendas. “Espero que no te importe viajar en el carruaje hoy. El vehículo familiar aún no ha regresado del campo.”

“¿Oh? ¿Por qué está en el campo?”

“Porque envié a mi madre a vivir en la casa de la viuda.”

Lydia jadeó. “¿Hiciste qué? ¡Oh! George, ¿eso era necesario? Esperaba conocerla pronto.”

Sacudió la cabeza. “Eso no iba a ser posible, cariño. Mi madre amenazó con manchar tu buen nombre, ante cualquiera que quisiera escucharla. Aunque no ha estado activa en la sociedad desde los funerales, todavía tiene influencia sobre bastantes miembros de la alta sociedad, y yo no iba a tolerar ese tipo de comportamiento extravagante.”

“¿Crees que ella realmente habría hecho eso?”

“Sí. Ella se opone a nuestro matrimonio y, sinceramente, no creo que sus puntos de vista cambien pronto.”

“Lo veo. Eso es lamentable. Tenía muchas ganas de conocerla.”

“Mi madre es difícil. Nunca lo he hecho bien, ante sus ojos, y ya no me importa seguir intentándolo.”

“Lamento oír hablar de tu tensa relación con ella.”

“No debes preocuparte por eso. Tendremos Hutchinson House para nosotros solos y, en nuestro recorrido, quiero que pienses en lo que quieres en tu casa. Tendrás rienda suelta para remodelar y redecorar todo lo que quieras. Tu dote nos ayudará con algunas reparaciones muy necesarias en las cabañas de los arrendatarios, y hay algunas facturas pendientes que deben pagarse, pero después de eso, puedes hacer lo que quieras.”

“Gracias... Prometo ser frugal en mis sugerencias para la redecoración.”

“Eres una joya, cariño. Gracias por ser tan comprensiva,” dijo, apretando su mano.

“Por supuesto. Los arrendatarios son lo más importante, y no me gustaría pensar que no se les paga a los comerciantes.”

“Estoy de acuerdo y pagaré las facturas pendientes tan pronto como se deposite el dinero en mi cuenta.”

George se detuvo frente a Hutchinson House, donde un mozo de cuadra salió corriendo para sujetar los caballos. Él saltó, antes de ayudar a Lydia a bajar.

“George... ¡La casa es muy bonita!” Lo dijo mirando el edificio de tres plantas con fachada de piedra.

“Ven y veamos qué piensas del interior.”

Peters abrió la puerta. “Bienvenido de nuevo, Lord Hutchinson.”

“Peters, me gustaría presentarle a la nueva señora, la señorita Weston.”

“Buenos días, señorita Weston. El personal y yo estamos muy contentos que se una a la familia.”

“Gracias, Peters,” replicó Lydia.

Una mujer mayor entró corriendo en el vestíbulo. “Mi señor, le pido disculpas por no saludarlo cuando entró a la casa,” expresó.

“Señora Grady, ella es la señorita Weston, la nueva señora,” dijo George.

La señora Grady hizo una reverencia. “Estoy muy feliz de conocerla, señorita Weston. ¿Le gustaría dar una vuelta por la casa?”

“Sí, eso sería encantador,” respondió Lydia.

Después de recorrer las salas públicas, George tomó el relevo y le mostró a Lydia los dormitorios. “Esta es tu suite de habitaciones, querida.”

Lydia entró en el dormitorio de la marquesa. “¡Oh! Es bastante triste,” dijo, mirando alrededor de la habitación. Había pesadas cortinas granates corridas sobre las ventanas, envolviendo el dormitorio en oscuridad. Fue y corrió las cortinas, dejando entrar la luz que tanto necesitaba. “Eso está mejor.” Había una cama grande, un armario y un escritorio de madera oscura. “¿Te importaría si pintáramos los muebles de un color más claro y, tal vez, refrescáramos las paredes? Prefiero un dormitorio más luminoso.”

“Puedes hacer lo que quieras con la habitación. Quiero que te sientas cómoda aquí. A través de esa puerta hay una sala de estar compartida y mi dormitorio está al otro lado. ¿Te lo muestro?”

Lydia asintió y siguió a George a través de la sala de estar contigua hasta su dormitorio. “¡Qué habitación tan bonita!”

“¿La apruebas?”

“Sí... Aunque esto te conviene.”

“Espero que te convenga también, ya que espero que compartamos cama por la noche.”

Un sonrojo se apoderó del rostro de Lydia. “Quizás me sentiría más cómoda, aquí en tu habitación, si me besaras.”

“Con mucho gusto, querida,” expresó George, devorando la boca de ella. Pero, no podía tener suficiente, a pesar que ella sabía tan dulce. Cuando ella gimió, él profundizó el beso. Siguió y siguió, antes de que él diera un paso atrás. “Me temo que debemos detenernos, querida, si no queremos anticipar nuestros votos.”

“¿Sería eso algo tan malo?” Preguntó con una sonrisa descarada.

“¡Mujer imprudente! Me temo que si te meto en mi cama, no nos iremos en mucho tiempo. Tu padre definitivamente no lo aprobaría.”

“Supongo que tienes razón. ¿Qué tal un beso más antes de irnos?”

“Será un placer.”

Capítulo diecinueve

Lydia estaba sumamente complacida. Las últimas dos semanas y media habían pasado volando en un frenesí de actividad. Permanecía abrumadoramente feliz por el giro inesperado de los acontecimientos. Tarareó una melodía animada, mientras bajaba las escaleras. En dos días se casaría con el hombre de sus sueños. Había sido una tortura, cada vez que le decía buenas noches, durante los últimos quince días. No quería separarse de él y una parte de ella deseaba haberle permitido a George obtener la licencia especial, que le había sugerido, cuando se comprometieron. Sin embargo, ella no habría tenido el placer de asistir a tantos eventos de la sociedad, como su prometido. Al principio, había estado nerviosa, pero la mayoría de las personas de la alta sociedad la habían tratado con respeto, como era debido, a la futura marquesa de Hutchinson. Aunque sabía que siempre habría algunos miembros de la sociedad, que no tolerarían su presencia, y ella aceptaba esta situación.

Cuando entró al comedor, se sorprendió al encontrar a su padre sentado a la mesa. “Buenos días, papá.”

Thomas levantó la vista del periódico matutino. “¿Has repasado los libros de contabilidad? Espero que todo esté en orden antes que salgas de esta casa.”

Lydia no debería haberse sorprendido por la brusquedad de su padre. Si hubiera esperado que él se ablandara con ella, ahora que dejaba su casa, se habría equivocado lamentablemente. Su padre nunca la amaría y tenía que dejar de albergar esperanzas que sus sentimientos hacia ella cambiaran alguna vez. “Por supuesto, papá. Solo necesito comprobar las entradas de la semana pasada y los libros de contabilidad deberían estar actualizados. ¿Descubriste por qué hubo una discrepancia en la entrada de algodón del mes pasado?”

“Un supervisor demasiado entusiasta, que simplemente adivinó una cantidad, en lugar de realizar un recuento apropiado y una inspección. Ya no trabaja para mí. No tolero la pereza.”

“¿En serio? Quizás fue un error honesto.”

Thomas la fulminó con la mirada. “¿Te atreves a interrogarme?”

Lydia negó con la cabeza. “No, claro que no. Estoy seguro que tú lo sabes mejor.”

“Y no lo olvides. Cómo administro mi negocio no es de tu incumbencia. Pronto saldrás de esta casa y retozarás con todos tus amigos elegantes.”

Lydia podía oír la amargura en la voz de su padre, pero no podía hacer nada al respecto. Dependía de él, y solo de él, decidir si aceptará o no sus relaciones. Nada de lo que ella pudiera decir influiría en él. Thomas Weston era un hombre testarudo, y después de haber ocultado su relación con Lord Surry durante diecinueve años, ella dudaba sinceramente que él alguna vez fuera parte de su vida, después de su matrimonio. Le dolía pensar que él podía ser tan cruel como para sacarla por completo de su vida, pero debía esperar eso. Básicamente, lo había hecho durante los primeros catorce años de su vida. Solo cuando ella le resultó útil, con su destreza por los números, él le prestó cierta atención.

Lydia desayunó y bebió su té en silencio. No le haría ningún bien enfadarse aún más con su padre. Cuando terminó, preguntó: “¿Quieres que revise los libros esta mañana?”

“Mañana será mejor. Hay entradas que deben agregarse hoy.”

Ella quería gemir. Mañana sería muy inconveniente para ella. ¿Había elegido ese día a propósito? ¿Sabía que ella tenía su prueba final con la modista? Probablemente no, pero de todos modos, a él no le habría importado eso. Cuando quería algo, no había forma de convencerlo de

nada más. Compromiso no era una palabra con la que Thomas Weston estuviera familiarizado. “Por supuesto, papá. Déjame saber cuándo será un buen momento y estaré disponible.”

Thomas simplemente gruñó, cuando ella se levantó de la mesa y subió las escaleras en busca de su tía. Llamó a la puerta del dormitorio de ella.

“¡Entra!”

“Buenos días, tía Agnes. ¿Cómo estás hoy?”

Agnes estaba sentada en la silla, junto a la chimenea, con una manta envuelta alrededor de sus piernas, disfrutando de su té y tostadas. “¿Estoy bien y tú?”

“Tengo un pequeño problema y espero que puedas ayudarme.”

“Por supuesto, cariño. ¿Qué necesitas?”

“Papá quiere que revise los libros de contabilidad, una vez más antes de irme.”

“Supongo que quiere asegurarse que todo esté en orden.”

“Sí... Yo quería hacerlo hoy, pero, dijo que mañana sería mejor para él.”

“¿Mañana? Nos esperan en la modista para tu prueba final.”

“Sí, y como no sé a qué hora me querrá papá, me preguntaba, si podríamos ir a ver a la señora Dumont hoy.”

“Sí, claro. No veo por qué no. ¿Vamos a las once?”

Lydia exhaló un suspiro de alivio. “Eso es perfecto. Gracias, tía Agnes.”

“Mi querida muchacha, no es necesario que me lo agradezcas. Siempre estoy aquí para ayudarte, si puedo. Le enviaré una nota a la señora Dumont para informarle sobre el cambio de planes.”

Golpeó la mejilla de su tía. “¡Gracias! Te veré más tarde.”

Fiel a su palabra, su tía bajó a las once y fueron a ver a la señora Dumont.

“No puedo esperar a ver mi vestido,” dijo Lydia.

“Estoy segura que será hermoso, pero no tanto como la joven que lo lleva,” destacó Agnes, dándole palmaditas en la mano.

“Te extrañaré muchísimo, tía Agnes.”

“Yo también te extrañaré, querida.”

“¿Prometes visitarnos?”

“De hecho, lo haré.”

El carruaje se detuvo frente a la tienda y Owen ayudó a las mujeres a bajar. La tienda de la modista estaba bastante ocupada, y pasaron unos momentos, antes que la señora Dumont estuviera disponible.

“Buenos días, señorita Weston, señora Kennedy.”

“Señora Dumont, le pido disculpas por haber venido un día antes para mi prueba final, pero ha surgido algo y no podré verla mañana.”

“No es ninguna molestia. El vestido de la señora Kennedy está listo y el suyo casi terminado. Por favor, síganme,” dijo la modista, caminando hacia el área con cortinas de la tienda.

“Estoy tan emocionada,” le susurró Lydia a su tía, mientras seguían a la señora Dumont.

Las mujeres fueron conducidas a un gran camerino. “Déjame conseguir los vestidos. Solo tardaré un momento,” indicó la señora Dumont.

Una asistente entró en la habitación y ayudó a Lydia a quitarse el vestido de muselina.

“Aquí estamos, señorita Weston,” expresó la señora Dumont, regresando con los vestidos. “Debo decir que este es mi vestido favorito de los que he diseñado.”

Los ojos de Lydia se abrieron cuando vio el hermoso vestido lavanda con la delicada capa

de encaje belga sobre el brazo de la señora Dumont. “¡Oh! Es realmente impresionante.”

La doncella ayudó a Lydia a ponerse el vestido, mientras la señora Dumont la miraba con ojo crítico. “Unos cuantos ajustes más y quedará perfecto,” dijo, sujetando y doblando el corpiño.

“Mi querida muchacha, ¡te ves tan hermosa!” Exclamó Agnes con lágrimas en los ojos. “No puedo creer lo mayor que eres. Todavía recuerdo el día que vine a vivir contigo. Eras simplemente una niña pequeña y ahora eres una mujer adulta a punto de casarte.”

“Sin lágrimas, tía. Este es un día feliz.”

“Estas son lágrimas de felicidad.”

“Señora Kennedy, ¿le gustaría probarte el vestido?” Preguntó la señora Dumont.

Agnes asintió y la doncella la ayudó a ponerse el vestido de satén azul claro. “Señora Dumont, ¡ciertamente, te has superado!”

La modista sonrió. “Me alegra que ambas estén contentas con sus vestidos. Haré que mis hijas hagan los ajustes necesarios y los vestidos se entregarán mañana por la mañana. ¿Te quedará bien?”

“Eso será perfecto. Gracias, señora Dumont,” contestó Lydia.

La criada ayudó a ambas mujeres a vestirse y pronto estuvieron en el carruaje rumbo a casa. “Esto requiere una celebración. ¿Te importaría ir a Gunter?” Preguntó Agnes.

“¡Eso sería maravilloso!” Resaltó Lydia. Golpeó el techo y le transmitió el nuevo destino a Owen.

“Muy bien, señorita Weston,” replicó Owen.

Cuando llegaron a Gunter, optaron por entrar al establecimiento. Acababan de tomar asiento, cuando entraron la señorita Adams y la señorita Burton.

Cuando Lydia las vio, se le hizo un nudo en el estómago, mientras se preguntaba qué tipo de recepción recibiría hoy.

Tan pronto como la vieron, las dos jóvenes se acercaron a su mesa. “Buenos días, señorita Weston, señora Kennedy.”

“Señorita Adams, señorita Burton, encantada de verlas de nuevo,” expresó Lydia. Las había visto en un par de eventos importantes en los últimos quince días, pero se las había ingeniado para evitarlas, sin saber si la culpaban por la angustia de su amiga. Ahora no había forma de evadirlas, y esperó sus comentarios sarcásticos. Para su sorpresa, fueron muy amables y le preguntaron sobre los planes de la boda.

“Suenan encantador,” dijo la señorita Burton.

“Estoy de acuerdo,” confirmó la señorita Adams.

Después de conversar unos minutos más, se fueron para asegurar su propia mesa.

“Bueno, eso fue sorprendente,” concluyó Lydia, “esperaba lo peor.”

“Esas dos saben que pronto las superarás en posición social, y les corresponde mostrar el debido respeto a la futura marquesa de Hutchinson.”

“Me pregunto dónde estará la señorita Darvey.”

“Escuché que Lady Knight la sacó de Londres el día después del baile de Surry. Sin duda, piensa que si ella está lejos de la ciudad, eso ayudará a calmar el escándalo que provocó su hija.”

“¿En serio? No lo sabía. Me preguntaba por qué no la había visto por la ciudad... Espera... ¿cómo sabes que se fue de Londres?”

Agnes se rió entre dientes. “Mi querida muchacha, si quieres saber qué está pasando con la alta sociedad, todo lo que tienes que hacer es preguntarle a los sirvientes. Lo saben todo.”

Lydia sonrió. “Lo tendré en cuenta.”

Cuando regresaron a casa, era casi la hora del té y Lord Hutchinson llegaría en cualquier momento.

“Bajaré en un momento,” dijo Lydia, dirigiéndose hacia las escaleras. “¿Quieres que te guarde el gorro y los guantes también?”

Agnes asintió. “Gracias,” dijo, entregándoselos.

Una vez en su dormitorio, Lydia se echó agua fría en la cara y se la secó con palmaditas. Se arregló un par de horquillas sueltas, antes de comprobar su apariencia en el espejo, por última vez. Ya era el momento de saludar a su prometido.

George acababa de llegar y le estaba entregando su sombrero y su bastón a Prescott, cuando ella bajó las escaleras.

“Hola, cariño,” ella manifestó.

Él caminó hacia ella y la besó en la mejilla. “Dos días más y no me limitaré a simplemente besarte la mejilla,” susurró.

Lydia sintió que el rubor subía por su rostro. Estaba deseando estar finalmente con el amor de su vida. “Lo sé. Todo es muy emocionante, ¿no?”

“De hecho lo es,” dijo, extendiendo el brazo y acompañándola al salón. “Buenas tardes, señora Kennedy.”

“Lord Hutchinson, es un placer verlo de nuevo. Por favor, siéntese. Acaba de llegar la bandeja del té,” señaló Agnes.

“Nada de esas cosas de ‘lord’. Pronto, seremos familia, debes llamarme George.”

“Eso sería maravilloso... soy Agnes.”

Lydia sirvió el té y se preguntó por un momento si su padre vendría. Había una taza de té extra en la bandeja, pero como de costumbre, Thomas no estaba a la vista.

“¿Cómo estuvo tu día, cariño?” Preguntó George.

“¡Ocupada y nunca adivinarás a quiénes vimos en Gunter!”

“¿Quiénes?”

“La señorita Adams y la señorita Burton. Tuvimos una agradable charla.”

“¿Cierto? ¿Estaba la señorita Darvey con ellos?”

“Lady Knight se la ha llevado al campo,” aclaró Agnes.

“¡Ah, por supuesto! Probablemente, eso sea lo mejor. No me sorprende que esas dos fueran cordiales contigo, saben que es mejor ser amigas de una futura marquesa que enemigas.”

“Tal vez. En cualquier caso, fueron bastante amigables. Quizás las invite a tomar el té después de casarnos.”

“Puedes invitar a quien quieras, aunque no creo que estés mucho tiempo sin compañía. Estoy seguro que muchos en la sociedad clamarán por tu favor,” él dijo.

“No lo sé, pero no me importaría cultivar una amistad con la señorita Adams y la señorita Burton.”

“Me gusta tu espíritu generoso, querida. ¿Quieres dar una vuelta, en el carruaje, por Hyde Park después del té?” Preguntó George.

“Sí. ¡Eso sería encantador! Tía, ¿te importaría venir con nosotros?”

“No... Creo que descansaré, antes de cenar. Ha sido un gran día hasta ahora. Ustedes dos disfruten el viaje.”

Lydia asintió. Hablaron durante otra media hora, antes que ella se levantara. “Será solo por un momento. Necesito mi gorro y mis guantes.”

“Subiré contigo,” dijo Agnes. “Buenos días, George.”

“Buenos días, Agnes.”

Las dos mujeres subieron las escaleras y, cuando llegaron al dormitorio de Agnes, Lydia preguntó: “¿estás segura de que no te gustaría ir a montar con nosotros?”

“Hoy no, querida. Estoy bastante cansada.”

“Entiendo... Últimamente, tú has sido un torbellino de actividades. Descansa ahora y te veré más tarde.” Lydia entró en su dormitorio para recuperar su gorro y sus guantes. “Ellie, ¿estás aquí?”

La criada asomó la cabeza fuera del camerino. “Sí, ¿necesita algo, señorita?”

“¡Sí! Lord Hutchinson me llevará a dar una vuelta en Hyde Park.”

“Déjeme recoger su gorro y sus guantes. Solo tardaré un momento.”

Cuando se ataron las cintas de los sombreros, ellas bajaron las escaleras. George estaba esperándola en el vestíbulo.

“¿Están listas?” Preguntó.

“Absolutamente,” respondió Lydia, tomando el brazo de su amado.

El sol brillaba en un perfecto día de mayo y disfrutaron de un delicioso paseo por el parque. Muchos de la alta sociedad se detuvieron para charlar y desearles felicidad.

“Estoy muy contento con la forma en que la gente te ha tratado, querida. Mereces respeto por la maravillosa persona que eres.”

“Estoy bastante sorprendida y contenta con la reacción de la alta sociedad. Fue algo que nunca soñé que sucedería.”

“Espero hacer realidad todos tus sueños, querida,” destacó George, apretando su mano.

“¿Te he dicho cuánto te adoro?” Preguntó Lydia.

“No en los últimos cinco minutos,” afirmó George con una sonrisa.

Capítulo veinte

Lydia abrió los ojos y vio la luz del sol que entraba por las ventanas de su dormitorio. Estiró los brazos sobre la cabeza y arqueó la espalda como un gato contento. Finalmente, ella estaba allí. ¡Hoy era el día de su boda! Estaba impaciente por caminar hacia el altar y casarse con el hombre de sus sueños. Lord Surry debía recogerla esta mañana y llevarla a la iglesia. Como su padre se negó a acompañarla hasta el altar e incluso asistir a la ceremonia, Lord Surry se ofreció a acompañarla y ella aceptó con gusto. Conocer a sus abuelos, durante estas últimas semanas, había sido un sueño hecho realidad. Eran amables y generosos, y ella disfrutaba inmensamente de su compañía. Además, se habían ofrecido a organizar el desayuno de bodas, en su casa, después de la ceremonia. Su abuela estaba encantada de poder organizar la celebración.

Hubo un golpe rápido en la puerta, antes que Ellie entrara. “Buenos días, señorita. Es tu gran día. ¿Estás emocionada?”

“¡Oh, Ellie! No puedo creer cómo ha cambiado mi vida este último mes. Confieso que estoy un poco nerviosa por el servicio religioso, especialmente con tanta gente que asistirá.”

“No les hagas caso. Deslumbrarás a todos con tu gracia y belleza.”

“Gracias, Ellie. Es muy amable de tu parte decirlo.”

“Solo digo la verdad,” expuso la criada, mientras ponía una bandeja con té y tostadas sobre el regazo de Lydia. “Disfruta de tu té, mientras yo me encargo del agua caliente para tu baño.”

“Gracias. No sé qué haría sin ti y me alegra mucho que vengas conmigo a Hutchinson House.”

“Yo también,” dijo Ellie, saliendo de la habitación.

Al cabo de una hora, Lydia estaba sumergida en agua humeante y pudo sentir que sus músculos se relajaban.

Ellie la ayudó a lavarse y le entregó un paño para secar, cuando salió de la bañera. “¿Por qué no te sientas junto al fuego para que tu cabello se seque más rápido?”

Lydia asintió, se puso una bata y se sentó junto al fuego.

Ellie pronto se le acercó y comenzó a cepillarle el cabello. “¿Quieres una combinación de trenzas y rizos hoy?”

“Sí. ¡Eso sería encantador!”

Entonces, Ellie se ocupó de diseñar un peinado complejo para el día de su boda. Cuando terminó, Lydia apenas pudo contener su emoción. “Ellie, ¡eres una maravilla! Muchas gracias.”

“El placer es mío. Ahora, ¿le coloco ese hermoso vestido?”

Lydia asintió y Ellie la ayudó a ponerse el vestido. Era el más hermoso que había visto en su vida y se sentía como una princesa con la seda color lavanda. La señora Dumont se había esmerado con el diseño, y Lydia planeaba encargar más vestidos a la talentosa modista, cuando surgiera la necesidad. Aunque ella tenía muchos vestidos, tanto de día como de noche, para el futuro próximo. Sin embargo, ella no era alguien que requiriera una sobreabundancia de vestidos y nunca había necesitado esto.

Ellie le estaba abrochando las perlas de la madre de Lydia, alrededor de su cuello, cuando alguien llamó a la puerta.

¿Podría haber venido su padre a desearle lo mejor? Casi no lo había visto desde que se anunció su compromiso, y se preguntaba, si él la extrañaría cuando ella ya no estuviera.

“¡Venga!”

La puerta se abrió y entró la tía Agnes. “¡Oh! Querida muchacha, estás tan hermosa,” dijo.
“Gracias tía.”

“¿A qué se debe ese ceño fruncido? ¡Este es un día feliz!” Preguntó Agnes.

“Lo sé... Estoy bien... pero, pensé que tal vez era papá quien venía a despedirme.”

Agnes sacudió la cabeza. “No. Me temo que tu padre salió de casa esta mañana más temprano.”

“Lo entiendo...”

“No estés triste. Probablemente sea lo mejor. Dudo él que hubiera tenido algo bueno que decir y yo odiaría verte enfadada el día de tu boda.”

Lydia se puso los pendientes de perlas. “Probablemente, tengas razón. No sé por qué pensé que las cosas serían diferentes, hoy, especialmente teniendo en cuenta la forma en que me ha estado ignorando, desde que se anunció el compromiso, a menos que necesite mi atención en los libros de contabilidad. ¿Crees que algún día me perdonará?”

“¿Perdonarte? ¿Por qué? No has hecho nada malo.”

“Por matar a mi madre,” respondió Lydia, con una lágrima rodando por su mejilla.

Agnes se secó la lágrima y la abrazó. “Lydia, escúchame. No eres responsable de la muerte de tu madre. Fue cruel que tu padre te culpara por eso, y debes sacarte esa idea de la cabeza.”

Lydia asintió. “Gracias por decir eso. Ciertamente, lo intentaré...”

Ellie colocó el velo en su elaborado peinado y le entregó a Lydia sus guantes. “Aquí tiene, señorita. ¡Estás preciosa!”

Lydia se miró por última vez en el espejo y se puso los guantes. “Gracias, Ellie. Te veré más tarde en Hutchinson House.”

“Sí... no te preocupes, tendré todas tus cosas organizadas para ti, cuando regreses de la celebración de la boda.”

“No tengo duda. Adiós,” dijo Lydia, mientras salía de su dormitorio con su tía. Oyó a Prescott abrir la puerta, cuando bajaban las escaleras.

“Buenos días, Lord Surry,” expresó el mayordomo.

“Buenos días. Hazle saber a mi nieta que estoy aquí,” comenzó a hablar.

“Estoy aquí, abuelo,” anunció Lydia. Cuando llegó hasta él, le besó la mejilla. “Estoy muy contenta de verte.”

“Mi querida muchacha, soy yo el que está muy feliz. Nunca pensé que tendría el placer de acompañar a una nieta al altar. Me has dado un regalo que es inconmensurable.”

“¿Dónde está la abuela?”

“Ella está esperando en el carruaje. ¿Estás lista para partir?”

“Lo estamos.”

“Tal vez sería mejor si yo tomara un coche de alquiler para ir a la iglesia, mi señor,” dijo Agnes.

“No quiero ni oír hablar de eso, señora Kennedy. Viajarás con nosotros.”

“¿Crees que es una buena idea? ¿Qué pensará la alta sociedad?” Preguntó con la preocupación escrita en su rostro.

“Eres parte de la familia y, como tal, viajarás en el carruaje familiar. ¿No debemos?” Insistió.

“Gracias, Lord Surry. Es muy amable de su parte,” replicó Agnes con una sonrisa.

Todos subieron al carruaje para ir a la iglesia.

“Buenos días, abuela,” expresó Lydia.

“Buenos días, mi querida muchacha. ¡Estás impresionante!” Dijo Lady Surry con los ojos

llenos de lágrimas.

“Abuela, ¿qué pasa?”

“Nada. Estas son simplemente lágrimas de felicidad porque podemos compartir tu vida.”

No pasó mucho tiempo para llegar a la iglesia, donde había varios carruajes, dejando invitados, y una multitud estaba en una fila afuera. Todos querían ver a la futura marquesa de Hutchinson.

Cuando el carruaje de Surry se detuvo frente a las escaleras de la iglesia, el conductor saltó y abrió la puerta. Pasó a Agnes primero.

“Te veré después de la ceremonia, querida,” indicó antes de subir las escaleras hacia las puertas de la iglesia. Lydia estaba triste porque su tía había optado por no sentarse con los Surry, durante el servicio, ya que no quería recordarle a la gente la relación de Lydia con el comercio. Por mucho que le suplicó que se sentara con la familia, no logró hacerla cambiar de opinión, y Lydia no había tenido más remedio que aceptar su decisión.

“¿Estás lista, Lydia?” Preguntó Lord Surry.

Lydia respiró profundamente. “Sí. No puedo esperar para casarme con mi prometido.”

Lord Surry salió del carruaje, pasando a Lady Surry y luego a Lydia. Todos subieron juntos las escaleras de la iglesia.

Lord y Lady Evans los estaban esperando adentro.

“Señorita Weston, te ves tan hermosa,” destacó Helena.

“Deberías agradecer a Ellie y a la señora Dumont. Son las verdaderas estrellas del día,” comentó Lydia, riéndose.

“Lady Surry, ¿puedo acompañarla a su asiento?” Preguntó Richard.

“Gracias, Lord Evans,” replicó Lady Surry, colocando las puntas de sus dedos en su brazo extendido. Él se fue con ella y Lydia supo que el plan era llevarla a su asiento, y luego acompañar a George en el altar.

“Bueno, ya es hora, querida. ¿Estás lista para casarte?” Preguntó Lord Surry.

“Totalmente,” contestó Lydia, deslizando su mano en el hueco del brazo de su abuelo.

Helena le entregó un pequeño ramo de rosas blancas y los siguió por el pasillo. Tanto Richard como ella serían los testigos.

La iglesia estaba llena de simpatizantes y de aquellos que solo querían mirarla boquiabiertos. Le resultó estresante pasar junto a ellos, pero luego vio a George, parado en el altar con una gran sonrisa en el rostro. Su corazón latía con fuerza y ya no le importaba nada más. Parecía que le tomó una eternidad caminar por el largo pasillo, pero pronto estuvo de pie junto al hombre que amaba.

“Te ves hermosa, querida,” dijo George.

“Gracias,” susurró Lydia.

El vicario miró a la multitud y empezó. “Queridos hermanos, estamos reunidos aquí ante los ojos del Señor y ante esta congregación, para unir a este hombre y a esta mujer en santo matrimonio, lo cual es un estado honorable y, por lo tanto, nadie debe emprenderlo ni tomarlo imprudentemente, a la ligera o sin sentido para satisfacer las concupiscencias y apetitos carnales de los hombres, como bestias brutas que no tienen entendimiento, sino con reverencia, discreción, consejo, sobriedad y temor al Señor, considerando debidamente las causas por las cuales se contrae el matrimonio fue ordenado. ¿Quién dará a esta mujer para que se case con este hombre?”

“¡Sí!” Confirmó Lord Surry, luego tomó asiento junto a su esposa en la primera fila.

El vicario continuó. “Lord Hutchinson, por favor repita conmigo. Yo, George Joseph

Hutchinson, te tomo, Lydia Joanna Weston, como mi esposa casada, para tenerte y conservarte, desde este día en adelante, para bien o para mal, en la riqueza y en la pobreza, en la enfermedad y en la salud, para amarte y apreciarte hasta que la muerte nos separe, según la santa ordenanza del Señor, y ante esto lo prometo.”

George repitió los votos y el vicario volteó hacia Lydia.

“Repíteme conmigo,” dijo y recitó los votos nuevamente.

Lydia repitió los votos. Mientras miraba con amor a los ojos de George, cada palabra tocaba una fibra sensible dentro de ella.

El vicario le indicó a George que le tomara la mano y le colocara el anillo en el dedo.

George se quitó el guante y le puso el anillo de oro y diamantes en el dedo.

El vicario continuó. “Como George y Lydia han consentido juntos en santo matrimonio, y han sido testigos de esto, ante el Señor y esta compañía, y para ello han dado y prometido su fidelidad, uno al otro, han declarado lo mismo al dar y recibir el anillo, y han unido sus manos, declaro que son marido y mujer, juntos... Que el Señor los bendiga, los preserve y guarde, que el Señor misericordiosamente con su favor los mire, y así los llene de toda bendición y gracia espiritual, para que así puedan vivir juntos en esta vida, para que en el mundo venidero tengan vida eterna. Amén.”

Lydia quiso saltar de alegría. ¡Lo habían hecho! Eran marido y mujer, y ella nunca más tendría que separarse de George.

El vicario les ordenó a George, Richard, Helena y a ella que firmaran el libro de registro. Mientras escribía ‘Lydia Weston’ por última vez, descubrió que no estaba triste por dejar ir esa parte de su vida. Era hora de mirar hacia un futuro maravilloso con el hombre que amaba con todo su corazón.

Capítulo veintiuno

Cuando salieron de la iglesia, había aún más simpatizantes en la calle, gritando felicitaciones a la feliz pareja.

“Tengo una sorpresa para ti,” dijo George.

“¿Una sorpresa? No necesito sorpresas. Eres todo lo que necesito.”

“Creo que te gustará esta sorpresa,” expuso, mientras la conducía a un vehículo negro con un escudo ducal.

“Querido, este es el carruaje equivocado.”

“¿Estás segura?” Él abrió la puerta. “Mira ahí.”

Lydia asomó la cabeza en el carruaje. “¡Mercy! ¡Qué maravilloso verte!” Lo dijo, mientras George la ayudaba a subir. “No tenía idea de que estarías aquí. Pensé que estabas descansando en el campo.”

“¿Cómo podría perderme tu boda?” Exclamó la duquesa de Wiltshire. “En realidad, me siento mejor, así que convencí al duque que estaría bien que asistiéramos.”

“Buenos días, Su Excelencia,” manifestó Lydia, volteando hacia el duque. “Gracias por venir a la ciudad para la boda. Significa mucho para mí, especialmente porque Mercy fue la primera amiga que hice durante mi debut en la temporada.”

“El placer es nuestro. Cuando Hutchinson me escribió, contándome sus felices noticias, me alegré mucho por los dos.”

George saltó al carruaje. “¿Lo ves? Te dije que eso fue una buena sorpresa.”

“Es la mejor de las sorpresas.”

“El único que falta es Hartley, aunque dudo que hubiera aceptado venir a Londres. Sabemos cuánto odia a la ciudad,” afirmó George.

“Bueno, sobre eso...” expuso Mercy.

Todas las miradas se volvieron hacia la duquesa. “¿Qué quieres decir?” Preguntó Lydia.

Alguien llamó a la puerta del carruaje y George la abrió. Afuera estaban el conde y la condesa de Hartley. “¡Hartley! Me cuesta creer que estés aquí.”

“¿Cómo pude perderme tu boda?” Insistió Hartley. “No me gusta Londres... pero, ¡esta es una ocasión especial!”

“Buenos días, Lady Hartley,” dijo George. “Encantado de verla de nuevo.”

“Gracias, Lord Hutchinson. Estoy muy contenta de estar aquí con todos ustedes. La celebración de una boda es la mejor razón para venir a la ciudad.”

“¿Te importaría viajar con nosotros?” Preguntó el duque. “Su conductor puede reunirse con nosotros en casa de Lord Surry.”

“¡Sí! Eso sería maravilloso. Déjame ir a informarle del plan,” indicó Hartley, caminando hacia la fila de carruajes.

George saltó y ayudó a Harriet a subir al carruaje. Fue su turno de sorprenderse. Aunque le había escrito a Hartley, informándole de su inminente matrimonio, nunca pensó que volvería a ver a su amigo en Londres. Tener a sus tres compañeros soldados con él, el día de su boda, fue más de lo que jamás podría haber pedido.

Hartley pronto regresó al carruaje y se dirigieron a la casa de Lord Surry.

“Evans y su encantadora esposa nos recibirán en la casa,” expresó George. “Pensé que este día no podría ser mejor, pero con todos mis amigos aquí para celebrar mi matrimonio, no podría

haber pedido un día mejor.”

Cuando llegaron a la casa de Surry, ya había una fila de carruajes esperando a que desembarcaran los invitados. Finalmente, llegó su turno y el conductor del duque saltó de su posición y abrió la puerta.

Los hombres bajaron primero y luego ayudaron a las mujeres. El carruaje de Evans estaba justo detrás de ellos y Richard estaba descendiendo a Helena. Fue todo un espectáculo ver a un duque, dos marqueses y un conde entrar en la casa de Surry. Ese tipo de cosas rara vez ocurrían, y la alta sociedad estaba toda agitada, ante el espectáculo.

“Sus Excelencias, mis lores y señores, bienvenidos a mi casa,” dijo Lord Surry, cuando cruzaron la puerta. Lady Surry hizo una reverencia. “Estamos muy contentos que estén con nosotros para celebrar la boda de nuestra nieta.”

“No nos lo habríamos perdido,” afirmó Wolf, guiando al grupo al salón de baile.

Lady Surry se había lucido con las decoraciones. Había jarrones de flores por toda la habitación, dándole una sensación de lo más festiva, y las puertas francesas del balcón estaban abiertas para dejar entrar la brisa fresca.

“No puedo creer que toda esta gente haya venido a desearnos lo mejor,” manifestó Lydia, mientras George le tendía una silla.

“Creo que están aquí más para mirar boquiabiertos, que para cualquier otra cosa, y qué placer se han llevado, ahora que mis compañeros soldados están presentes.”

“Puede que tengas razón, pero no me importa por qué están aquí. Mientras estés a mi lado, seré muy feliz.”

“¿Qué tan feliz estás?” George preguntó con una ceja levantada.

Un sonrojo se apoderó del rostro de Lydia. “Supongo que tendrás que esperar y verlo.”

“Esperaré con gran expectación, querida.”

Lydia había insistido en que su tía se sentara con ellos a la mesa, aunque Agnes se opuso. “Lydia, estaré bien allí con las matronas.”

“No, tú eres mi familia y te quiero aquí.”

“Me siento un poco abrumada acompañada de personas tan prestigiosas,” dijo Agnes.

“Lady Dalling y Lady Collin,” anunció el mayordomo.

Las dos mujeres caminaron directamente hacia su mesa. “Mis queridas muchachas, estoy muy feliz de verlas,” afirmó Lady Collin, abrazando a Mercy y Harriet. “Su Excelencia, mis lores y señoras,” lo dijo con una reverencia.

George se levantó y acercó una silla para cada una de ellas. “Lady Dalling, es un placer verla de nuevo.”

“Lord Hutchinson, no podría estar más feliz con su matrimonio. Pude ver cuánto amabas a Lady Hutchinson en Bath,” confirmó Lady Dalling.

“Sí... tengo que agradecerle por invitarme a acompañarte el verano pasado. Fue la mejor decisión que he tomado.”

“¿Está presente tu señora madre?” Ella preguntó.

George negó con la cabeza. “No, ella se retirará al campo en el futuro previsible.”

“Tal vez eso sea lo mejor, ya que quizás de esa manera no recordará todos los días la tragedia familiar.”

George se preguntó si Lady Dalling sospechaba la verdadera razón por la que Grace vivía ahora en el campo. Era una de las mujeres más sabias que conocía, y no le sorprendería que hubiera descubierto la verdadera razón por la que Grace se había ido. Después de todo, el momento de la partida de su madre fue revelador: justo antes del anuncio del compromiso. Sin

duda, ella podría adivinar que Grace no aprobaba a Lydia, por sus vínculos con el comercio.

“Señora Kennedy, un placer volverla a ver,” dijo Marian.

“El placer es mío, Lady Dalling,” replicó Agnes.

“Mi nuera y yo iremos a Bath después de la temporada. ¿Te importaría venir con nosotras este año?”

“¡Estaré encantada! Tengo muchas amigas en Bath, a las que no veo a menudo,” expresó Agnes.

“¡Excelente! Todos disfrutaremos de otro verano maravilloso.”

“Señora Kennedy, por lo que me dijo Hutchinson, usted fue fundamental para unir a la familia,” destacó Wolf.

Agnes asintió. “Sí, Su Excelencia. Fue lo correcto y estoy muy satisfecha de lo bien que ha salido todo.”

“Bueno, nunca he visto a mi amigo más feliz y le agradezco tu participación.”

Después de saludar a todos los invitados, Lord y Lady Surry entraron al salón de baile. Se repartieron copas de champán entre todos, y Lord Surry sostuvo la suya en alto. “Me gustaría agradecer a todos por asistir hoy a una ocasión tan feliz... me gustaría brindar por la feliz pareja.”

Todos sostuvieron sus vasos en alto.

Lord Surry volteó hacia George y Lydia. “A Lord y Lady Hutchinson. ¡Que su vida se llene de amor y mucha alegría!”

“Gracias, Lord Surry,” expresó George.

Lydia le sonrió a su abuelo. Estaba muy orgullosa de ser parte de su familia.

Lord Surry se dirigió a la orquesta. “Empecemos la celebración con un vals. Lord y Lady Hutchinson, la palabra es suya.”

George se levantó y le tendió la mano a Lydia. “Este es realmente un día trascendental. Me casé con la mujer que amo y mis amigos vinieron a ayudarnos a celebrar. Me gustaría invitarlos a bailar con nosotros.”

Wiltshire, Evans y Hartley se pusieron de pie y le tendieron la mano a sus esposas. El grupo caminó hacia la pista de baile, mientras la orquesta tocaba los primeros compases del vals. Era un espectáculo digno de contemplar, y ninguna otra pareja se unió a ellos para el primer baile: cuatro compañeros soldados y lores muy improbables estaban juntos, nuevamente, esta vez para celebrar una ocasión feliz. Los periódicos estarían llenos de artículos sobre la boda de la temporada, y con amigos tan estimados, no se pronunciaría una sola palabra en contra de las humildes raíces de Lydia. Todos vieron a cuatro parejas jóvenes enamoradas.

“Te amo, querida,” insistió George.

“Y yo te amo. Eres todo para mí y no puedo esperar a comenzar nuestras vidas juntos.”

“¿Podemos empezar ahora?” George preguntó con un guiño.

“¿Qué? ¿Y dejar a nuestros amigos, que han viajado hasta Londres para celebrar nuestro matrimonio?”

George sonrió. “Tienes razón, por supuesto. Es bueno verlos a todos, aunque me atrevo a decir que mis amigos entenderán, si nos esfumamos.”

“Y lo haremos, cariño, pero, primero disfrutemos un rato más de la compañía de todos. Lord y Lady Surry se han tomado muchas molestias, planeando esta celebración para nosotros y no quisiera decepcionarlos.”

George asintió e hizo girar a su amada por la pista de baile. Esta noche, él le mostraría cuánto la adoraba.

Epílogo

Tres meses después.

A Lydia le encantaba Ashmont Manor, la residencia de campo de Hutchinson. La casa es magnífica y cuenta con tres niveles. La fachada de piedra con todas sus ventanas es impresionante, aunque es el jardín lo que más ama. Pudieron contratar a un jardinero con su dote, y él hizo un excelente trabajo, revitalizando el espacio. Qué diferencia se había hecho en los últimos meses. Le gustaba mucho pasear por los senderos que recorrían todos los rincones del jardín.

Nunca había visto a George más feliz. Se había reunido con todos los arrendatarios, dándoles la oportunidad de expresar sus quejas o solicitar reparaciones para sus cabañas, y ahora que se habían hecho todas las reparaciones, esperaban una cosecha decente este año. El clima había sido cálido y soleado, durante este verano, a diferencia del clima frío y húmedo de los últimos dos años. Incluso la inversión de su marido, realizada con Lord Evans, estaba dando buenos resultados. Las arcas del patrimonio ya no estaban en peligro.

Un mes después de la boda, cerraron la casa de Londres y viajaron a Ashmont, donde planeaban quedarse hasta el comienzo de la próxima temporada. La mayoría de los sirvientes habían viajado con ellos, dejando solo un equipo mínimo en la casa.

Lydia esperaba que la madre de George aceptara reunirse con ella, pero no fue así. Hasta el momento, Grace había rechazado todas sus invitaciones para cenar con ellos, en la casa solariega. Sin embargo, eso no la disuadió. Estaba decidida a conquistar a Grace y prometió seguir invitándola hasta que, tal vez algún día, ella aceptara.

Estaba sentada en la sala de estar, en la parte trasera de la mansión, repasando el menú de la semana con la cocinera. Las puertas francesas estaban abiertas y entraba una cálida brisa de septiembre. “Tus selecciones suenan deliciosas. No puedo esperar para probarlas.”

“Muy bien, mi señora. Me alegra que las apruebes.”

Cuando la cocinera se marchó, entró el mayordomo con una bandeja de plata en la mano. “Esto acaba de llegar para usted, Lady Hutchinson.”

“Gracias, Peters.”

Al reconocer la escritura de Helena, Lydia abrió el sello.

Mi querida Lydia,

Me complace mucho anunciar que he dado a luz al heredero de Richard: Alexander Richard Ballard. Es un niño fuerte y saludable y no podríamos estar más felices.

Nos encantaría volver a verte, y te invitamos a visitarnos lo antes posible.

Tu querida amiga,

Helena.

Lydia chilló de alegría. Helena tenía razón, cuando dijo que estaba embarazada de un niño. Se levantó de un salto y fue en busca de George, caminó por el pasillo hasta su estudio y llamó a

la puerta.

“¡Adelante!”

“Querido, te traigo una feliz noticia,” dijo, entrando al estudio.

“¿Oh?”

Ella le entregó la carta. “¡Otro bebé! ¡Qué glorioso! Primero Mercy tuvo a Penélope y ahora Helena ha dado a luz a un niño sano.”

George leyó la breve nota y sonrió. “¿Te importaría viajar a Bath para verlos?”

“Me encantaría volver a ver a la tía Agnes. Ella todavía está allí con Lady Dalling y Lady Collin. En su última carta, dijo que se quedarían hasta finales de septiembre, antes de regresar a Londres.”

“Tengo una reunión con el mayordomo, mañana por la mañana, pero podemos irnos después del almuerzo, si quieres.”

“Sí, eso es perfecto. Le escribiré una nota a Helena y le haré saber que estaremos allí, antes del fin de semana.”

George se puso de pie. Tomó a Lydia entre sus brazos y la besó larga y profundamente. “¿Te he dicho cuánto te amo, cariño?”

“Creo que me lo mostraste anoche y otra vez esta mañana,” lo dijo con una sonrisa descarada.

“¡Oh! Querida mía, ¡eso no es suficiente! Qué negligente de mi parte,” expresó, con una risa escondida.

“Me gusta tu forma de pensar,” ella afirmó, saliendo de su abrazo. “Pero, ¡primero debes atraparme!” Dio la vuelta y salió corriendo rápidamente de la habitación, riéndose del sonido de los pasos de su amado esposo, que la seguía por detrás.

Nunca podría haber soñado que su vida resultaría tan perfecta, aunque el destino intervino, con la ayuda del coraje de su tía y ella estaría eternamente agradecida por esto.

###

Biografía de la autora

Debra escribe romances tiernos, tanto contemporáneos como históricos. Le gusta contar historias y ha estado derramando su pasión por el romance desde su adolescencia. Cuando no está escribiendo, le gusta trabajar en su jardín, viajar en motocicleta por Nueva Inglaterra con su esposo y, por supuesto, jugar con su nieta.

Puedes encontrar una lista completa de los libros de Debra aquí:

<https://www.amazon.com/stores/Debra-Elizabeth/author/B005XYN2YE>

Le gusta escuchar a sus fans y puedes contactarla a este correo: dlmartin6@yahoo.com. También es autora del blog **Two Ends of the Pen**. El blog presenta todo lo relacionado con los libros: entrevistas a autores, nuevos lanzamientos, publicaciones de invitados y reseñas. Puedes ser el primero o la primera en enterarte de los nuevos lanzamientos y concursos, al suscribirte a mi boletín: <https://twoendsofthepen.blogspot.com>

Y visítame en las redes sociales:

Facebook:

<https://www.facebook.com/DebraElizabethRomance>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/5288725.Debra_Elizabeth

Bookbub:

<https://www.bookbub.com/authors/debra-elizabeth>